



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
PROGRAMA DE POSGRADO EN ECONOMÍA  
FACULTAD DE ECONOMÍA - DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

**Los conceptos de necesidad y utilidad en la construcción de la teoría  
económica del capitalismo  
(escuela clásica, neoclásica, neoliberal y marxista)**

TESIS  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
**Maestría en Economía**

PRESENTA:  
**María del Carmen Rodríguez Juárez**

TUTOR:  
Dr. Enrique Stephanus Dussel Peters  
Facultad de Economía. UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:  
Dr. José Antonio Ibarra Romero  
Facultad de Economía. UNAM  
Dra. María Eugenia Romero Sotelo  
Facultad de Economía. UNAM  
Dr. Leonardo Lomelí Vanegas  
Facultad de Economía. UNAM  
Dr. José Guadalupe Gandarilla Salgado  
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. UNAM



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

<b>INTRODUCCIÓN GENERAL.....</b>	<b>2</b>
<b>CAPÍTULO 1. LOS CONCEPTOS DE NECESIDAD Y UTILIDAD EN LAS ESCUELAS CLÁSICA, NEOCLÁSICA Y NEOLIBERAL .....</b>	<b>8</b>
Introducción .....	8
1.1. La escuela clásica .....	9
1.1.1. Adam Smith .....	9
1.1.2. David Ricardo .....	16
1.1.3. John Stuart Mill.....	21
1.2. El pensamiento neoclásico .....	24
1.3. El pensamiento neoliberal.....	32
1.4. Conclusiones preliminares .....	38
<b>CAPÍTULO 2. LA CRÍTICA MARXIANA Y DE OTROS AUTORES SOBRE LOS CONCEPTOS DE NECESIDAD Y UTILIDAD.....</b>	<b>46</b>
Introducción .....	46
2.1. Los conceptos de necesidad y utilidad en la crítica de Karl Marx al método de la economía política clásica .....	47
2.2. Los conceptos de necesidad y utilidad en Philip Mirowski, David. K. Levine y Franz Hinkelammert .....	61
2.2.1 Philip Mirowski.....	61
2.2.2. David K. Levine .....	70
2.2.3. Franz Hinkelammert.....	76
2.3. Conclusiones preliminares .....	84
<b>CAPÍTULO 3. CONCLUSIONES GENERALES .....</b>	<b>91</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....</b>	<b>101</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>104</b>

## **INTRODUCCIÓN GENERAL**

El estudio de la economía contemporánea parece haber olvidado que la finalidad de las actividades productivas es la satisfacción de las necesidades humanas y la continuación de la vida. La visión teórica dominante durante el último siglo, ha reforzado la imagen de la economía como una ciencia de corte instrumental para la asignación óptima de los recursos y la maximización de utilidades, dejando de lado al sujeto con necesidades concretas que se manifiesta socialmente para transformar, tanto a la naturaleza como a las propias relaciones entre seres humanos.

Actualmente, la prioridad es estudiar a la economía como si se hablara de una ingeniería social para responder a un sistema ideal, en el que los individuos son reducidos a agentes que interactúan regulados por leyes naturales. El discurso moderno de la ciencia económica mantiene la visión de una disciplina regida por una racionalidad individual aislada y maximizadora, que hace abstracción de los factores históricos que han determinado las conductas sociales y se ha alejado de las preocupaciones de lo esencialmente humano y no reconoce que el individuo con su racionalidad es en si mismo, de un proceso social.

Para el estudio de la construcción de la teoría económica es importante reconocer el cómo se dicen las cosas y el significado de los conceptos, al momento de construir los distintos marcos analíticos. En el siglo XIX, como resultado de la consolidación del capitalismo mercantil, los pensadores clásicos, propiciaron la mutación del concepto de necesidad humana concreta, al de utilidad máxima para facilitar la funcionalidad del sistema de mercado; esta tendencia se ha mantenido a lo largo del siglo pasado llevando al extremo de rezagar a un segundo plano la atención de los problemas esenciales para la vida, suponiendo que la economía opera de manera independiente, ante las amenazas a la continuidad de la vida y la destrucción de la naturaleza.

Ante esta situación es necesario recuperar de manera explícita, la idea de que la esencia de la actividad económica es profundamente humana, Bajo esta lógica, se propone identificar y entender desde las distintas escuelas de la teoría económica dominante, los conceptos de necesidad y utilidad; reconocer los cambios en sus significados y la manera en que han sido usados para el diseño de la teoría económica misma, destacando las implicaciones que esos ajustes han tenido en la finalidad última de la disciplina.

Esta investigación mantiene como hipótesis de trabajo que la sustitución del concepto de necesidad por el de utilidad en la teoría económica fue motivada por la intención de que la economía fuera reconocida como una ciencia objetiva y neutral, ajena a criterios

valorativos, respondiendo a una visión ideal del sistema económico, donde los agentes se reconocían como prototipos aparentemente “naturales” inscritos en un sistema que garantiza su continuidad. La economía a la que nos referimos es la dominada por el mercado, donde el sujeto debe despojarse de toda inter-subjetividad, y sólo puede pensarse en la idea del individuo aislado que manifiesta sus deseos o preferencias.

La sustitución del concepto de necesidad por el de utilidad es resultado de un proceso histórico de construcción del discurso económico, que piensa en un sistema construido por individuos con características homogéneas, que hacen abstracción de lo complejo y diverso de las condicionantes sociales e históricas. En este derrotero la economía parece abandonar su sustento moral para ajustarse a los protocolos de una ciencia de corte natural e instrumental que ha llevado a desdibujar al propio sujeto económico.

La intención de alinearse a los epistemes dominantes a finales del siglo XIX, transformaron a la economía en una física social, que eliminó del discurso el carácter contingente del sujeto con necesidades, para incorporar una nueva figura predecible en sus conductas y acotada a las necesidades del sistema. La exclusión del concepto de necesidad, en tanto manifestación intersubjetiva, pareció dotar a la economía de una aparente objetividad científica que llevo a “naturalizar” el método; aislar al hombre convirtiéndolo en individuo, sin historia, y validar un discurso donde el capitalismo se reconoció como la forma natural, más evolucionada y perpetua del funcionamiento de la economía moderna.

El divorcio entre los conceptos de necesidad y utilidad responde también al proceso histórico de construcción del mercado, que dejó de hablar de bienes para enfocarse en las mercancías. En la teoría económica capitalista del siglo XIX, el análisis se traslada del bien y su valor de uso, a la mercancía y su esencia de valor, para garantizar el intercambio entre magnitudes similares.

El proceso de sustitución de la necesidad humana por la utilidad de las mercancías para el intercambio encierra una contradicción ya que desplaza al sujeto concreto y con necesidades por una imagen de un consumidor individual motivado sólo por preferencias y deseos, y sin embargo para que el valor se pueda realizar en el mercado requiere por fuerza ser reconocido como valor de uso.

Uno de los objetivos de esta tesis es recuperar el planteamiento de que existe una contradicción y enfrentamiento entre el concepto de valor de uso y valor de cambio las mercancías, que debe ser reconocido y estudiado a fondo para encontrar alternativas teóricas viables que recuperen el carácter humano de la disciplina.

El desplazamiento del valor de uso por el valor de las mercancías implica la subordinación del valor de uso al valor que ha dado prioridad a una visión de la economía de carácter cuantitativo y homogéneo (propia para el intercambio y el mercado), en detrimento de su estudio desde el análisis de las relaciones histórico-sociales y de la diversidad y complejidad de las manifestaciones subjetivas de los sujetos con necesidades.

La subordinación del análisis teórico del concepto de valor de uso al de valor es resultado de lo que Bolívar Echeverría apunta como la contradicción entre el sistema de necesidades y un sistema de capacidades. En el sistema capitalista, la preocupación es desarrollar capacidades para facilitar la acumulación del capital y la producción de mercancías; sin embargo, esas capacidades no responden a la satisfacción de las necesidades humanas, y en consecuencia hay una ruptura entre el sujeto con necesidades y el sujeto con capacidades.

Ante el creciente “refinamiento instrumental” de la economía para presentarse como un sistema amparado en los principios de una ciencia objetiva y portadora de la única verdad; se vislumbra una visión alternativa, que ponga en el centro de la discusión a una economía para la vida, que recupere al sujeto con necesidades diversas y concretas y al concepto de necesidad representado en un sentido amplio en la forma de valor de uso de los bienes; para de esta forma responder de manera más humana a las demandas crecientes de la realidad imperante.

Un segundo objetivo de este trabajo es realizar un acercamiento a la historia de la teoría económica capitalista, a partir del seguimiento e identificación de los conceptos de necesidad y utilidad en tres escuelas de pensamiento económico: clásica, neoclásica y neoliberal. En los textos de los pensadores clásicos se percibe la manera en que se va construyendo el lenguaje de la utilidad; particularmente en Adam Smith se podrá notar como el carácter moral de la ciencia económica se mantiene y difícilmente se desprende de ella; en tanto que para David Ricardo, al parecer los conceptos se clarifican y hacen posible pensar a la economía como una ciencia objetiva de la producción de mercancías útiles para su intercambio en el mercado.

De manera fundamental se recuperarán los planteamientos de Karl Marx en su crítica a la economía política, que analiza la contradicción entre las categorías de valor de uso y valor, resultado de la tensión entre lo cuantitativo de la medición del valor y la complejidad implícita en el valor de uso, y que trasciende a la visión de que para la reproducción del sistema sólo se requiere la valorización del valor de manera ajena al valor de uso.

A partir de esta visión y junto con los planteamientos de tres teóricos no ortodoxos, se introduce la idea de pensar a la economía de manera alternativa, como una economía para la vida que ponga en el centro al sujeto con necesidades en sus dimensiones materiales y culturales, como producto de la historia.

Un tercer objetivo de esta tesis es hacer evidente que en la teoría económica capitalista, al desconocer al sujeto y sustituirlo por el individuo o el agente, se renuncia a la generación de conocimiento y se limita a la economía a ser una práctica para la administración de información. La economía del siglo XXI se caracteriza por el estudio de mercados que se traducen en experimentos digitales, adquiriendo la denominación de economía *cyborg*, donde los hombres han sido sustituidos por autómatas integrados al diseño de modelos y experimentos para la toma de decisiones a partir de la información disponible.

Esta visión de la economía y la sociedad implica ceder la capacidad de generación de conocimiento del hombre a favor de los mercados, siguiendo con la premisa de que las capacidades limitadas de los individuos sólo pueden ser subsanadas por “la mano invisible” del mercado.

La presentación de los resultados de la investigación se hará en tres capítulos. En el primer capítulo de esta tesis se brindarán elementos para reconocer y diferenciar los conceptos de necesidad y utilidad en las teorías de Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill y se hará evidente que, aún cuando estos teóricos respondían a un cuerpo integrado del pensamiento clásico, tenían diferencias conceptuales y de visión que generaron las condiciones para nuevas líneas emergentes más alineadas a los discursos científicos en boga en los albores del siglo XX.

Tal como ya se ha apuntado previamente, el estudio de los economistas clásicos permitirá identificar que la transformación del concepto de necesidad a utilidad fue motivada por la preocupación de los economistas por trascender una disciplina de corte moral a una ciencia natural, generando una mayor tensión entre la razón y la moral como pilares del pensamiento económico.

Desde el estudio del pensamiento neoclásico, representado por Léon Walras y Gustav Cassel, se hará evidente que el concepto de necesidad subyace en el diseño de sus teorías, traducido al de utilidad para garantizar la funcionalidad con la nueva concepción de la economía como sistema, e incorporando nuevos conceptos tales como el de equilibrio general, utilidad marginal, preferencias de consumo, sistema de precios.

El estudio de la visión neoclásica hace ver que la economía capitalista del siglo XXI no puede entenderse sin estudiar las contradicciones y “posibles soluciones” que los teóricos

neoclásicos encontraron para hacer que el sistema funcionara como si de una manifestación natural se tratara.

Esta visión de la economía es trascendida por el discurso neoliberal, representado por Friedrich A. Hayek, para quien las necesidades humanas significan un retroceso evolutivo de la sociedad, mientras que el concepto de utilidad implica la superación de las visiones tribales y atrasadas de las comunidades, apuntando hacia la modernidad. La diferencia más marcada entre la visión neoclásica y la neoliberal radica en cómo se concibe la racionalidad del agente económico; mientras que los neoclásicos, particularmente los teóricos de la escuela marginalista, siguen pensando en un mercado que es influido por el individuo a partir de sus decisiones racionales, para el pensamiento neoliberal la única racionalidad es generada por el mercado sin intervención motivada de los individuos.

En el segundo capítulo de esta tesis, se identificarán los conceptos de necesidad y utilidad en algunos textos seleccionados de Karl Marx y de otros pensadores y teóricos contemporáneos como Philip Mirowski, David K. Levine y Franz Hinkelammert. De la lectura de Karl Marx se destacará que los conceptos de necesidad y utilidad y su traducción en las formas de valor de uso y valor de la mercancía, son construcciones histórico-sociales resultado de la interacción subjetiva de los hombres.

Se hará evidente la pertinencia del método de la crítica a la economía política realizada por Karl Marx, ya que brinda los elementos para repensar a la disciplina desde el sujeto, en tanto representación de las relaciones histórico-sociales; romper con el mito del carácter “natural” y no histórico de las relaciones económicas, y superar la visión de que el capitalismo dominante es el modelo evolutivo más avanzado, abriendo la discusión a planteamientos en donde a la disciplina económica no se le reduzca a la exclusiva valorización del valor de la mercancía.

Uno de los pensadores no ortodoxos es Philip Mirowski, del que se recupera la idea de que el interés de que la economía fuera considerada una ciencia, un modelo en el que el sujeto es sustituido por el agente, autómatas o *cyborg*, implicó la “desmaterialización” de la economía para volverla un experimento digital e inmaterial. El proceso de transformación de la economía en una ciencia *cyborg* consolida la visión de que lo artificial se vuelve natural y lo humano se considera prescindible; es decir la economía del siglo XXI amenaza con convertirse en una economía sin sujetos, sin historia, sin subjetividad y sin conocimiento.

De los textos de David K. Levine se recuperará la idea de que al representar a la economía como un sistema que garantiza su coherencia y continuidad, se requería de una nueva

figura “la firma”, cuya permanencia depende del sistema mismo. A diferencia del hombre con necesidades que trasciende al sistema económico capitalista, “la firma” sólo existe en y para el sistema económico capitalista. En la economía dominante, señala Levine, ya no se trata entonces del hombre concreto, sino del modelo o sistema ideal que puede diseñarse mediante experimentos liderados por “las firmas”.

A partir del análisis de los conceptos de necesidad y utilidad en los textos seleccionados de Franz Hinkelammert se retoma el planteamiento de una economía para la vida, cuyo centro de atención es el sujeto necesitado que va más allá del esquema sistémico del capitalismo. El pensamiento de Hinkelammert permitirá recuperar el planteamiento de Karl Marx de que las necesidades son construcciones sociales determinadas por el sujeto desde su perspectiva histórica, y no preferencias manifestadas en el mercado y reguladas mediante un sistema de precios.

Siguiendo el planteamiento de Hinkelammert se propone retomar la idea de que el problema esencial de la economía política contemporánea debe ser la reproducción de la vida en tanto finalidad humana, por encima de cualquier lógica de valorización para maximizar ganancias, para recuperar -en los términos de Levine- lo extraordinario por encima de lo ordinario en la economía neoliberal.

Como resultado del ejercicio de rastrear los conceptos de necesidad y utilidad en los planteamientos teóricos de las escuelas de pensamiento clásica, neoclásica, neoliberal y marxista, en el capítulo de Conclusiones, se ofrecerán argumentos para destacar la pertinencia de una economía para la vida, que ponga en el centro del discurso al sujeto concreto y necesitado que debe ser reconocido en comunidad; sobre todo ante la creciente tentación de construir nuevas teorías del consumidor que parten de la visión del individuo sin historia, aislado, ajeno y ávido de satisfacer sus deseos de consumo para diferenciarse socialmente, es decir superar las “robinsoneadas” de la economía vulgar (como señalaba Marx), que siguen presentes en la forma de estudiar y hacer economía en el siglo XXI.

## **CAPÍTULO 1. LOS CONCEPTOS DE NECESIDAD Y UTILIDAD EN LAS ESCUELAS CLÁSICA, NEOCLÁSICA Y NEOLIBERAL**

### **Introducción**

Este capítulo tiene como objetivos específicos: identificar los conceptos de necesidad y utilidad en los discursos de los representantes de las principales escuelas teóricas del capitalismo: clásica, neoclásica y neoliberal; desatacar que el significado de los conceptos de necesidad y utilidad difiere entre las distintas escuelas e incluso entre teóricos de una misma época, y mostrar que el cambio de significado de esos conceptos tiene un impacto sustancial en el diseño de la teoría económica.

La presentación de los resultados de la revisión empieza por los planteamientos de Adam Smith (2010) y así de manera subsecuente con David Ricardo (1973) y John Stuart Mill (1985). Se podrá encontrar una continuidad discursiva entre estos autores y también puntos de ruptura en la manera en que conciben los distintos conceptos de la economía política; un ejemplo de ello es la aparente similitud entre el planteamiento de Adam Smith y de Friedrich A. Hayek (1990) respecto al proceso evolutivo de la sociedad y su manifestación en la economía, o la aparente similitud entre la preocupación de David Ricardo por estudiar a la economía como un sistema y la intención de la economía neoclásica de pensar a la economía como un ejercicio completamente racional.

En los autores que se revisarán en este capítulo destaca la connotación negativa del concepto de necesidad, en tanto carencia que debe ser superada, y limitante del proceso de acumulación del capital e incluso del proceso civilizatorio, que sólo puede ser superada si hay una evolución de las sociedades primitivas, preocupadas por sus necesidades concretas hacia sociedades enfocadas al logro de mayor utilidad abstracta.

En el caso de Adam Smith (2010), se podrá identificar que el proceso de producción enfocado a satisfacer necesidades y generar riqueza y bienes útiles, también está asociado a las motivaciones morales de las conductas humanas en sociedad, acuñando el concepto de simpatía y el lenguaje como una condición para la articulación social. Para Adam Smith el mercado significa el espacio en donde el hombre es capaz de disuadir a los otros para que su interés individual se convierta en un beneficio social.

En el discurso teórico de David Ricardo (1973) destaca el aspecto negativo del concepto de necesidad que debe ser suprimido y traducido en utilidad. Sólo la percepción de utilidad hace posible el intercambio de mercancías en el mercado y sólo superando las necesidades básicas y procurando las de ornato u ocio es posible garantizar la continuidad del sistema. David Ricardo asume que el capital debe entenderse como el potencial para

satisfacer necesidades ilimitadas y de cualquier tipo en el momento futuro; David Ricardo deja de pensar de manera estática e incorpora la concepción de flujo económico, en el que el proceso de producción dependerá de la continuidad del proceso de intercambio, la acumulación del capital y la generación de incentivos para continuar la producción al garantizar una creciente tasa de ganancia.

La escuela neoclásica representada por Léon Walras (1887) y Gustav Cassel (1960) permitirán un acercamiento diferenciado a los conceptos de necesidad y utilidad. Cassel parte de una visión de la economía donde las necesidades uniformes deben jerarquizarse a partir del sistema de precios en el mercado y la conducta de los consumidores no puede influir en su nivel; en tanto que Walras asume que las necesidades humanas se traducen en un sistema de preferencias que son satisfechas a través del proceso de intercambio, donde la conducta de los consumidores influye en el nivel de precios hasta lograr la satisfacción de las utilidades últimas de cada consumidor.

En la visión ortodoxa neoclásica, la formalización de la economía como ciencia parte de la idea de que la conducta de los consumidores responde a criterios racionales, para satisfacer sus preferencias y maximizar su utilidad. Desde la escuela neoclásica dominante se supone que la teoría subjetiva del valor responde a leyes generales, donde los consumidores son agentes con conductas regulares y preferencias típicas; en este discurso se apunta hacia la satisfacción de utilidades abstractas, dejando de lado el aspecto concreto y material de la actividad económica.

Del estudio del texto de Friedrich A. Hayek (1990), se distingue entre los conceptos de necesidad y utilidad para argumentar un proceso evolutivo en la sociedad, de estados primitivos a niveles más civilizados; se pasa de sociedades que satisfacen necesidades a sociedades que procuran utilidades. Para Hayek la conducta económica de los individuos no requiere ser racional sino esencialmente moral, hay en el fondo una cercanía entre la visión de Adam Smith y Hayek en términos del proceso evolutivo de la sociedad, la simpatía como mecanismo de cohesión social y una deificación del mercado como institución garante de la utilidad social, aunque no necesariamente del bienestar.

## **1.1. La escuela clásica**

### **1.1.1. Adam Smith**

Adam Smith señala que existen reglas naturales que controlan la conducta humana, que regulan los instintos y las pasiones para garantizar que la actuación del individuo no afecte el bienestar de la comunidad. La concepción económica de Adam Smith parte de su visión

filosófica y moral de la conducta humana, desarrollada en la Teoría de los Sentimientos Morales<sup>1</sup>; para este autor, la economía se regula a partir de la virtud, la moral, que garantiza el orden y un sistema de libertad natural en la que el individuo, al seguir su interés particular garantizará el de todos. El individuo, con necesidades múltiples es el motor que garantiza la agregación social y la división del trabajo, en la medida que haya más necesidades diferentes habrá mayor interés por trabajar juntos y en beneficio de todos como una unidad, dice Adam Smith: “cuando mayor variedad de necesidades existía, mayor número de individuos podía encontrar su particular interés en trabajar para el bien de otros y, unidos todos, componer un cuerpo entero” (Smith 1981:LXXI).

Para Adam Smith, la actividad económica descansa en los sentimientos egoístas de los hombres siempre ajustados a principios morales, donde el individuo -al procurar su bienestar- garantizará el bienestar de los demás; tal como lo señala Heilbroner (1986), el permitir que el hombre cumpla con sus deseos no responde a una conducta benevolente, sino a un sentido egoísta para obtener un beneficio propio<sup>2</sup>, e incluso a una manifestación natural del individuo.

Esta visión del interés individual que procura el bienestar general da sustento al principio de “simpatía”, como la base de la teoría de la moralidad y de la construcción de juicios morales desinteresados que tiene como consecuencia, la función de estabilizar la conducta social. El principio de simpatía no responde a criterios racionales, aún cuando su finalidad es garantizar la colaboración entre los individuos, procurar la armonía social y un orden

---

<sup>1</sup> Adam Smith escribe la “Teoría de los Sentimientos Morales” (Smith 2010), en el marco de su actividad como profesor en Glasgow en el curso de Filosofía Moral. Los componentes del curso de Glasgow sobre Filosofía Moral eran: teología natural, ética, jurisprudencia (teoría general de los principios de la ley y el gobierno).

<sup>2</sup> “*Man, in the same manner, works on the self love of his fellows, by setting before them a sufficient temptation to get what he wants. The language of this disposition is, ‘Give me what I want, and you shall have what you want.’ It is not from benevolence, as the dogs, but from self love that man expects anything. The brewer and the baker serve us not from benevolence, but from self love. No man but a beggar depends on benevolence, and even they would die in a week were their entire dependence upon it*” [El hombre, de la misma manera, trabaja en el amor propio de sus semejantes, poniéndoles ante ellos una tentación suficiente para conseguir lo que quiere. El lenguaje de esta disposición es: “Dame lo que quiero y tendrás lo que quieres”. No es por benevolencia, como los perros, sino por amor propio que el hombre espera algo. El cervecero y el panadero no nos sirven por benevolencia, sino por amor propio. Ningún hombre, excepto un mendigo, depende de la benevolencia, e incluso morirían en una semana si tuvieran toda su dependencia de ella] (Heilbroner 1986:49).

natural para satisfacer las necesidades de los hombres e, incluso crear riqueza para beneficio de todos<sup>3</sup>.

Para Adam Smith, la utilidad está asociada a la moralidad de la acción y lo útil a la satisfacción de necesidades concretas. Adam Smith distingue entre el concepto de utilidad y útil (*utility* vs. *useful*); mientras el primero se vincula a la construcción de instituciones morales de la sociedad, el segundo sólo se refiere a las características de un bien para satisfacer necesidades naturales del individuo. Señala Adam Smith:

“Según él, (se refiere a Hume) la utilidad de cualquier objeto agrada al dueño, porque constantemente le sugiere el placer o comodidad que está destinado a procurar (...) Pero, que yo sepa, nadie antes ha reparado en que esa idoneidad, esa feliz disposición de toda producción artificiosa, es con frecuencia más estimada que el fin que esos objetos están destinados a procurar; y asimismo que el exacto ajuste de los medios para obtener una comodidad o placer, es con frecuencia más apreciado que la comodidad o placer en cuyo logro parecería que consiste todo su mérito” (Smith 2010:64)

La aceptación de los intereses individuales que se conjugan para alcanzar el mayor bienestar y disfrute, parece traducirse en un mecanismo automático que garantiza, en sí mismo la satisfacción de los intereses de los individuos participantes.

---

<sup>3</sup>*“In this way the unsocial actions of acquisitiveness, undertaken solely for private gain, are transmuted into the social act of creating wealth that will benefit all. The rich, to be sure, will take for their own what is most precious, but (says Smith) their consumptions are little more than those of the poor – he speaks, perhaps, of their consumption of foodstuffs. And so, Smith writes, in the first use of the phrase, “(the rich) are led by an invisible hand to make nearly the same distribution of the necessaries of life, which would have been made, had the earth been divided into equal portions among all its inhabitants, and thus without knowing it, without intending it, advance the interest of the society, and afford means to the multiplication of the species” [De esta manera, las acciones antisociales de codicia, emprendidas únicamente para beneficio privado, se transmutan en el acto social de crear riqueza que beneficiará a todos. Los ricos, sin duda, tomarán para sí lo más preciado, pero (dice Smith) sus consumos son poco más que los de los pobres - él habla, tal vez, de su consumo de alimentos. Y así, escribe Smith, en el primer uso de la frase, “(los ricos) son guiados por una mano invisible para hacer casi la misma distribución de las necesidades de la vida, que se habrían hecho si la tierra se hubiera dividido en porciones iguales entre todos sus habitantes y así, sin saberlo, sin proponérselo, favorecer el interés de la sociedad y proporcionar medios para la multiplicación de las especies] (Heilbroner 1986:61).*

*“They are led by an invisible hand to make nearly the same distribution of the necessaries of [265] life which would have been made had the earth been divided into equal portions among all its inhabitants; and thus, without intending it, without knowing it, advance the interest of the society, and afford means to the multiplication of the species”* [Son guiados por una mano invisible para hacer casi la misma distribución de las necesidades de la vida que se habrían hecho si la tierra se hubiera dividido en porciones iguales entre todos sus habitantes; y así, sin proponérselo, sin saberlo, promover el interés de la sociedad y proporcionar medios para la multiplicación de las especies] (Smith 1767:582).

Si el concepto de necesidad en la “Teoría de los Sentimientos Morales” (Smith 2010) corresponde a un fenómeno natural, que se atiende con la función útil de las cosas; el concepto de utilidad responde a una construcción social que parte de un sentimiento de simpatía entre los hombres, que incluso podría asociarse a la belleza<sup>4</sup>.

En la “Teoría de los Sentimientos Morales” el concepto de utilidad responde a la aprobación moral, la justicia y la virtud; se vincula a la construcción de un sistema de normas y la valoración de los medios y los fines de la acción humana para alcanzar la felicidad; puede decirse que Adam Smith recupera el concepto de utilidad heredado del filósofo David Hume como base para la construcción de los juicios morales<sup>5</sup>.

En la obra *“Lectures”*, Adam Smith (1869) expresa su preocupación por lo que se puede denominar “la naturaleza de la riqueza”, entendida como bienes que satisfacen necesidades, al tiempo de discernir sobre el papel de los consumidores. Señala Adam Smith que en general, las necesidades de los hombres pueden ser atendidas de manera individual, pero aquellas necesidades que ofrecen *“pleasure and pain”* - sujetas a las

---

<sup>4</sup> *“The utility of any object, according to him (David Hume), pleases the master by perpetually suggesting to him the pleasure or convenience which it is fitted to promote. Every time he looks at it, he is put in mind of this pleasure; and the object in this manner becomes a source of perpetual satisfaction and enjoyment. The spectator enters by sympathy into the sentiments of the master, and necessarily views the object under the same agreeable aspect”* [La utilidad de cualquier objeto, según él (David Hume), agrada al maestro sugiriéndole perpetuamente el placer o la conveniencia que está capacitado para promover. Cada vez que lo mira, recuerda este placer; y el objeto de esta manera se convierte en una fuente de satisfacción y disfrute perpetuos. El espectador entra por simpatía en los sentimientos del maestro y necesariamente ve el objeto bajo el mismo aspecto agradable] (Heilbroner 1986:118).

<sup>5</sup> *“Hume is proclaimed as “the founder of modern utilitarianism” and Smith, together with Malthus and Ricardo, are listed as classical economists who were utilitarians”* [Hume es proclamado como "el fundador del utilitarismo moderno" y Smith, junto con Malthus y Ricardo, figuran como economistas clásicos que fueron utilitaristas] (Rosen 2000:80).

preferencias del consumidor- son la causa de la industria humana; en ese sentido las preferencias son construcciones sociales y artísticas. Dice Adam Smith:

*“Those qualities, which are the ground of preference, and which give occasion to pleasure and pain, are the cause of many insignificant demands, which we by no means stand [160] in need of. The whole industry of human life is employed not in procuring the supply of our three humble necessities, food, clothes and lodging, but in procuring the conveniences of it according to the nicety and delicacy of our taste. To improve and multiply the materials, which are the principal objects of our necessities, gives occasion to all the variety of the arts”* [Esas cualidades, que son el fundamento de la preferencia y que dan lugar al placer y al dolor, son la causa de muchas exigencias insignificantes, que de ninguna manera tenemos [160] necesidad. Toda la industria de la vida humana no se emplea en procurar el abastecimiento de nuestras tres humildes necesidades, comida, ropa y alojamiento, sino en procurar las comodidades de ello de acuerdo con la delicadeza y delicadeza de nuestro gusto. Mejorar y multiplicar los materiales, que son los principales objetos de nuestras necesidades, da lugar a toda la variedad de las arte] (Smith 1869).

Por otra parte, para entender el concepto de necesidad y utilidad en Adam Smith es necesario remontarse al cambio en su pensamiento entre lo planteado en “La Teoría de los Sentimientos Morales” (Smith 2010) y la “Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones” (Smith 1981). Para ello, un antecedente es la escuela del Iluminismo que veía con optimismo la organización de la sociedad a partir de principios racionales<sup>6</sup>. La herencia del Iluminismo implicó que Adam Smith abandonara posiciones pasivas respecto del destino de la humanidad y enfocara su análisis a la dinámica social, incorporando a la libertad económica y a la libertad como la institución central de la sociedad (Heilbroner 1986:9).

En la obra de la Riqueza de las Naciones, Adam Smith (1981) hace ver que el trabajo es la clave para la riqueza y la condición para producir las cosas necesarias y útiles, y que la división del trabajo era la condición para gozar de un exceso de satisfactores; es en

---

<sup>6</sup> Iluminismo o *enlightenment*: “... se ha caracterizado a la Ilustración por su optimismo en el poder de la razón y en la posibilidad de reorganizar a fondo la sociedad a base de principios racionales. Procedente directamente del racionalismo del siglo XVII y del auge alcanzado por la ciencia de la Naturaleza, la época de la Ilustración ve en el conocimiento de la Naturaleza y en su dominio efectivo la tarea fundamental del hombre” (Ferrater 1979:1624).

consecuencia la colaboración entre individuos egoístas que al procurar su mayor satisfacción se organizan y dividen tareas; señala Adam Smith:

“ (...) en una sociedad bien gobernada(...) Todo obrero dispone de una cantidad mayor de su propia obra, en exceso de sus necesidades, y como cualesquiera otro artesano, se halla en la misma situación, se encuentra en condiciones de cambiar una gran cantidad de sus propios bienes por una gran cantidad de los creados por otros; o lo que es lo mismo, por el precio de una gran cantidad de los suyos. El uno provee al otro de lo que necesita, y recíprocamente, con lo cual se difunde una general abundancia en todos los rangos de la sociedad” (Smith 1981:14).

Para Adam Smith, la división del trabajo no es producto de la sabiduría, sino consecuencia de la naturaleza humana. Es decir hay una preferencia en los hombres hacia el intercambio ya que ha optado por dividir el trabajo y mejorar su bienestar mediante el uso de sus habilidades de negociación, producto de sus facultades “discursivas y del lenguaje”, que facilitan la cooperación y la asistencia mutua, sólo limitadas por la extensión y la libertad del mercado en el que se realice el intercambio de bienes (Smith 1869).

En la lógica de Adam Smith, la relación causal va de la división del trabajo como un fenómeno “natural” a la creación de una colectividad que produce para otros. Adam Smith presenta a la división del trabajo como un elemento natural para la evolución de la sociedad<sup>7</sup>. La división del trabajo, además de ser una manifestación del esfuerzo, que potencia la capacidad creativa, es también la condición para la construcción de un sistema de cooperación en el que se produce para el otro<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> En el prefacio de Edwin Cannan a la edición de 1904, se señala que “Adam Smith abordó el tema de “primero, los impedimentos naturales, y segundo, la opresión del gobierno civil”. No se registra en parte alguna que haya mencionado jamás un impedimento natural, salvo la falta de división en el trabajo, durante los tiempos primitivos, debida a la alta de reservas” (Smith 1981:L).

<sup>8</sup> En el Estudio Preliminar elaborado por Gabriel Franco a la obra de Adam Smith (1981) de la “Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones”, se propone que “Gracias a la división del trabajo se potencia extraordinariamente el rendimiento del hombre y se nos presenta la sociedad por su ministerio como un inmenso sistema de cooperación, en el que cada uno no produce lo que necesita para sí mismo, sino lo que reclaman los demás. En vano esperamos de los otros cuanto hemos menester apelado a la benevolencia, pero todo se alcanza llamando a la puerta de sus intereses y reclamando lo que necesitamos a cambio de lo que los demás necesitan” (Smith 1981:XXVI).

Adam Smith plantea en la “Teoría de los Sentimientos Morales” (Smith 2010), que es la utilidad la que se logra por el acuerdo en comunidad; en ese sentido, no son lo mismo necesidad y utilidad. La necesidad se satisface con cosas útiles y la utilidad se alcanza con la colaboración de todos aquellos que buscan su interés individual; la utilidad está asociada al valor que los individuos otorgan a los bienes producidos mediante la colaboración. Para Adam Smith la riqueza de los hombres depende del grado en que puede gozar de “cosas necesarias, convenientes y gratas para la vida” y el espacio para obtener las cosas necesarias, debido a la división del trabajo, es el mercado vía el proceso de intercambio regulado por los precios de las mercancías.

En el discurso de Adam Smith, para disponer de mercancías, entendidas como cosas que satisfacen necesidades, se debe contar con una cantidad de trabajo de la cual disponer; dice Adam Smith:

“(…) el valor de cualquier bien, para la persona que lo posee y que no piense usarlo o consumirlo, sino cambiarlo por otros, es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirir o de la que pueda disponer por mediación suya. El trabajo, por consiguiente, es la medida real del valor en cambio de toda clase de bienes (y) El precio real de cualquier cosa, lo que realmente le cuesta al hombre que quiera adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone” (Smith 1981:31).

En consecuencia, señala Adam Smith, el valor de los bienes que se intercambian dependerá del trabajo propio o ajeno invertido en ellos; el valor está asociado en consecuencia al concepto de utilidad construido socialmente. La medida real del valor en cambio de los bienes (el trabajo invertido) se enfrenta al problema de que hay distintos tipos de trabajo, por lo que se requiere de una mercancía equivalente (el dinero), que se use como instrumento común de comercio; una mercancía que no esté sujeta a variaciones como en el caso de los metales o el trigo, para que sea confiable al momento de medir la cantidad de trabajo incorporada en cada mercancía. Adam Smith (1981) habla en consecuencia de dos precios, el real y el nominal, uno asociado a las cosas necesarias y el otro a la cantidad de dinero.

“(…) puede decirse que el trabajo, como los otros bienes, tiene un precio real y otro nominal. El precio real diríamos que consiste en la cantidad de cosas necesarias y convenientes que mediante él se consiguen, y el nominal, la cantidad de dinero. El trabajador es rico o pobre, se halla bien o mal remunerado, en proporción al precio real del trabajo que ejecuta, pero no al nominal” (Smith 1981:34).

Como toda esta actividad se realiza en el mercado, el intercambio debe hacerse en libertad, para permitir que los precios se regulen en función de la cantidad de cada mercancía que es llevada al mercado y la demanda de quienes están dispuestos a pagar por ella el precio natural, que para Adam Smith corresponde al “valor íntegro de la renta, el trabajo y el beneficio” (Smith 1981:55).

El Adam Smith (2010) de la “Teoría de los Sentimientos Morales” recupera tres categorías esenciales: la “mano invisible” (que redime), los sentimientos morales y el bienestar. La “mano invisible” se asocia a la intervención de la Deidad<sup>9</sup> en los asuntos de la humanidad, cuya importancia es tal que sin ella sería difícil (por no decir imposible) alcanzar un orden social y moral<sup>10</sup>; los sentimientos morales son la base del principio de “simpatía” que procuran la construcción de acuerdos sociales y se reflejan en la utilidad como acción humana y concepto moral, y el bienestar como el fin último de la acción económica, generadora de riqueza para satisfacer necesidades.

Puede decirse que para Adam Smith la razón no es superior a la emoción y a la voluntad; para este teórico en el centro de la naturaleza humana se ubican a las “pasiones”, en tanto sentimientos y emociones, y la razón se reconoce como una construcción social (Heilbroner 1986:2).

### **1.1.2. David Ricardo**

A diferencia de Adam Smith cuya preocupación era la naturaleza y causa de la riqueza, para David Ricardo el objetivo de estudio de la economía política es la identificación de las leyes que rigen y marcan el curso natural de la actividad económica<sup>11</sup>, los mecanismos para determinar el valor relativo de los bienes y la distribución del producto generado entre renta, utilidad y salario; en ese sentido David Ricardo apunta cuál es el objetivo de su investigación: “... la investigación hacia la cual quiero orientar la atención del lector se vincula al efecto de las variaciones en el valor relativo de los bienes, y no en su valor absoluto” (Ricardo 1973:16).

---

<sup>9</sup> En el Iluminismo se habla de un deísmo que no niega a Dios, pero que lo relega a la función de creador o primer motor de la existencia y, en consecuencia, reconoce una “religión natural” igual en todos los hombres.

<sup>10</sup> El orden social y moral es de tal importancia que sin ellos no se alcanzaría una estabilidad social que es crucial para el “desarrollo” económico (Heilbroner 1986:58).

<sup>11</sup> Señala Hollander: “La principal preocupación teórica de Ricardo tenía que ver con el valor y la distribución y su superación de Smith se basa en la teoría de determinación de la tasa de beneficios” (Hollander 1988:15).

Tal como se plantea en la Introducción a la obra de David Ricardo (1973) “Principios de Economía Política y Tributación”, la discusión se enfoca en el diseño de un sistema económico cuya finalidad es la determinación de las tasas de utilidad a partir de la relación entre producción y consumo para garantizar la producción, que papel juegan los conceptos de necesidad y utilidad en su análisis.

Para David Ricardo un bien es útil porque satisface necesidades por su valor de uso, y la capacidad de compra de otros bienes se manifiesta en valor de cambio. Dice David Ricardo, diferenciándose del discurso de Adam Smith:

“Adam Smith observaba que “la palabra Valor” tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto particular, y, otras, la capacidad de comprar otros bienes, capacidad que deriva de la posesión del dinero. Al primero lo podemos llamar “valor en uso” y al segundo “valor en cambio” (...) “Las cosas que tienen un gran valor en uso, tienen comúnmente escaso o ningún valor en cambio y, por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio, no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso o ninguno” (Ricardo 1973:9).

En el discurso de David Ricardo, el concepto de necesidad se manifiesta a través del valor de uso de los bienes, cuyas características permiten la satisfacción de necesidades; estos bienes en tanto útiles pueden ser intercambiados y, en consecuencia se hace evidente una nueva categoría: el valor de cambio que es producto de dos fuentes: la escasez y el trabajo requerido para producir el bien (Ricardo 1821:9).

Para David Ricardo, la utilidad -entendida como valor de uso- es esencial para que una mercancía tenga valor de cambio, e incorpora un nuevo concepto: la escasez asociada a las preferencias de los consumidores y producto de lo que Adam Smith denominó como la insaciabilidad de los consumidores.

David Ricardo entiende el concepto de utilidad sin distinguirlo del concepto de útil, como la base para la construcción de una teoría del valor relativa a la cantidad del trabajo necesario para la producción de una mercancía. Esta posición contrasta con la de Adam Smith, que entendía el concepto de utilidad asociado a la aceptación moral y a la justicia para garantizar la adecuada distribución de la riqueza en la sociedad.

Para David Ricardo, la utilidad -entendida como valor de uso-, es la condición de existencia del valor en cambio, pero no es su medida. La utilidad de las cosas no aumenta con la producción ya que depende de las características físicas y naturales de los bienes para satisfacer necesidades; con la producción se puede aumentar el número de bienes, pero

no la capacidad propia de cada bien para satisfacer necesidades, al menos en los bienes que atienden necesidades básicas.

Asimismo, en David Ricardo el concepto de necesidad también se expresa a través del concepto de riqueza. Este teórico establece que la utilidad es la medida de la riqueza asociada a las cosas necesarias, convenientes y gratas, en el mismo sentido que Adam Smith, y establece que el valor depende de la facilidad o dificultad para producir las mercancías.

“Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida”. En consecuencia, la riqueza difiere esencialmente del valor, ya que éste depende no de la abundancia sino de la facilidad o dificultad de la producción” (Ricardo 1821: 205).

El valor es, en consecuencia, resultado de la actividad productiva del hombre, a diferencia de la utilidad que no puede ser creada, depende de condiciones naturales tanto de la necesidad del hombre como de las características de los bienes. Desde la visión de David Ricardo, no existe una relación directa entre valor y riqueza; de hecho la riqueza de una sociedad puede crecer sin que aumente el valor, ya que la riqueza está asociada al mayor número de bienes de que se disponga para satisfacer necesidades, en tanto que el valor está asociado al trabajo necesario para la producción de los bienes, incluso el valor puede disminuir al tiempo que la riqueza crezca si para ese fin se aplican “mejoras” en la producción; de hecho, las mejoras en la producción en el presente impactarán negativamente el valor de las mercancías producidas en el pasado, pero abonarán en la capacidad y potencia para la producción futura (Ricardo 1973:205-206).

En consecuencia, la riqueza no depende del valor (Ricardo 1973:207). El aumento de la producción aumenta la riqueza, es decir aumenta la disponibilidad de cosas necesarias; sin embargo, este aumento de riqueza no aumenta necesariamente el valor; por el contrario, podría generarse más valor y más riqueza si se aplicaran los ingresos a contratar trabajo productivo, retirándolo del consumo suntuario; de esta forma se generaría más valor, porque se aplicó más trabajo productivo, y se generarían más bienes de disfrute; es decir, se generaría más riqueza por la “sobriedad”. Asimismo podría generarse más riqueza mediante la aplicación de mejoras en la producción sin afectar el nivel de disfrute “propio del ocio”, en este caso la sociedad sería más rica pero generaría menos valor (Ricardo 1973:209).

En el discurso económico de David Ricardo (1973) el consumo de los individuos no debe estar limitado a las necesidades inmediatas o de sobrevivencia, por el contrario se debe

pensar en las nuevas necesidades que se generen en función de las capacidades productivas presentes y futuras. En ese sentido, David Ricardo incorpora una nueva categoría: el capital como riqueza para la producción futura.

“El capital es aquella parte de la riqueza de un país que se emplea con vistas a una producción futura, y puede ser aumentado de la misma manera que la riqueza. Un capital adicional será igualmente eficaz en la producción de riqueza futura, ya se obtenga de ciertos progresos en la habilidad técnica y en la maquinaria, o en la utilización más reproductiva del ingreso; en efecto, la riqueza depende siempre de la cantidad de bienes producidos, sin tomar en cuenta para nada la facilidad con que se hayan obtenido los medios empleados en la producción” (Ricardo 1973:209).

En el planteamiento de David Ricardo (1973), la acumulación de la riqueza denominada capital depende del uso de trabajo productivo para generar bienes que van a satisfacer el consumo en un momento futuro, hasta el límite que establezca la variación en la tasa de ganancia. En consecuencia, las decisiones de inversión y acumulación de capital dependerán de las variaciones en la tasa de ganancia a partir del destino que se le dé al uso del capital según el tipo de industria.

Hasta este punto hemos entendido que para David Ricardo la utilidad, entendida como valor de uso, es esencial para que una mercancía tenga valor de cambio, mismo que se realiza en el mercado; sin embargo el valor de cambio traducido en el precio de los bienes no es la medida de la utilidad. Mientras Adam Smith consideraba que el valor relativo de los bienes estaban determinados por el pago de utilidades, renta de la tierra y salarios, David Ricardo estableció que el trabajo requerido para la producción de los bienes era el único determinante del valor de los bienes; en la Introducción a los “Principios de Economía Política y Tributación” (Ricardo 1973), se señala que para David Ricardo el “error originario” de Adam Smith<sup>12</sup> fue asumir que el valor de una cosa dependía de la remuneración del

---

<sup>12</sup> “(...) Ricardo critica a Adam Smith por limitar la regla de que los bienes se intercambian según la cantidad de trabajo requerido para su producción a “la situación inicial y difícil de la sociedad, que precede a la acumulación de capital y a la apropiación de la tierra”, como si al pagar las utilidades y la renta, tuviesen alguna influencia sobre el valor relativo de los bienes, independientemente de la mera cantidad de trabajo que fue indispensable para su producción”. Ahora bien, añade Ricardo, Adam Smith “no analizó nunca los efectos de la acumulación de capital, ni de la apropiación de la tierra, sobre el valor relativo” (Ricardo 1973:XXVII).

trabajo, y no de la cantidad de trabajo requerido para su producción, salvo en las etapas previas a la acumulación del capital y la apropiación de la tierra.

David Ricardo (1973) discrepó de la visión utilitarista y moral de la escuela de Adam Smith y avanzó en el desarrollo de la teoría del valor a partir del trabajo necesario para la producción de mercancías, marcando la diferencia entre valor de uso, valor, riqueza y utilidad (Ricardo 1973:205). David Ricardo (1973) reconoce la dicotomía entre valor de uso y valor de cambio, reformula el concepto de valor y lo disecciona en su significado: valor en tanto utilidad de un objeto particular (capacidad de generar una satisfacción) y como capacidad de compra de otros bienes.

Rastrear el concepto de necesidad desde el pensamiento de Adam Smith al de David Ricardo ha permitido identificar que las mercancías cuentan con valor de uso (para satisfacer necesidades) tanto en el discurso de Adam Smith como en el de David Ricardo; valor de cambio (para realizar las transacciones), en el planteamiento de Adam Smith asociado a lo que denominó como utilidad en tanto una construcción social, mientras que para David Ricardo el valor de cambio estaba asociado a la cantidad de trabajo y a la escasez del bien. Finalmente, el concepto de valor en Adam Smith definido a veces como valor de uso y otras como valor de cambio se clarifica en el planteamiento de David Ricardo al asociarlo al trabajo necesario para la producción de las mercancías, y era representado como valor de cambio.

Para Adam Smith, al igual que para David Ricardo, la distribución de la riqueza era un problema económico esencial, pero el camino que sigue cada uno de ellos para su estudio es distinto; el primero recurre a la explicación del problema de la distribución a través de entender la conducta moral y justa de los individuos, en tanto que el segundo atiende el problema desde los principios de la producción, particularmente en la importancia de garantizar la acumulación del capital para la reproducción del sistema.

La economía política de David Ricardo implica estudiar la acción económica desde la esfera de la producción y la generación de valor a partir del trabajo. Señala David Ricardo (1973) que el deseo de los hombres es consumir y si el fin de la economía es producir para vender, en consecuencia el hombre se transforma en un nuevo actor económico que al momento de producir se vuelve comprador y consumidor de los productos generados por otra persona.

“Ningún hombre produce si no es para consumir o vender, y nunca vende si no es con la intención de comprar alguna otra mercancía, que le pueda ser de utilidad inmediata, o que pueda contribuir a una producción futura. Al producir, entonces, el

hombre se transforma necesariamente en consumidor de sus propios productos, o en comprador y consumidor de los productos de alguna otra persona” (Ricardo 1973:217).

Por otra parte, la producción no se detiene porque el consumidor es insaciable, tal como señalaba Adam Smith, ya que el hombre no sólo consume bienes básicos para la vida, sino bienes de “conveniencia y ornato”. Destinar la producción a la satisfacción de necesidades “naturales” asociadas a la sobrevivencia, implicaría una limitación a la inversión, por lo que es necesario atender “las necesidades de conveniencia y ornato” que no tiene límite mientras se garantice el rendimiento del capital limitado sólo por el alza de salarios:

“De todo esto se deduce que no hay límite para la demanda, que no hay límite al empleo de capital, mientras éste rinda algún beneficio, y que, no importa cuán abundante sea el capital, no existe ninguna otra razón suficiente para una baja de las utilidades, sino el alza de salarios, y todavía puede añadirse que la única causa permanente y adecuada para el alza de salarios es la dificultad creciente de proporcionar alimentos y artículos de primera necesidad al creciente número de trabajadores “ (Ricardo 1973:221).

Al igual que en el planteamiento teórico de Adam Smith, para David Ricardo el concepto de necesidad también tiene una connotación negativa, pero no por razones morales sino racionales asociadas al funcionamiento del sistema capitalista. La acumulación del capital, elemento central para garantizar la continuidad del proceso, tiene una posible restricción debida a la variación de la tasa de ganancia generada por la presión por satisfacer las necesidades de los trabajadores.

La forma de evitar esta restricción es pensando al capital desde otra perspectiva, en términos de un modo de riqueza que no disminuye el valor de una sociedad al producir bienes que satisfacen necesidades básicas presentes, sino como un modo de riqueza para producir bienes que lograrán satisfacer necesidades en un momento futuro, tanto básicas como de ornato u ocio.

### **1.1.3. John Stuart Mill**

Al igual que en el texto de David Ricardo, los planteamientos de John Stuart Mill (1985) giran en torno al concepto de utilidad, y no al de necesidad de manera explícita; sin embargo, a diferencia de David Ricardo, este autor señala que: “Lo que producimos o deseamos producir, es siempre, como lo designa M Say con gran exactitud, una utilidad. El trabajo no crea objetos, sino utilidades” (Stuart Mill 1985:65), es decir regresa a la aparente confusión que David Ricardo había resuelto, en el sentido de que la utilidad debía

ser entendida como capacidad de satisfacer necesidades de manera natural y no como producto del trabajo.

Mientras que para Adam Smith (2010), la utilidad es una construcción social y moral y para David Ricardo la utilidad está asociada a la posibilidad de ser “útil” de las mercancías, en función de que los consumidores las prefieran para satisfacer sus necesidades, para Stuart Mill (1985) la utilidad es producto del trabajo.

El trabajo productivo, desde la perspectiva de John Stuart Mill, es aquel que genera bienes que además de ser útiles pueden ser acumulados (Stuart Mill 1985:67). Este teórico identifica tres tipos de utilidades producidas por el trabajo: utilidades fijadas o incorporadas a los objetos exteriores; utilidades fijadas o incorporadas en seres humanos (nuevas cualidades o capacidades) y, utilidades no fijadas o incorporadas en ningún objeto (prestación de un servicio).

En los “Principios de Economía Política” (Stuart Mill 1985), John Stuart Mill estudia el concepto de utilidad en su relación con el trabajo y lo distingue de su contraparte material que es el valor de uso (Capítulo III del Libro I); de igual forma reconoce la diferencia entre el valor de uso y el valor en cambio, y avanza en el análisis del sistema de oferta y demanda y su relación con el valor (Stuart Mill Capítulos I y II del Libro III).

John Stuart Mill (1985) señala que el valor de uso significa capacidad de satisfacer o servir para ese fin en el futuro, además de ser el límite extremo del valor de cambio, ya que en caso de que el valor de cambio superara al valor de uso se enfrentaría una contradicción:

“Así el valor de uso, o como lo llama Mr. de Quincey, el valor teleológico, es el límite extremo del valor de cambio. El valor de cambio de una cosa puede ser inferior a su valor en uso, en no importa qué proporción; pero que alguna vez pueda exceder del valor de uso implica una contradicción; supone que habrá personas que darán, por poseer una cosa, más del valor máximo que ellas mismas le atribuyen como un medio para satisfacer sus inclinaciones” (Stuart Mill 1985:386).

Sin embargo, al mismo tiempo Stuart Mill (1985) establece que el valor de cambio de un bien debe cumplir con dos condiciones: responder a un uso, atender una necesidad o cumplir un deseo y representar alguna dificultad para obtener el bien (Stuart Mill 1985:390-391). En ese sentido el valor de uso sólo es uno de los componentes del valor de cambio y podría no ser la limitante de este último, lo que parece implicar una contradicción.

John Stuart Mill (1985) retoma las categorías de valor, valor de uso y valor de cambio de David Ricardo, y apunta hacia el problema de cómo determinar el precio de las mercancías, ¿por su escasez y dificultad para producirlas o por su utilidad?. Para este autor, la utilidad

“actúa sobre el comprador” (sólo se compra lo que es útil), mientras que la dificultad para producir el bien “actúa sobre el precio”.

Stuart Mill (1985) concluye que la utilidad sólo es la condición para que ocurra la oferta y la demanda en el mercado, pero no es la determinante del precio. Desde esta perspectiva, la manera en que se determina el precio de los bienes es a través de la oferta y la demanda mediante un proceso de competencia entre los compradores y vendedores y, según establece John Stuart Mill (1985), el valor de cambio se traduce en precio en dinero que depende de dos factores: utilidad y dificultad para obtener el bien<sup>13</sup>.

Con las elaboraciones teóricas de John Stuart Mill (1985) se abre la posibilidad a una economía capitalista donde el eje fundamental de la disciplina está en el ámbito de la competencia y no en los principios que determinan la producción; además al señalar que el valor de cambio no puede ser superior al valor de uso establece *de facto* la preocupación por el consumidor y sus necesidades; por esta vía se da pie a la construcción de una teoría del consumidor, sus preferencias y expectativa, y se apuntala al concepto de escasez generado por una limitada oferta, recursos insuficientes, o procesos con rendimientos decrecientes.

En John Stuart Mill (1985) se consolida la función instrumental que se le otorga al concepto de utilidad para facilitar el intercambio. Uno de los elementos de mayor atractivo en el estudio de este teórico, es su reconocimiento de la teoría del valor-trabajo como generador de riqueza y acumulación de capital, a una visión que -sin descartar dicha teoría-, priorice el proceso de intercambio como el mecanismo que por excelencia procurará la distribución de la riqueza en la sociedad y ubique al mercado como el elemento central del análisis económico.

Finalmente, John Stuart Mill (1985) propone que la economía política es una ciencia entrelazada con la filosofía y su expectativa es que esta nueva ciencia sea capaz de garantizar una mayor libertad a la sociedad, alcanzable por medio de la cultura y los procesos sociales que se realicen en el mercado entre propietarios.

---

<sup>13</sup> La dificultad para obtener o producir un bien puede ser producto de tres fenómenos: limitación absoluta de la oferta (imposibilidad de aumentar más allá de ciertos límites); la limitante en trabajo disponible y gastos asociados a la producción y, aumento de costos como resultado de rendimientos decrecientes (cambios en las proporciones de uso de los factores trabajo y gastos asociados).

## **1.2. El pensamiento neoclásico**

La escuela de pensamiento neoclásica recupera los conceptos de necesidad y utilidad desde la perspectiva del estudio de la economía como un proceso centrado en el intercambio y el consumo individual. El discurso de la teoría neoclásica de finales del siglo XIX y mediados del XX, facilita el diálogo con el mundo de la ciencia y abona en la construcción de un lenguaje económico para su validación como ciencia objetiva, en sustitución de una ciencia moral, como la que representaba Adam Smith.

En la teoría neoclásica, la preocupación por darle a la economía una jerarquía científica, implicó reforzar la idea de que la conducta de los consumidores está determinada por leyes naturales, y asumir al mercado como el espacio ideal para su manifestación. Para esta escuela de pensamiento, la necesidad es una manifestación natural del ser humano y el proceso de intercambio es parte de esa conducta natural de los individuos; son elementos dados por la naturaleza y no construcciones sociales.

La teoría subjetiva del valor que se desarrolla en esta escuela de pensamiento se asume plenamente como no utilitarista, al no tener como objeto de estudio la utilidad de las cosas para satisfacer necesidades (Hicks 1976:11). Para la escuela neoclásica, las necesidades de los consumidores y sus gustos específicos son interpretadas en términos de funciones de utilidad, que miden la intensidad de los deseos, donde las necesidades se jerarquizan en un sistema de preferencias; de esta forma, se realiza la transformación del concepto de necesidad al de utilidad y posteriormente al de preferencias.

Las preferencias que se revelan en el mercado son el vehículo para satisfacer a los consumidores que por naturaleza son insaciables. La conducta del consumidor en este modelo teórico, nos habla de un agente racional que busca maximizar su utilidad, a partir de su escala de preferencias, en un ambiente de competencia en el mercado.

El pensamiento neoclásico incorpora conceptos tales como: competencia perfecta, utilidad y productividad marginal, preferencias subjetivas de los consumidores, elección racional, propiedad privada, perfecta asignación de los factores de producción a partir de las “señales de mercado” (precios); equilibrio entre la oferta y la demanda de bienes, crecimiento económico permanente y teoría subjetiva del valor.

Una de las escuelas representativas del pensamiento neoclásico es la escuela de Lausanne, que asume que el proceso de intercambio permite a los consumidores alcanzar la mayor utilidad a partir de un mecanismo de subasta entre compradores y vendedores, hasta el punto límite donde la utilidad marginal, vinculada a las necesidades últimas, corresponde al precio que se está dispuesto a pagar. Otra corriente del pensamiento

neoclásico es la Escuela Sueca que identifica al proceso de intercambio como el mecanismo que permite a los individuos jerarquizar sus necesidades a partir del sistema de precios que está dado en el mercado.

Para la escuela de Lausanne, las necesidades se manifiestan como preferencias subjetivas y la causalidad va de las necesidades (preferencias) a la determinación de precios, mediado por un proceso iterativo que busca la maximización de las utilidades y la minimización de los costos en el límite de la producción; en tanto que para la escuela Sueca, las necesidades juegan un papel pasivo y se ajustan en función de las señales del mercado, es decir en función de los precios, y de esta forma la causalidad va del sistema de precios a la acción del individuo que consume.

Desde la perspectiva de la escuela de Lausanne, representada por Léon Walras, la utilidad de las cosas es una característica propia de los bienes que permite responder y satisfacer una necesidad. Dice Walras: “Las cosas son útiles cuando pueden usarse para algo, cuando responden a una necesidad cualquiera y permiten su satisfacción” (Walras 1987:155). Las cosas útiles y escasas son el objeto de estudio de la economía, señala Walras, y constituyen la riqueza social a la que está enfocada la producción industrial. La riqueza social corresponde “al conjunto de cosas materiales o inmateriales (...) que son escasas, es decir, que por una parte nos son útiles y, por otra, existen a nuestra disposición en cantidades limitadas” (Walras 1987:155).

Walras asume que el concepto de escasez está vinculado al de utilidad, en el sentido de que sólo aquello que se necesita por ser útil y está limitado en su cantidad puede considerarse escaso. La limitación de las cosas útiles, dice Walras (1987) tiene tres consecuencias: “Las cosas útiles y limitadas en su calidad son *apropiables*”; “Las cosas útiles, limitadas en cantidad, son *valiosas e intercambiables*”, y “Las cosas útiles, imitadas en cantidad, son *industrialmente producibles o multiplicables*” (Walras 1987:156-158)

Las características naturales de las cosas: utilidad y escasez, son determinantes para su apropiación social. Walras (1987) reconoce que el carácter natural de las necesidades y la utilidad de las cosas para satisfacer las necesidades, sumado al concepto de escasez, les otorga a las cosas un carácter de “apropiables” como si fuera un proceso natural, que incluso llega hasta el concepto de propiedad:

“ Las cosas útiles y limitadas en su cantidad son apropiables (...) las cosas útiles, al no existir más que en cantidades limitadas, son apropiables y de hecho son objeto de apropiación. Este tipo de cosas son abarcables o controlables (...) la apropiación

(y en consecuencia la propiedad que no es más que la apropiación legítima o conforme a la justicia) se ejercita sobre toda la riqueza social, y nada más que sobre la misma” (Walras 1987:158).

Walras es cuidadoso al señalar que las cosas son apropiables por su naturaleza, pero que los hombres en sociedad son los que realizan la apropiación de la riqueza haciendo uso de criterios morales que regulan las relaciones humanas (Walras 1987:169). La economía, entendida como industria es, en consecuencia, una actividad producto de fenómenos y leyes naturales regulados socialmente.

Señala Walras (1987) que el deseo de apropiación de las cosas esta determinada por su escasez y su utilidad, es decir por sus características de valiosas e intercambiables. Las cosas útiles, mediante el intercambio, establecen entre sí una relación que es independiente de la utilidad directa que tengan en sí mismas, y establecen la posibilidad de que puedan intercambiarse entre sí en distintas proporciones; es decir se establece el fenómeno del valor de cambio.:

“Las cosas útiles, limitadas en cantidad, son *valiosas e intercambiables* (...). Una vez que las cosas escasas son objeto de apropiación (y sólo ellas y todo ellas lo son), se establece entre las mismas una relación consistente en que, independiente de la utilidad directa que tengan, cada una adquiere, como propiedad especial, la facultad de cambiarse entre si en tal o cual proporción determinada (...) Este es el fenómeno del valor de cambio que, al igual que el fenómeno de la propiedad, se aplica a toda la riqueza social y nada más que a ella” (Walras 1987:157).

Por otra parte, al ser la cosas útiles y limitadas en cantidad, susceptibles de ser industrialmente producibles o multiplicables, se dan las condiciones y el interés para producirlas en la mayor medida posible.

“Las cosas útiles, limitadas en cantidad, son *industrialmente producibles o multiplicables*. Quiero decir con esto que tiene interés producirlas y multiplicar su cantidad en la mayor medida posible mediante esfuerzos regulares y sistemáticos” (Walras 1987:158).

En el modelo analítico de Walras, los atributos naturales de las cosas (utilidad y escasez), determinan las categorías construidas socialmente como propiedad, valor de cambio, industria y riqueza social; dice Walras:

“El valor de cambio, la industria, la propiedad, son por tanto los tres fenómenos generales, las tres series o grupos de fenómenos particulares que engendran la limitación de la cantidad de las cosas útiles, es decir, la escasez de las cosas; los

tres fenómenos cuyo escenario es toda la riqueza social y nada más que la riqueza social” (Walras 1987:158).

Walras (1987) señala que, mientras que las características de las cosas están determinadas por la naturaleza, otorgándoles las tres características de apropiables, intercambiables e industrialmente producibles, corresponde al hombre en sociedad definir la forma en que se realiza la apropiación, la producción y su distribución (Walras 1987:169). Walras asume que el valor de cambio se reconoce como un fenómeno de carácter natural, porque está determinado por la escasez y la utilidad de las cosas:

“El valor de cambio, una vez que se ha determinado, posee el carácter de un fenómeno natural, natural en su origen, natural en su manifestación y natural en su esencia. Si el trigo y la plata tienen valor, es porque son escasos, es decir, útiles y limitados en cantidad, dos circunstancias naturales. Y si el trigo y la plata tiene un valor concreto cada uno en relación al otro, es porque son más o menos escasos respectivamente, es decir, más o menos útiles y más o menos limitados en cantidad; de nuevo dos circunstancias naturales, las mismas antes mencionadas” (Walras 1987:160).

El valor de cambio es una magnitud medible que surge de la comparación entre el valor de las cosas útiles y que, señala Walras, “(...) no proviene ni de la voluntad del comprador ni de la voluntad del vendedor, ni de un acuerdo entre ambos” (Walras 1987:160), está por encima de las decisiones humanas.

Walras asume que las cosas útiles además de “sufrir” el inconveniente de la limitación, pueden no ser útiles de manera directa, es decir deben requerir de la industria (de la actividad productiva) para que las transforme en directamente útiles (Walras 1987:164). La industria procede, en consecuencia, con dos tipos de operaciones: la técnica, transformando la utilidad indirecta de las cosas en directa, e influyendo en la organización económica de la propia industria, que se realiza a partir de la solidaridad de los hombres para satisfacer sus necesidades (Walras 1987:166).

La producción industrial es el canal para aumentar la utilidad directa y la riqueza social, que debe ser abundante y proporcionada, además de que debe estar distribuida de manera equitativa entre los hombres en sociedad, y la única manera de garantizarlo es mediante la libertad de la industria y el comercio. “El sistema de libertad de industria y comercio o, como se llama, de *laissez faire, laissez passer*, tiene la pretensión de conciliar mejor esta condición de proporcionalidad con la de abundancia” (Walras 1987:167).

Walras señala que el intercambio indirecto se realiza mediante el proceso que denomina “arbitraje”<sup>14</sup>, que garantizaría que las últimas necesidades satisfechas se igualen a los precios reales resultado del arbitraje:

“En cuanto a las ganancias que realizarán de esta forma los individuos, las repartirán a su guisa, según sus necesidades, adquiriendo un suplemento de una u otra mercancía, de forma que obtengan la máxima suma posible de satisfacción. Podríamos explicitar la condición para este máximo que sería que las proporciones entre las intensidades de las últimas necesidades satisfechas fueran iguales a los precios reales resultantes de los arbitrajes” (Walras 1987:287).

En ese sentido, el equilibrio perfecto o general del mercado se encontrará cuando los precios de las mercancías a intercambiar sea igual a la relación de precios de ambas mercancías. Para realizar este proceso de intercambio se requiere de una mercancía atípica que tenga una utilidad marginal constante: el dinero, cuya función es estrictamente instrumental para garantizar el adecuado intercambio de mercancías (Hicks 1976:21).

Hasta este punto se reconoce que, para Léon Walras la necesidad ya no es calificada moralmente como una negatividad, en tanto que es una manifestación natural propia del hombre, que en sociedad la manifiesta como preferencias de bienes útiles, que son deseados con mayor o menor intensidad, formalizada mediante funciones de utilidad. A partir de esta visión, las conductas económicas se naturalizan, particularmente el concepto de propiedad y apropiación, y el de escasez se vincula al de utilidad y reconoce a la industria (actividad productiva) como el mecanismo para superar esa escasez multiplicando

---

<sup>14</sup> *“In an exchange economy, the competitive market process consists of a price adjustment by which the price of a commodity will rise or fall according to whether there is a positive excess demand or a positive excess supply of the commodity. Walras himself, however, does not make clear what is meant by his tatonnement process. In particular, he has two distinct tatonnement processes in mind: the one with simultaneous adjustment, and the other with successive adjustment, both with respect to prices of commodities”* [En una economía de intercambio, el proceso de mercado competitivo consiste en un ajuste de precios mediante el cual el precio de un producto aumentará o disminuirá según haya un exceso de demanda positivo o un exceso de oferta positivo del producto. El propio Walras, sin embargo, no aclara qué se entiende por su proceso de conexión. En particular, tiene en mente dos procesos de vinculación distintos: uno con ajuste simultáneo y otro con ajuste sucesivo, ambos con respecto a los precios de las mercancías] (Uzawa 1960:182).

bienes para que puedan llegar al mercado y ser intercambiados con la finalidad de satisfacer las preferencias de los consumidores.

Desde otra perspectiva, el teórico Gustav Cassel asume que el principio económico general es “la mayor satisfacción posible de necesidades”. Las necesidades humanas pueden satisfacerse tanto con bienes que no son producidos (los que ofrece la naturaleza), o con bienes escasos que pueden ser producidos por el hombre; los primeros no son objeto de estudio de la economía, en tanto que los segundos son los que concentran la atención de la disciplina económica.

Para Cassel el concepto de escasez asociado a las necesidades humanas es el objeto de estudio de la disciplina económica y lo plantea de la siguiente forma: “La escasez es el principio de la economía, pero la escasez económica es una idea completamente relativa (cantidad limitada y necesidades que exceden esa cantidad), y que existe sólo en función de las necesidades humana” (Cassel 1960:11). Sin necesidad no hay escasez, en el planteamiento de Cassel.

Cassel entiende a la economía como el proceso que consiste “en realizar de la manera más ventajosa posible la armonización entre las necesidades y los medios para satisfacerlas. En la medida que esto es posible, puede decirse que la actividad económica satisface la exigencia de economicidad” (Cassel 1960:5).

Para Gustav Cassel las actividades económicas se ejercen bajo el principio de la escasez. Para satisfacer las necesidades, se puede optar por tres vías: la limitación proporcional de las necesidades mediante la renuncia de las menos importantes; la mejor utilización posible de los medios conducentes a un fin, y el aumento eventual del esfuerzo personal. El primer camino, que corresponde a la limitación proporcional de necesidades según su importancia, implica un ejercicio de jerarquización: “Una determinada clasificación de las necesidades según su importancia, aunque sea muy general y tal vez inconsciente forma parte de una autentica economía” (Cassel 1960:5). Sin embargo, para que la clasificación de las necesidades pueda realizarse, se requiere de su uniformidad para su valoración y posible renuncia a las menos importantes.

El segundo camino implica el mejor uso de los medios de producción; es decir esforzarse para alcanzar el mismo objetivo con menos medios y menos esfuerzo. Esta segunda vía es denominada por Cassel como el principio del mínimo medio. Para Cassel, el principio del mínimo medio y de uniformidad de la satisfacción de las necesidades integra la exigencia de economicidad de los actos humanos.

En la escuela de pensamiento Sueca, representada por Cassel, lo relevante de la economía es que se rige por los principios de mínimo medio, uniformidad de las necesidades y escasez. Señala Cassel que la economía como ciencia debe evitar cualquier juicio moral de las acciones humanas y sólo ocuparse de la economicidad de la acción. Las necesidades sólo deben reconocerse como datos que aparecen en la realidad, que deben jerarquizarse, como si de necesidades uniformes se tratara, para atenderlos con los recursos disponibles en la economía, en tanto una económica cerrada (Cassel 1926:8).

Para Cassel, la escasez sólo existe en función de la disposición de bienes para satisfacer necesidades humanas y asume que la economía debe enfocarse en la tarea de la producción para que brinde un servicio que contribuya directa o indirectamente a ese fin (Cassel 1960:16). Cassel asume un proceso productivo continuo, orientado hacia el futuro en un ánimo de avance progresivo uniforme, donde el único límite para la satisfacción de necesidades es el progreso que pueda alcanzarse mediante el desarrollo tecnológico.

En el planteamiento de Cassel (1960), se puede asumir a la economía de intercambio como una economía de consumo. Cassel reconoce que los bienes tienen valor en función de su capacidad de satisfacer necesidades pero que se carece de una medida aritmética para ponderarlo, por lo que propone medir la importancia económica de los bienes a partir de “la intensidad del sentimiento de la necesidad humana” (Cassel 1960:37).

La manera de representar “la intensidad del sentimiento de la necesidad humana” es a través de la moneda; el dinero se vuelve, en consecuencia, el elemento para representar los sentimientos, dejando de ser un instrumento puro del intercambio; señala Cassel:

“Para la actividad económica práctica, la intensidad del sentimiento de necesidad no entra en cuenta (...) sino en tanto que aparece bajo la forma de moneda en las estimaciones. Esta circunstancia debería trazar los límites para la ciencia económica; tampoco ella puede captar los momentos subjetivos económicos más que cuando se traducen por estimaciones en moneda” (Cassel 1960:37).

A diferencia de Walras (1874), que no incorpora en su análisis básico al dinero y solo hace referencia a él como un instrumento para el intercambio entre mercancías, para Cassel el dinero es el elemento esencial que refleja los sentimientos de necesidad y que, a falta de otra unidad de medida se vuelve el mecanismo para facilitar el intercambio.

Cassel señala que la ausencia del dinero en la teoría subjetiva del valor, representada por Walras, la vuelve inútil para la ciencia económica. Para Cassel la incorporación del dinero, como reflejo de la intensidad de los sentimientos de necesidad, facilita la transición de valores en precios; de esta forma, los precios son el factor clave para limitar las

necesidades individuales, ante el fenómeno de la escasez y garantizar un equilibrio entre los productos ofertados y la demanda de los mismos.

Los precios son las señales del mercado que refieren a la escasez de los bienes (Cassel 1960:58), y la manera en que se logra el ajuste entre la oferta y la demanda radica en lo que Cassel denomina “elasticidad de la demanda” como resultado del cambio en la demanda y su manifestación en los precios (Cassel 1960:60).

Cassel cuestiona la importancia del concepto de utilidad en la economía neoclásica representada por Walras, y señala que el principio de la “utilidad límite” (utilidad marginal en la escuela de Lausanne) es innecesaria en la ciencia económica, que debería estar preocupada en la teoría de la formación de precios, es decir enfocada al fenómeno de la escasez.

“La teoría toda de la utilidad límite puede también interpretarse como una deducción teórica del postulado según el cual el sujeto de la economía busca el máximo de utilidad total. Esta teoría puramente formal, que en ningún modo aumenta nuestro conocimiento de los hechos reales, es en todo caso superflua para la teoría de la formación de los precios” (Cassel 1960:63).

Finalmente, Cassel destaca algunas diferencias sustanciales frente a la escuela de la utilidad límite: i) Sólo se requieren precios ya que realizar la estimación de utilidades de los distintos grados de satisfacción de necesidades de todas las ramas, expresadas en una escala de cálculo cualquiera, no es posible para el hombre económico; ii) Lo importante en la economía son las elasticidades y el límite es la elasticidad nula -la imposibilidad del intercambio-, además de que la tesis de que la utilidad límite es igual al precio no siempre es cierta; iii) para la satisfacción de las necesidades, sólo habrá que tener en cuenta al sistema de precios y, iv) sólo en la economía de cambio global, que representa la suma de todas la economías individuales la utilidad límite equivale al precio.

Un punto de coincidencia entre lo plantea Cassel con lo argumentado por John Stuart Mill (1985) es el momento en que la necesidad (reconocida como valor de uso) es el límite del valor de cambio, al señalar que “(...) dada la situación de los precios, toda necesidad estimada por debajo del precio de la satisfacción de las necesidades queda excluida de esta última, mientras que las utilidades restantes, que se estiman por lo menos iguales al precio, son satisfechas” (Cassel 1960:64). Es decir el consumidor no pagará un precio superior a su deseo o necesidad de consumir, y sólo lo hará cuando sea equiparable al precio.

Para Cassel (1960), la teoría de la utilidad límite no es la solución del problema de la formación de precios, del problema del valor o a la satisfacción de necesidades. En su planteamiento teórico, la economía de intercambio es la que mide la importancia de las diferentes necesidades por la cantidad de dinero ofrecido para su satisfacción y la clave es la formación de precios<sup>15</sup> y las condiciones necesarias para que los precios permanezcan invariables en un momento dado.

### **1.3. El pensamiento neoliberal**

Durante la segunda posguerra del siglo XX los pensadores neoliberales, particularmente Friedrich A. Hayek (1990), recuperaron el concepto de necesidad desde la perspectiva de la evolución de la sociedad y la construcción de una nueva moral. En el planteamiento de Hayek el concepto de necesidad puede estudiarse a partir de su carácter histórico, pensando la evolución desde las organizaciones tribales a sociedades complejas, y desde la superación de la “moral natural” y la construcción del conocimiento asociada a los instintos y las necesidades humanas, a la moral y el conocimiento impuestos por el mercado, propios de una sociedad en expansión (Hayek 1990:43).

Las organizaciones tribales, señala Hayek (1990), eran aquellas enfocadas a la satisfacción de sus necesidades concretas, mediante el trueque en entornos o “nichos ambientales” en los que las comunidades estaban adaptadas para sobrevivir. La transición de esas organizaciones tribales a organizaciones más complejas se debe a la actividad comercial asociada al desplazamiento de los individuos hacia otros “nichos” foráneos, en los que para ser aceptados debían ofrecer artículos más apetecibles, que no se limitaran a satisfacer las necesidades de tipo elemental (Hayek 1990:84).

La transición de las organizaciones tribales a otras más complejas trajo aparejado el surgimiento de una nueva institución para regular las acciones de los individuos: el mercado y los precios como sus mecanismos de comunicación. Para Hayek el mercado es una institución que supera la capacidad de los individuos para alcanzar el bienestar; asimismo los precios de las mercancías son los medios para reflejar la conducta de los individuos (Hayek 1990:47).

Para Hayek, la evolución de las sociedades primitivas a complejas está asociada a la superación de la preocupación por satisfacer necesidades concretas y conocidas, para

---

<sup>15</sup> La teoría general de la formación de los precios parte de la definición de que el principio básico es la escasez (la rareza), y como elementos suplementarios los principios: diferencial, de costes medios decrecientes, de sustitución, de productos conexos (Cassel 1960).

atender necesidades cada vez más difusas, que sólo podían ser intuitas por los comerciantes, que se fueron constituyendo en actores clave para la supervivencia de las comunidades. El comerciante como individuo capaz de acceder a la “intimidad del colectivo foráneo” y obtener información para generar un nuevo conocimiento ajeno a los miembros de su propia tribu, es reconocido como el principal actor del proceso evolutivo de tribus a sociedades complejas (Hayek 1990:86).

Dice Hayek (1990) que si sólo se atienden necesidades concretas para orientar la producción, lo que se provoca es una dinámica propia de la sociedades que están en una situación estacionaria, en la que incluso los individuos parecen no cambiar; esta situación, no sólo es irreal sino que sería inviable incluso para la existencia de la propia sociedad, sería una condición límite en la que sólo se podrían satisfacer necesidades básicas.<sup>16</sup>

Frente a la condición límite que corresponde a la satisfacción de necesidades en una situación estática, Hayek propone que la producción orientada al lucro es la que garantiza la continuidad del proceso y da pie a un nuevo orden económico; señala Hayek que:

“Como es sabido, a nivel social el lucro actúa como elemento orientador que asegura que el esfuerzo productivo tiene lugar según las modalidades que más conviene a todos; sólo produciendo lo que es económicamente más rentable es posible, por lo general, alimentar al mayor número de gentes, al emplearse en tal supuesto un volumen menor de recursos de los que la comunidad se aporta a través de la producción, fenómeno que los primeros filósofos griegos llegaron ciertamente a advertir” (Hayek 1990:90).

Las necesidades humanas tienen la connotación negativa de limitante no sólo a la expansión de la economía, sino al proceso evolutivo de la sociedad y la manera de superar esa restricción es que el individuo se centre en el lucro de la actividad económica. De la mano de este planteamiento va la redefinición del concepto de libertad, entendida como libertad individual que trasciende “el horizonte directamente perceptible” y que descansa en el respeto de principios tales como “la propiedad plural, el recto comportamiento, el respeto a las obligaciones asumidas, al intercambio, el comercio, la competencia, el

---

<sup>16</sup> Hayek señala que un ejemplo de la limitante para la evolución de la sociedad, es el fenómeno de la sociedad ateniense, como una sociedad enfocada a satisfacer las necesidades conocidas e inmutable en el tiempo que impidió que Aristóteles se planteara el problema de la aparición de nuevas instituciones (Hayek 1990:89).

beneficio y la inviolabilidad de la propiedad privada”, conceptos completamente ajenos a la intención de “dar rienda suelta a nuestros más primitivos instintos” (Hayek 1990:42).

Hayek asume que el concepto de satisfacción de necesidades concretas equivale a la esclavitud, mientras que la obediencia de normas abstractas universales hace posible la libertad y la diversidad. Señala Hayek en referencia a Hume que:

“(…) la libertad sólo es posible en la medida en que los instintos quedan “constreñidos y limitados” a través de la contrastación del comportamiento de todos con la justicia (es decir, con unas actitudes morales que tomen en consideración el derecho de otros a la propiedad de los bienes), así como con la fidelidad u observación de lo acordado, que se convierte en algo obligatorio a lo que la humanidad debe someterse” (Hayek 1990:73)

Hayek hace otra distinción importante con relación al concepto de necesidad al hablar de las sociedades primitivas que buscan la satisfacción de necesidades concretas. Para Hayek, los mecanismos de colaboración, solidaridad y procuración de justicia que operan en estas comunidades primitivas, significan un anclaje al pasado y una restricción para la evolución a organizaciones más complejas sustentadas en la libertad y la competencia.

Desde su perspectiva, la naturaleza humana orienta la búsqueda de las metas individuales, lo que permite debilitar el espíritu de solidaridad de grupo y promover la mayor responsabilidad para asegurar “el sustento de determinados grupos de menor tamaño, tal como la unidad familia” (Hayek 1990:67). La versión evolutiva de la sociedad y la economía que propone este teórico, descansa en la motivación individual que abonó en la formación de estructuras más complejas y en la autoformación de un orden espontáneo y superior al individuo mismo.

Señala Hayek (1990) que Adam Smith logró advertir el nuevo orden al hablar de la “mano invisible” como manifestación de un método de ordenación de la cooperación económica, que excede los límites del conocimiento y de la percepción individual; además de que por esta vía logra la construcción del mercado como una nueva categoría que permite conjugar tendencias ordenadoras por la vía del sistema de precios o “constelación de precios”, en tanto manifestación de las conductas y actos de los individuos.

La finalidad de la actividad económica en las sociedades complejas, señala Hayek (1990), debe ser la búsqueda del beneficio y no el uso de los bienes. Producir para el uso sólo es viable cuando se puede tener plena anticipación de las necesidades concretas a atender; por el contrario en las sociedades complejas ese conocimiento concreto no existe y en consecuencia, es el cálculo económico de la utilidad determinada por los precios y los

costos lo que hará posible la producción y en consecuencia la satisfacción del conjunto de las “apetencias” sociales que ningún individuo en lo particular podría lograr (Hayek 1990:107).

Es el mercado y su sistema de precios el apropiado para entender la operación de un “orden extenso”, en donde la información ha rebasado las capacidades de conocimiento de los individuos. Partiendo de la idea de que no hay una restricción espacial o material para la producción, gracias a la actividad mercantil, se puede producir para consumidores distantes y desconocidos sin ningún límite más allá que la obtención de lucro.

El mercado, en consecuencia, se convierte en el corazón del pensamiento neoliberal, es la “única y exclusiva realidad”, que marca la reglas y garantiza el orden “espontáneo” y la libertad individual, de propiedad, de competencia y de fijación de precios; en oposición a las pretensiones de realizar una planeación central que es imposible de lograr porque ningún hombre puede conocerlo todo.

Hayek (1990) reconoce al mercado como el gestor por excelencia de las realidades objetivas y el re-ordenador de los bienes materiales. El mercado no tiene como fin aumentar el número de bienes, sino sólo transmitir información sobre los que existen, para ayudar en el proceso de valoración de los bienes a partir de su escasez; en ese sentido, el intercambio mercantil adquiere un significado productivo, al satisfacer las necesidades humanas a partir de los recursos disponibles, y ordenando la diversidad de fines individuales para garantizar una “superior cuota de información” (Hayek 1990:157).

En el planteamiento de Hayek hay coincidencias con los postulados de la escuela neoclásica Sueca, al asumir que el mercado mediante el sistema de precios ordena las necesidades humanas y su pretensión de satisfacerlas; de que el individuo no influye en el mercado y que el mercado determina su conducta. Hayek (1990) asume que el valor de las mercancías responde a las capacidades en potencia de las cosas para satisfacer necesidades, y que se manifiesta en el mercado como producto del proceso de ajuste en las tasas de sustitución de los bienes a partir de los criterios de los individuos frente al intercambio. Para Hayek el valor no es un atributo material o propiedad de un bien, sino la expresión de las interrelaciones entre agentes en el mercado en función de sus propósitos.

Dice Hayek:

“El valor de un bien no es atributo o propiedad física del mismo, con independencia de las relaciones que existan entre él y los distintos sujetos, sino sólo un aspecto de tales relaciones que, sin embargo, permiten a cualquiera tomar en cuenta, al proyectar el uso de determinados bienes, las opciones de superior valor que su

alternativo empleo facilitaría a otros. La evolución positiva del valor de las cosas sólo adquiere relevancia en la medida en que queda relacionada con los humanos propósitos (...) los valores económicos son mero reflejo de la evolución de la capacidad de las cosas para satisfacer los distintos esquemas de prioridades de los fines que se persiguen“ (Hayek 1990:158).

En consecuencia, las preferencias por las cosas son las que sirven para establecer una escala de valores y buscar la adecuada asignación de los bienes en función de su escasez relativa. A esa escala de valores corresponderá el sistema o “constelación” de precios; he aquí una similitud ya referida con los planteamientos de Gustav Cassel.

En el planteamiento de Hayek (1990), el enfoque de “utilidad marginal” propio de la escuela económica austriaca, es el apropiado para estudiar un “orden extenso” y puede incluso asumirse, desde la perspectiva de Hayek, como un “hito” en el proceso de emancipación del individuo.

“Es indudable que los descubrimientos implícitos en la teoría de la utilidad marginal – es decir, que en la sociedad moderna puede el individuo, a través de la puesta en juego de sus personales conocimientos y habilidades, contribuir eficazmente a satisfacer las necesidades de la comunidad mediante el esfuerzo productivo que libre y personalmente decidan asumir- son tan ajenos a la mente primitiva y a la dominante concepción constructivista como a las tesis socialista. No creo exagerado afirmar que la concepción marginalista constituye un verdadero hito en el proceso de emancipación del individuo” (Hayek 1990:164).

Señala Hayek que “(...) sólo la teoría de la utilidad marginal proporcionó una cabal explicación de cómo se determina la oferta y la demanda, cómo las cantidades se adaptan a las necesidades y cómo la valoración de la escasez relativa permite orientar el comportamiento de los individuos” (Hayek 1990:160).

Para la teoría neoliberal, el valor de una mercancía responde a la utilidad que el consumidor le otorga en función de sus preferencias y sus conductas. La utilidad no es algo objetivo, medible o una característica asociada a los objetos; la utilidad es relativa en función de cada consumidor, nunca en términos absolutos y mucho menos en términos de “utilidad colectiva”.

Por su parte, la necesidad humana, en tanto manifestación individual, es la base para la división del trabajo; Hayek asume que la división del trabajo es un fenómeno natural, producto de la individualidad: “(...) a la evolución histórica del espíritu individualista debe atribuirse el que surgieran paulatinamente esa pluralidad de habilidades, conocimientos y

especializaciones que tan fundamentales resultan a la buena marcha de nuestra avanzada civilización (...) La capacidad, no menos que la libertad, de ser guiados por el propio conocimiento y las propias decisiones, en lugar de someterse al espíritu de grupo, son avances del intelecto que sólo imperfectamente han aceptado nuestras emociones” (Hayek 1990:165).

Para Hayek (1990) la economía se ocupa del comportamiento humano más que de los aspectos materiales de la producción y distribución de las cosas; la economía se entiende como una meta-teoría que incluye distintas hipótesis de cómo los hombres buscan alcanzar sus fines de manera eficaz (Hayek 1990:161). La sociedad de mercado, bajo esta lógica, es resultado de un proceso espontáneo, no hay procesos históricos que marquen regularidad en la conducta humana, y la historia podría calificarse como procesos subjetivos, no homogéneos, discontinuos, no cuantitativos y estrictamente cualitativos. Finalmente, al preocuparse de las conductas de los individuos, como parte de un orden extenso de cooperación humana, Hayek (1990) señala que deben reprimirse las reacciones viscerales y dejar que el mercado sea el que, en definitiva, establezca la remuneración material de cada individuo. Para Hayek, el mercado es capaz de producir resultados altamente positivos desde la perspectiva moral:

“El esfuerzo personal, aun cuando no deje de potenciar al máximo las posibilidades personales de cualquier actor, nunca podrá garantizar *per se* el logro de determinados resultados. El sentimiento de envidia de quienes con idéntico ahínco se hayan esforzado, aunque aplicable, redundará siempre en detrimento del interés general. Y así, en la medida en que éste es realmente nuestro propio interés, todos estamos obligados a reprimir esas viscerales reacciones y dejar que sea el mercado el que, en definitiva, establezca la remuneración material de cada individuo.(...) Es claro que si el logro de tales metas es moralmente deseable, debemos concluir que el mercado produce resultados altamente positivos desde el punto de vista moral” (Hayek 1990:189).

En consecuencia el planteamiento de Hayek apunta a una nueva economía política sustentada en la moral del mercado y ajena al discurso de la racionalidad del individuo para la construcción de las nuevas sociedades complejas.

“Empecinados en el ilusorio convencimiento de que el hombre puede alcanzar a través de la razón cuanto demandan nuestros innatos instintos, quienes así argumentan se han convertido de hecho en una peligrosa amenaza para la civilización” (Hayek 1990:190).

#### **1.4. Conclusiones preliminares**

En el primer capítulo de esta tesis se identificaron los conceptos de necesidad y utilidad en los discursos de los principales representantes de la teoría económica del capitalismo del siglo XIX y XX, y se hizo evidente que se asumieron como conceptos contrarios y excluyentes.

Para los pensadores clásicos la necesidad humana responde a determinantes naturales, en tanto que la utilidad está asociada a la percepción social y a los modos y las formas en que se administra la necesidad socialmente. La economía política clásica reconocía al hombre como un individuo aislado, con necesidades específicas pero con inclinaciones morales hacia la justicia, la equidad y la simpatía.

Para los economistas clásicos, el concepto de necesidad tuvo una connotación de carencia que había que subsanar mediante el trabajo colectivo, y para ello los impulsos egoístas de los individuos debían regularse mediante la construcción de acuerdos que regularan la conducta individual, armonizando entre las necesidades individuales y las aspiraciones morales construidas socialmente.

El enfoque de estudio de la economía clásica fue la economía real; se puede decir que para estos teóricos, la preocupación esencial fue la generación y la distribución de la riqueza entre las naciones y los grupos sociales, asumiendo que la riqueza era el cúmulo de bienes susceptibles de ser consumidos. Adam Smith es el principal representante de esta visión y para él los conceptos de necesidad, útil y utilidad están perfectamente diferenciados.

Adam Smith reconoce la necesidad de los individuos como la motivación principal de la acción económica, y asocia el principio de utilidad con la conducta humana para su satisfacción, mediante el principio de “simpatía”, como condición para que los individuos libremente interactúen y concurran a la producción y al mercado. Para Adam Smith, lo útil de un bien es distinto a utilidad; lo útil es lo propio de los bienes para satisfacer necesidades; en tanto que la utilidad descansa en la belleza del “arreglo de cosas que la procuran” a partir de la conducta libre de los individuos y por encima de la expectativa de deleite o satisfacción del producto generado, aunque esa sea la motivación inicial de todo el proceso.

La utilidad en el planteamiento de Adam Smith, también puede ser vinculada a la construcción de juicios morales y la procuración de justicia que regulan la conducta humana, que a partir de la libertad individual permite el logro de consecuencias benéficas

no intencionales (Rosen 2000:81). En este sentido, la actuación individual conduce el desarrollo económico y social, y como si de “una mano invisible” se tratara, permite lograr una distribución equitativa de la riqueza.

Para Adam Smith, el “valor natural de las cosas” es un atributo asociado a la capacidad de satisfacer necesidades; la necesidad implica un mal en términos morales, en tanto que la utilidad se reconoce como un bien social y fundamento de las normas morales que deben seguir los sujetos. La necesidad como parte de la conducta natural del ser humano no se cuestiona, y da pie a la distinción entre lo útil y la utilidad; mientras lo útil es lo material de los bienes que sirve para satisfacer necesidades, la utilidad es una construcción social esencialmente moral; en buena medida esta utilidad se vincula al concepto de valor, es la manifestación del valor de los bienes.

Adam Smith reconoce a la riqueza como el cúmulo de cosas necesarias y convenientes apetecidas para satisfacer necesidades; la finalidad de la riqueza será el consumo para satisfacer las necesidades del hombre, y la única forma de lograrlo es mediante el trabajo, particularmente el trabajo útil enfocado a generar cosas necesarias y convenientes para la vida, es decir cosas valiosas y útiles.

Señala Adam Smith (2010), que en la medida que el hombre manifiesta distintas necesidades debe organizarse en sociedad para atenderlas, de esa forma su interés individual se traduce en una mayor utilidad a la sociedad en su conjunto. Si bien la necesidad, en tanto carencia, implica un mal, socialmente es procesada para construir un bien, una utilidad para todos, y es a través de la simpatía que el hombre en sociedad puede construir nuevas figuras que garanticen el bienestar de todos; sin que sea un objetivo explícito, la simpatía y la organización social representada en la mano invisible del mercado garantiza que la búsqueda del interés individual se traduzca en el bienestar colectivo<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Para Adam Smith (2010), los conceptos de humanidad, justicia y espíritu público se refieren a la mayor utilidad que se puede obtener socialmente para alcanzar la felicidad, el bien público y el bienestar (Rosen 2000). En Adam Smith, la conducción moral de los individuos es la que facilita la percepción de belleza y aceptación de los actos humanos (Smith 2010:69-70). La belleza reflejada en la conducta humana es la base de la aceptación y la simpatía, que descansan en la máxima virtud del hombre que es la prudencia; producto de la razón, el entendimiento y el dominio de sí mismo “para discernir las consecuencias remotas de todos nuestros actos” y “abstenerse del placer del momento y soportar el dolor de hoy a fin de obtener un mayor placer o evitar un dolor más grande en el futuro” (Smith 2010:72).

Adam Smith no sólo habla de la causa y naturaleza de la riqueza, sino también de las motivaciones morales de las conductas humanas en sociedad, acuñando el concepto de simpatía y el lenguaje como una condición para la articulación social. La armonía social responde a la búsqueda de la belleza asociada a la utilidad que se encuentra en el proceso de obtener bienes socialmente útiles; lo relevante es que al buscar generar satisfactores para las necesidades individuales, se genera algo más valioso en el sentido de un acuerdo no intencional de los hombres para alcanzar el bienestar común.

A diferencia de Adam Smith, David Ricardo no centra su objeto de estudio en la naturaleza y causa de la riqueza, sino en el estudio de los principios de la economía política. La visión de David Ricardo es pensar a la economía como un proceso integral (producción-intercambio-consumo) que debe ser estudiado con los métodos de la ciencia.

En la construcción de método de la economía política clásica de David Ricardo (1973), destaca el concepto de necesidades individuales básicas en tanto limitantes o restricciones a la producción continua. Las necesidades humanas básicas, señala David Ricardo, tienen un límite natural, por lo que es necesario crear nuevas necesidades asociadas al ocio y ornato que son ilimitadas; el carácter útil de esos bienes es construido socialmente, ya que es la base para que puedan ser producidos e intercambiados en la economía capitalista.

David Ricardo (1973), a diferencia de Adam Smith piensa a la utilidad en términos del bien útil para la apetencia del consumidor y, en ese sentido, abandona el enfoque utilitarista, desde la perspectiva moral, que Adam Smith le imprimió al concepto de valor. Mientras que Adam Smith unas veces entiende al valor de un bien en función de sus capacidades físicas para satisfacer necesidades y otras veces lo vincula a la preferencia que los consumidores manifiesten de él, David Ricardo (1973) relaciona el concepto de valor con el trabajo humano aplicado a la producción de bienes, y de esa forma distingue de manera clara tres categorías económicas: valor de uso, valor de cambio y valor (Ricardo 1973:205).

David Ricardo (1973) piensa a la actividad económica desde el plano de la producción de mercancías para su intercambio en el mercado; el punto de origen del proceso es la satisfacción de necesidades de los seres humanos, es decir la producción de valores de uso que se manifiestan en el mercado como valores de cambio.

Para David Ricardo el concepto de necesidad individual mantiene una connotación negativa y limitante para la reproducción del sistema capitalista. La utilidad, a diferencia del planteamiento de Smith, pierde su enfoque ético rector de la conducta social y se orienta al plano de la percepción de los consumidores respecto al carácter útil de los bienes en el mercado; en David Ricardo el concepto de utilidad está asociado al de valor de uso, en

tanto que es la condición para que una mercancía tenga valor de cambio, ambas formas: valor de uso y valor de cambio son en consecuencia características propias de las mercancías y la necesidad y utilidad se manifiestan en el cuerpo de los bienes producidos para el mercado.

En la teoría de David Ricardo, las necesidades humanas básicas se agotan al satisfacer el techo y sustento de los individuos, por lo que es necesario crear nuevas necesidades basadas en el ocio y el ornato que mantengan la producción y la continuidad del sistema. David Ricardo incorpora la visión de que estas nuevas necesidades creadas socialmente, serán el motor del proceso de producción y acumulación del capital, y propone que el capital es un tipo de riqueza que servirá para satisfacer necesidades futuras abriendo la puerta a la visión de una economía dinámica.

David Ricardo avanza en la construcción de la categoría del capital asociada al concepto de necesidad. El capital se entiende como el potencial productivo para satisfacer necesidades futuras ilimitadas y, en consecuencia, es un tipo de riqueza que entra en un proceso dinámico para generar nueva riqueza, haciendo referencia a un proceso continuo de acumulación.

En este devenir de la teoría económica del siglo XIX, John Stuart Mill (1985) retoma de David Ricardo la categoría de mercancía en tanto valor de uso y valor, pero propone que la utilidad es producto del trabajo, contradiciendo el planteamiento de David Ricardo de que la utilidad no se produce, ya que depende de la posibilidad de ser útil en función de las preferencias de los consumidores.

Para Stuart Mill (1985), el trabajo productivo genera valor de uso y utilidad; esta última puede fijarse en los objetos producidos; incorporarse a las capacidades o cualidades de los seres humanos o sólo manifestarse como un servicio; para este teórico, el valor de uso de una mercancía, en tanto capacidad de satisfacer una necesidad, es el límite del valor de cambio para realizar el proceso de intercambio. Stuart Mill (1985) concluye que la utilidad de las mercancías es la condición para que la oferta y demanda mercantil ocurra, que asociada a la escasez de los bienes determina el nivel de precios.

Para John Stuart Mill (1985) el estudio de la economía se concentra en el proceso de intercambio en el mercado, como mecanismo para procurar la mejor distribución de la riqueza en la sociedad; John Stuart Mill asume que el proceso de competencia es el gran “agente distribuidor”, y le otorga al mercado una condición extraordinaria para guiar tanto la producción como la distribución de la riqueza entre los capitalistas, los trabajadores y los rentistas. En sentido estricto, Stuart Mill (1985) deja de lado los conceptos de necesidad y

utilidad en los términos que eran utilizados en la economía política clásica y abre camino a la escuela neoclásica.

Frente a la preocupación de los economistas clásicos por pensar la economía desde la producción de valores de uso, los pensadores de neoclásicos se enfocan en el proceso de intercambio en el mercado. En la visión neoclásica, la economía se asimila a una ciencia que ha dejado de lado los supuestos utilitaristas de los pensadores que antecedieron; de esta forma, el concepto de necesidad humana se considera una manifestación natural y la conducta de los consumidores puede ser observada para determinar patrones, independientemente de la inter-subjetividad de los sujetos.

A diferencia de los pensadores de la escuela clásica, preocupados por la naturaleza, causas y distribución de la riqueza; el pensamiento neoclásico se concentra en la economía como una ciencia en donde la regularidad de las conductas y la continuidad en la producción -libre de obstáculos-, responden a leyes “naturales” que regulan el comportamiento económico y la toma de decisiones. En el pensamiento neoclásico el mercado es el espacio de competencia donde el productor es al mismo tiempo consumidor y el interés particular procura la utilidad social.

Para Léon Walras y Gustav Cassel, los dos teóricos representativos de la escuela neoclásica estudiados en este capítulo, las necesidades humanas ya no son declaradas como negativas, son reconocidas como elementos causales de las actividades de intercambio en el mercado. Para estos teóricos, que procuran la elaboración de la teoría desde el principio de la racionalidad de la conducta humana, las necesidades son manifestaciones naturales que deben ser reconocidas en la formulación de la teoría económica, pero no como necesidades concretas sino como preferencias de los consumidores típicos para los cuales la intensidad de las apetencias o deseos pudieran representarse como funciones de utilidad.

Ante la necesidad de construir teorías que descansaran en leyes naturales que regularan la conducta humana, se reformulan los conceptos básicos de la economía. Para Walras, representante de la escuela de Lausanne, el consumidor es un agente activo que opera racionalmente en el sentido de buscar maximizar su utilidad, en tanto que para Cassel es un agente pasivo que recibe información del mercado para ajustar sus preferencias y su conducta.

En la visión de Léon Walras el origen del proceso de intercambio está en las necesidades humanas, que se manifiestan como preferencias subjetivas; ya que los consumidores son insaciables, buscarán la máxima utilidad mediante un proceso iterativo de “arbitraje” que

determina el sistema de precios en el mercado. Para Gustav Cassel, el principio económico es “la mayor satisfacción posible de necesidades” pero su atención se jerarquiza en función de las condiciones de escasez imperantes en el mercado y manifestadas en el sistema de precios.

Walras define que el objeto de estudio de la economía son las cosas útiles y escasas, en tanto que Cassel asume que, sin necesidad no hay escasez. Las cosas escasas sólo son aquellas que se consideran útiles y que están limitadas en sus cantidades, y la escasez de las cosas las hace apetecibles y objeto de apropiación como base de la riqueza individual y social.

Para la escuela neoclásica el concepto de necesidad se vuelve funcional al convertirse en utilidad y adquiere una connotación natural. De esta forma, el carácter útil y escaso de los bienes apetecibles se refleja en el valor de cambio de los productos, que se asume como un fenómeno natural en tanto magnitud medible que facilita la comparación entre las cosas útiles.

Si en el mercado se realiza el proceso de intercambio que busca satisfacer al máximo la utilidad de los consumidores, mediante el proceso de arbitraje (Walras) o la jerarquización de necesidades (Cassel), se obtendrá un punto de equilibrio perfecto y natural, que iguale en el límite, los precios de las mercancías a las utilidades de los consumidores, o que garantice la máxima satisfacción de necesidades teniendo en cuenta la escasez de los bienes útiles.

En este proceso de intercambio, para la escuela neoclásica el dinero es una mercancía especial; para Walras (1987) es una mercancía que tiene una utilidad marginal constante no influida por el proceso de “arbitraje” del mercado y para Cassel el dinero representa “la intensidad del sentimiento de la necesidad humana” (Cassel 1960).

Finalmente, la escuela neoclásica aplica procedimientos de una ingeniería económica que suponen que la conducta de los consumidores es racional y que hay una regularidad en el sistema de necesidades que garantizarán el equilibrio y la máxima utilidad total.

La escuela neoliberal estudiada a partir de Friedrich A. Hayek, recupera el carácter negativo de las necesidades y las presenta como la manifestación del individuo con sentimientos y emociones que limitan la evolución de la sociedad. La concepción de la economía como un proceso natural es llevada a su límite por la escuela neoliberal, que le atribuye un carácter evolutivo de la conducta humana en sociedad y analiza el concepto de necesidad concreta desde una perspectiva histórica, asociándolo a los adjetivos de

primitivo, atrasado y limitante, en contraposición al concepto de utilidad que se reconoce como moderno, complejo y extenso.

Sólo en el momento que se supera la búsqueda de necesidades concretas por la procuración de necesidades difusas, mediante el ejercicio del comercio, es posible hablar de la evolución de las sociedades. Friedrich A. Hayek (1990) señala que es la capacidad del comerciante para acceder a la “intimidad del colectivo foráneo” lo que hace posible el comercio y la evolución de sociedades primitivas a complejas, abriendo la posibilidad a nuevo conocimiento.

Las sociedades más avanzadas deberán enfocarse en la búsqueda del beneficio y el cálculo económico de la utilidad, superando el uso de los bienes; para ello, es necesario que el hombre se conduzca de manera independiente y libre, en apego a las normas establecidas socialmente, superando así las necesidades individuales concretas para enfocarse en las “apetencias sociales” que las instituciones de un nuevo “orden extenso” pueden satisfacer.

En la idea neoliberal del nuevo orden no hay una restricción espacial o material a la producción gracias al comercio, que ha rebasado las limitaciones individuales. El mercado es la única realidad, que al responder a sus propias reglas garantiza un “orden espontáneo”, gestor de nuevas realidades y ordenador de los bienes materiales, por encima de las particularidades de los individuos que operan a partir de sus instintos “primitivos”.

Para el pensamiento neoliberal el concepto de utilidad no responde a una característica propia de los objetos o las mercancías; su referencia como valor está asociado a las percepciones de los consumidores. La utilidad no se entiende en términos absolutos o responde a una “utilidad colectiva”, sólo se puede entender a partir de las preferencias relativas del consumidor individual y sus conductas. Para la escuela neoliberal, el concepto de utilidad marginal es uno de los grandes logros del pensamiento económico en el camino de la emancipación humana, al desprender a la utilidad de la materialidad concreta de los bienes y entenderla como una utilidad abstracta.

El estudio de los conceptos de necesidad y utilidad han servido como una guía para entender la articulación de las categorías fundamentales de la teoría clásica, neoclásica y neoliberal y nos han permitido adentrarnos en la complejidad del pensamiento de los teóricos de la economía política. De la lectura de los cinco teóricos estudiados y a partir de rastrear los conceptos de necesidad y utilidad, fue evidente la preocupación por entender cómo se transformaba a la economía de una ciencia moral a una ciencia basada en la razón, pero en todos ellos es evidente su preocupación por buscar a través de la disciplina económica, la veracidad, la utilidad, la bondad y la justicia o, como indicaba Walras, la manera de combinar entre ciencia, arte y ética.

## **CAPÍTULO 2. LA CRÍTICA MARXIANA Y DE OTROS AUTORES SOBRE LOS CONCEPTOS DE NECESIDAD Y UTILIDAD**

### **Introducción**

El segundo capítulo de esta tesis se divide en dos secciones, en la primera se presentarán los resultados del análisis de los textos de Karl Marx sobre los conceptos de necesidad y utilidad, y en la segunda parte el resultado del estudio de tres teóricos contemporáneos Philip Mirowski, David Levine y Franz Hinkelammert.

Los objetivos a atender en este capítulo son demostrar que los conceptos de necesidad no son opuestos y excluyentes para el diseño de la teoría económica; que asumir sólo el concepto de utilidad implica despojar a la economía de la riqueza intersubjetiva de la actividad humana y perder el carácter histórico de la construcción de las relaciones sociales, y hacer evidente que al omitir el carácter concreto y necesitado del hombre se trastoca de manera radical la finalidad de la actividad y al sujeto económico mismo, por lo que es necesario enfocar nuevamente el sentido de la disciplina económica hacia la procuración de la vida.

Del estudio de los textos de Karl Marx se identificará que los conceptos de necesidad y utilidad se manifiestan en las formas de valor de uso y valor, y que la dinámica del binomio necesidad-utilidad y su representación como valor de uso y valor de las mercancías, es esencial para entender el proceso de intercambio y la transformación del valor, reconocido como utilidad mediada por el trabajo, en valor de uso.

De la lectura de Marx, se recupera la idea de que en el mercado capitalista se ocultan las relaciones entre hombres y que la mediación del valor de uso por el valor en el proceso de intercambio, aparenta ser sólo una relación entre cosas que comparten una sustancia común, el valor, y dejan en un segundo plano el valor de uso concreto de los bienes para satisfacer necesidades humanas diferenciadas.

En este apartado se reconoce que el proceso de producción es esencial en la construcción de nuevas necesidades, en tanto proceso histórico, social y cultural. En este ejercicio de análisis se seguirá la lógica de reconocer el concepto de necesidad en el modelo de producción capitalista; acercarse al análisis de la categoría mercancía desde el concepto de necesidad y utilidad, para llegar a la presentación de la manifestación de la necesidad y utilidad, en las formas de valor de uso y valor de las mercancías.

Tal como se señaló, la segunda parte del capítulo se enfoca en la revisión de los textos de Mirowski, Levine y Hinkelammert, para hacer evidente que la exclusión del concepto de necesidad y su sustitución por el de utilidad respondió a la pretensión de convertir a la

economía en una ciencia, según las definiciones del siglo XIX, en la búsqueda de diseñar un sistema económico idealizado, preocupado por la coherencia, continuidad y completitud del sistema mismo, que ha implicado la pérdida de sentido de la disciplina y efectos negativos sobre la posibilidad de continuidad de la vida; para finalmente hacer notar la urgente necesidad de recuperar al sujeto con necesidades en la construcción de un nuevo discurso económico que parte de los principios de posibilidad de la vida misma.

Se hará evidente que la economía contemporánea ha desplazado al sujeto económico en tanto expresión social y generador de conocimiento, dando pie a la transformación de sujeto económico concreto y con necesidades a un agente inmaterial o cyborg enfocado en la optimización de resultados y la continuidad y “suficiencia” del propio sistema.

Se recuperan los planteamientos de que en la sociedad capitalista predomina el concepto de la utilidad abstracta, por encima de la utilidad concreta y se recogerán los planteamientos de que “la lógica de valorización” (maximización de la ganancia) ignora las condiciones materiales de reproducción de la vida, dadas a partir del valor de uso.

A partir del planteamiento de Franz Hinkelammert, se recupera la preocupación por responder a las preguntas esenciales de la disciplina y en particular a la idea de “deshumanización” de la economía contemporánea y su papel limitante de los procesos subjetivos que minan los principios morales de la actividad económica, poniendo en riesgo la finalidad propia de la actividad humana y la preservación de la vida.

## **2.1. Los conceptos de necesidad y utilidad en la crítica de Karl Marx al método de la economía política clásica**

Nos acercamos al concepto de necesidad en Marx desde la lógica del proceso de pensamiento y reconocimiento de la realidad y la crítica al método de la economía política clásica. En los Grundrisse (elaborados entre los años 1857-1858), Marx señala que las necesidades humanas son los elementos simples del sistema económico que mediante el análisis científico permite reconocer relaciones abstractas como el valor, donde el punto de partida es lo concreto y lo viviente, como manifestación de la unidad de lo diverso.

“Los economistas del siglo XVII, p. ej., comienzan siempre por lo viviente, la población, la nación, el estado, varios estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron (a surgir) los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple -trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio- hasta el estado, el cambio entre las naciones y el

mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso” (Marx 1982:21).

Marx considera que a partir del método científico y del proceso de pensamiento y abstracción, lo viviente y las necesidades -en tanto representación plena de lo concreto- pueden ser reconocidas como encarnaciones de determinaciones abstractas y sociales. Lo viviente, en tanto “intuición y representación”, al ser pensado se transforma en “totalidad concreta” producto del propio trabajo.

“ (...) la totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento es *in fact* un producto del pensamiento y de la concepción, pero de ninguna manera es un producto del concepto que piensa y se engendra a sí mismo, desde fuera y por encima de la intuición y de la representación, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos” (Marx 1982:22).

En este proceso del pensamiento y reconocimiento de la “totalidad concreta”, el sujeto real con necesidades, no sólo se mantiene activo sino que es la premisa esencial del proceso de generación del conocimiento.

“El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la representación como premisa” (Marx 1982:22).

En la crítica al método de la economía política clásica, Marx hace evidente que el concepto de necesidad es excluido del estudio del sistema económico, por ser considerado una manifestación del individuo natural, producto de la interpretación de Adam Smith y David Ricardo que entendían al productor como individuo solo y aislado, lo que Marx denomina una de las robinsonadas dieciochescas que ocultan el carácter social de la producción con apariencias puramente estéticas, y que buscan presentar al individuo desprendido de sus carácter gregario y social, y mantenerlo sólo como ente aislado apto para incorporarse a la libre competencia como premisa de la conducta burguesa en nacimiento.

“ A los profetas del siglo XVIII, sobre cuyos hombros aún se apoyan totalmente Smith y Ricardo, este individuo del siglo XVIII – que es el producto, por un lado de la disolución de las formas de sociedad feudales y, por el otro, de las nuevas fuerzas productivas desarrolladas a partir del siglo XVI – se les aparece como un ideal cuya

existencia habría pertenecido al pasado. No como un resultado histórico, sino como punto de partida de la historia. Según la concepción que tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en cuanto puesto por la naturaleza y no en cuanto producto de la historia” (Marx 1982:3).

Señala Marx (1982) en los Grundrisse, que al presentar a la producción como regida por las leyes de la naturaleza y ajena a la historia, se introducen las relaciones burguesas de producción como leyes inmutables de la sociedad, llevándola al grado de leyes humanas universales; en ese sentido las necesidades del individuo ya no requerían de estudio, pues estaban dadas fuera del sistema económico a partir del perfil del individuo idealizado de la sociedad burguesa.

Ante esta visión, Marx (1982) presenta el proceso completo de producción–intercambio–consumo en los siguientes términos: la producción transforma a la naturaleza para responder a las necesidades humanas, por lo que hay un proceso de elaboración y transformación; en el proceso de intercambio las necesidades individuales salen a flote, pero sólo pueden ser satisfechas a partir de las reglas sociales de distribución de la riqueza que determinan cómo los hombres pueden acceder a los productos generados socialmente, y finalmente, en el acto de consumo se realiza la apropiación individual de lo producido para disfrute del consumidor ejerciendo su “subjetividad”; en palabras de Marx:

“En la producción, la persona se objetiva, en el consumo la cosa se subjetiva. En la distribución, la sociedad asume la mediación entre la producción y el consumo por medio de determinaciones generales y rectoras; en el cambio, la mediación se opera a través del fortuito carácter determinado del individuo (...) Producción, distribución, cambio y consumo forman así un silogismo con todas las reglas: la producción es el término universal; la distribución y el cambio son el término particular; y el consumo es el término singular con el cual el todo se completa” (Marx 1982:9).

A diferencia de los pensadores clásicos Marx no separa los distintos momentos de la producción, distribución, intercambio y consumo, sino que los concibe como una unidad determinada por las relaciones sociales (Marx 1982:10).

En los Grundrisse, Marx (1982) identifica que el concepto de consumo para satisfacer necesidades humanas es el elemento que detona la actividad económica, y es la base de la relación producción-consumo. El concepto de necesidad a que hace referencia Marx no se circunscribe a los aspectos materiales básicos necesarios para la vida, sino a las nuevas necesidades creadas. Para Marx el “nivel de necesidad del consumidor” es un hecho

histórico, determinado por el proceso de producción y los distintos modos que se crean para satisfacer las nuevas necesidades.

Para Marx (1982), la necesidad es la condición del binomio producción-consumo. Existe una identidad entre consumo y producción desde tres aspectos: i) desde la identidad inmediata, producción consumidora–consumo productivo; ii) a través de la dependencia recíproca como medio del otro y mediado por él, es decir la producción crea el material de consumo como objeto exterior y el consumo crea la necesidad como objeto interno necesario para la producción, y iii) cuando la realización de uno sólo se da en la realización del otro, es decir cuando el consumo se realiza en el acto de producción y a la inversa (Marx 1982:13).

Marx (1982) reconoce al consumo productivo, donde cada parte se vuelve inmediatamente su opuesto y se garantiza la identidad entre producción y consumo, esencial para la reproducción del sistema económico; sin embargo, advierte que en el capitalismo esa identidad debe ser mediada por el proceso de intercambio.

“Igualmente, el consumo es de manera inmediata producción (...) La unidad inmediata, en la que la producción coincide con el consumo y el consumo con la producción, deja subsistir su dualidad inmediata (...) En consecuencia, la producción es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción. Cada uno es inmediatamente su opuesto. Pero al mismo tiempo tiene lugar un movimiento mediador entre los dos” (Marx 1982:11).

En el planteamiento de Marx (1982), “sin necesidades no hay producción, pero sin producción no hay necesidades”. El consumo “produce la producción” de dos maneras, la primera al afirmar al producto como tal, al momento de ser consumido, como objeto para el “sujeto actuante” y, la segunda como creador de la necesidad en cuanto ideal para una nueva producción y en consecuencia como creador del “sujeto que necesita”. Como señala Marx:

“La producción no solamente provee un material a la necesidad, sino también una necesidad al material (...) No es únicamente el objeto del consumo, sino también el modo de consumo, lo que la producción produce no sólo objetiva sino también subjetivamente. La producción crea pues, al consumidor” (Marx 1982:12).

Como se señaló previamente, en la crítica a la economía política formulada por Marx (1982), la producción, distribución, intercambio y consumo son diferentes entre sí, pero constituyen una totalidad, donde cada una de las partes es determinada por su opuesta.

“El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad. La producción trasciende tanto más allá de sí misma en la determinación opuesta de la producción, como más allá de los otros momentos. A partir de ella, el proceso recomienza siempre nuevamente. Se comprende que el intercambio y el consumo no puedan ser lo trascendente” (Marx 1982:20).

Para Marx, el proceso de intercambio es el elemento mediador de la “totalidad diferenciada” y para que las mercancías puedan ser intercambiadas deben ser reconocidas como útiles y socialmente ser apreciadas por su utilidad. La utilidad es lo que hace que una mercancía sea reconocida como valor de uso, y en última instancia que pueda ser intercambiada; la utilidad de una mercancía difiere de las propiedades físicas del bien y se reconoce como una determinación social, indisociable a la necesidad humana.

En Marx el trabajo es la condición de la existencia humana, transformador de la naturaleza, productor de bienes útiles y generador de valor. El trabajo (*work*) visto como productor de valor de uso cuenta cualitativamente, en tanto que como magnitud de valor (*labour*) cuenta cuantitativamente; son dos facetas de la categoría trabajo: generador de valor de uso (riqueza en donde los bienes son diferenciables) y creador de valor que puede ser medido al hacer abstracción de las diferencias de los bienes.

Desde la perspectiva de Marx, el trabajo se asume como una “actividad normal de la vida” y no como un sacrificio y, el proceso material de producción es la figura del “proceso social de vida”, donde el trabajo responde a funciones sociales en vez de individuales. Sin embargo, en el capitalismo lo que se busca es crear plustrabajo, trabajo “superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia”; produciendo por encima de la necesidad “natural” e impulsando la capacidad productiva de la fuerza de trabajo y el desarrollo de nuevas habilidades y técnicas de producción. Señala Marx (1982) que el capitalismo habrá cumplido su fin histórico cuando la creación de nuevas necesidades garantice la creación de plustrabajo, superando la satisfacción de las necesidades básicas; por lo que el determinante histórico de las necesidades es la condición de sobrevivencia y continuidad del sistema capitalista<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Señala Martin Nicolaus, en “El Marx Desconocido”, que introduce a la edición de los Grundrisse de 1982, que: “El gran sentido histórico del capital es el de crear este plustrabajo,

En la Contribución a la Crítica de la Economía Política (publicada en el año 1859), Marx (1980) señala que la mercancía, desde la tradición inglesa, es la “cosa útil, necesaria o agradable para la vida”, que sólo tiene valor si se realiza en el consumo. Los valores de uso constituyen la riqueza, independientemente de la manera en que se manifiesten de manera corpórea, y no expresan las relaciones sociales de producción; en ese sentido la cosa material estaría más allá de los análisis de la economía política, condición que sólo puede ser superada si se reconoce el valor de cambio de la mercancía (Marx 1980:10).

Señala Marx (1980) que, en la escuela clásica, el valor de cambio representa “una determinación natural social de los valores de uso” (Marx 1980:17), y se asume como una propiedad de las cosas por encima de las relaciones entre personas. El proceso de intercambio ocurre entonces en el mercado como “el espacio de encuentro de las mercancías” no de los hombres con necesidades, para satisfacer las necesidades subjetivas de los consumidores.

Por otra parte, y continuando con la crítica a la economía política clásica, Marx (1980) señala que si el bien producido fuese valor de uso para su poseedor no sería mercancía, ya que estaría enfocado a satisfacer sus propias necesidades de manera directa; si el bien está destinado al intercambio entonces deberá ser reconocido como valor de uso para otros.

“Para él es, antes bien, *no valor de uso*, es decir mero vehículo material del valor de cambio, o mero *medio de cambio*; en cuanto vehículo activo de valor de cambio, el valor de uso se convierte en medio de cambio. Por ello, en cuanto *valor de uso* aún deberá *devenir*, en primer lugar para otros” (Marx 1980:25).

En su carácter de mercancía, el bien debe “afrentar la necesidad en particular” del otro en el intercambio, sin esa capacidad el bien se consideraría inútil.

“(…) los valores de uso de las mercancías *devienen* en cuanto valores de uso al cambiar todas ellas de posición, pasando de la mano en la cual son medio de cambio a otras manos en la cual son objetos de uso. Sólo en virtud de esta *enajenación* en todas direcciones, el trabajo contenido en ellas se convierte en trabajo útil” (Marx 1980:26).

---

trabajo superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia. Su determinación histórica está cumplida, por un lado cuando las necesidades están tan desarrolladas que el plustrabajo sobre lo necesario está más allá de la necesidad natural, surge de las mismas necesidades individuales” (Marx 1982:XXXIV).

En la “Contribución a la Crítica de la Economía Política” (Marx 1980), Karl Marx hace referencia a la mercancía que funciona como “equivalente general” y que satisface una “necesidad general”. Es una mercancía que no necesita desdoblarse en la dicotomía valor – valor de uso para objetivarse, ya que su valor de uso es su propio valor de cambio. En tanto “equivalente general”, esta mercancía tendrá:

“el mismo valor de uso para cada cual: el de ser vehículo del valor de cambio, medio de cambio general (...) La mercancía particular que representa de este modo la existencia adecuada del valor de cambio de todas la mercancías, o el valor de cambio de las mercancías como una mercancía particular y exclusiva es ... *el dinero*” (Marx 1980:32).

Es en “El Capital” (publicado en el año 1867), donde Marx presenta de manera completa la relación entre valor de uso – valor y sus referencias con los conceptos de necesidad y utilidad. Señala Marx (1981) que las mercancías tienen dos componentes: valor de uso y valor; el primero asociado a las características físicas particulares de los bienes capaces de satisfacer necesidades humanas y el segundo determinado por la esencia común de todas las mercancías que permite que sean intercambiables entre sí, es decir trabajo humano abstracto.

“Las mercancías vienen al mundo revistiendo la forma de valores de uso o cuerpos de mercancías: hierro, lienzo, trigo, etc. Es esta su prosaica forma natural. Sin embargo, sólo son mercancías debido a su *dualidad*, a que son objetos de uso y, simultáneamente portadoras de valor” (Marx 1981:58).

La necesidad humana está en la base de la producción capitalista; la manera de usar las cosas depende de los hechos históricos que determinan los modos, y la percepción de utilidad hace posible reconocer el valor de uso de las cosas para su intercambio. Las mercancías son producidas para su intercambio en el mercado y sólo pueden ser intercambiadas si socialmente son reconocidas como útiles; es decir, la utilidad de una mercancía es una construcción que refleja la relación social entre productores y consumidores. Marx (1981) señala que en el capitalismo la utilidad está por delante de la necesidad y es condición para que se pueda satisfacer necesidades humanas de manera concreta.

“La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esa utilidad no flota por los aires. Está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, y no existe al margen de ellas” (Marx 1981:44).

Si satisfacción de las necesidades humanas es condición de existencia de la mercancía, en tanto valor de uso que sólo se hará efectivo al ser consumido, la condición para que esto ocurra es el intercambio. En el proceso de intercambio entre productores independientes que producen para el mercado, las mercancías deben ser consideradas útiles por sus características físicas, y susceptibles de ser intercambiadas entre sí, ya que contienen la misma sustancia, el valor. Para que se realice el intercambio es necesario hacer abstracción de las propiedades físicas de las mercancías y solo reconocerlas como cristalización de “una gelatina de trabajo humano indiferenciado” (Marx 1981:47). Mientras el valor de uso de los bienes se realiza en el uso o consumo a partir de sus cualidades físicas, y se reconoce como el contenido de la riqueza material, el valor, en su manifestación como valor de cambio, representa una relación cuantitativa del trabajo humano abstracto incorporada a cada bien producido.

“ Ahora bien, si ponemos a un lado el valor de uso del cuerpo de las mercancías, únicamente les restará una propiedad: la de ser productos del trabajo. No obstante, también el producto del trabajo se nos ha transformado entre las manos. Si hacemos abstracción de su valor de uso, abstraemos también los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso. Ese producto ya no es una mesa o casa o hilo o cualquier cosa útil. Todas sus propiedades sensibles se han esfumado (...) Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; éstos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano” (Marx 1981:47).

En “El Capital” (Marx 1981), Marx distingue entre el concepto de útil y utilidad. Una cosa puede ser útil porque puede ser usada, es valor de uso porque al ser consumida se realiza, y la utilidad sólo se manifiesta cuando la cosa o el bien es mediado por el trabajo humano abstracto; en este sentido la utilidad se diferencia del carácter útil de las cosas y se reconoce como una construcción social representada en la forma de valor.

“Una cosa puede ser *valor de uso* y no ser *valor*. Es este el caso cuando su utilidad para el hombre no ha sido mediada por el trabajo. Ocurre ello con el aire, la tierra virgen, las praderas y bosque naturales, etc.” (Marx 1981:50).

Sin embargo, hay un elemento adicional que debe ser considerado; las mercancías no sólo deben tener valor de uso, sino considerarse valores de uso para otros. “Para producir una mercancía, no sólo debe producir valor de uso, sino valores de uso para otros, valores de

uso sociales” (Marx 1981:50) que deben realizarse mediante el intercambio. El reconocimiento social de utilidad es la condición para que se realice el valor de uso de las mercancías, para lo cual se debe hablar de bienes con características físicas distintas, producidas por trabajos cualitativamente diferentes, “los trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías” (Marx 1981:52). Marx (1981) propone que el valor es la mediación de la utilidad por el trabajo humano abstracto, y su naturaleza es esencialmente social manifestada en la relación de valor entre mercancías.

“Si recordamos, empero, que las mercancías sólo poseen objetividad como valores en la medida en que son expresiones de la misma unidad social, del trabajo humano; que su objetividad en cuanto valores, por tanto, es de naturaleza puramente social, se comprenderá de suyo, asimismo, que dicha objetividad como valores sólo puede ponerse de manifiesto en la relación social entre diversas mercancías” (Marx 1981:58).

La relación de valor entre mercancías es lo que Marx denomina “el lenguaje de las mercancías”, en donde el factor común es el valor creado por el trabajo “en su condición abstracta de trabajo humano” (Marx 1981:64), y ajeno a las particularidades del trabajo concreto, lo que permite que: “Por intermedio de la relación de valor, pues, la forma natural de la mercancía B deviene la forma de valor de la mercancía A, o el cuerpo de la mercancía B se convierte, para la mercancía A, en espejo de su valor” (Marx 1981:65).

En el análisis de la relación de valor de las mercancías, hasta llegar a la forma de equivalente para el intercambio, Marx (1981) hace uso de la contraposición entre las formas de valor de uso y valor. Marx establece que la primera característica de la forma de equivalente es que

”el valor de uso se convierte en la forma en que se manifiesta su contrario, el valor”; la segunda particularidad de la forma de equivalente es “el hecho de que el trabajo concreto se convierta en la forma en que se manifiesta su contrario, el trabajo abstractamente humano” y, finalmente la tercera peculiaridad es cuando, “el trabajo privado adopta la forma de su contrario, del trabajo bajo la forma directamente social” (Marx 1981:72).

En esta secuencia, se hace evidente que para que suceda el proceso de intercambio y se pueda consumir el valor de uso para la satisfacción de necesidades, el valor de uso de un bien debe reconocerse y transformarse como valor del bien que se le enfrenta como mercancía; si se piensa en términos del trabajo humano, entonces el trabajo humano

concreto se convierte en trabajo humano abstracto, y finalmente pensando en relaciones sociales, el trabajo humano individual se reconoce como trabajo social.

De esta manera se vinculan las formas de valor de uso y de valor a los conceptos de necesidad y utilidad respectivamente, y puede decirse que en la expresión de valor, la utilidad del trabajo concreto reside, no en la producción de bienes concretos, sino en la confección de cuerpos que contienen valor como producto del trabajo humano abstracto. La forma general de valor, en tanto mediación de la utilidad por el trabajo, sólo ocurre en “el mundo de las mercancías”.

“Bajo todas las condiciones sociales el producto del trabajo es objeto para el uso, pero sólo una época de desarrollo históricamente determinada -aquella que presenta el trabajo gastado en la producción de un objeto útil como atributo “objetivo” de este último, o sea como su valor- transforma el producto del trabajo en mercancía” (Marx 1981:76).

La forma de valor se reconoce como la sustancia común de las mercancías que permite su igualación en el intercambio y tiene su manifestación externa en tanto valor de cambio<sup>19</sup>. Señala Marx (1981) que el valor de una mercancía difiere de su propio valor de uso y del de otras mercancías y sólo puede ser expresado en una sustancia que les es común y que sólo se manifiesta en la relación de intercambio o relación de valor de las mercancías.

“La forma general del valor, por el contrario, surge tan sólo como obra común del mundo de las mercancías. Una mercancía sólo alcanza la expresión general de valor porque, simultáneamente, todas las demás mercancías expresan su valor en el mismo equivalente, y cada nueva clase de mercancías que aparece en escena debe hacer otro tanto. Se vuelve así visible que la objetividad del valor de las mercancías, es por la mera “existencia social” de tales cosas, únicamente puede quedar expresada por la relación social omnilateral entre las mismas; la forma de valor de las mercancías, por consiguiente, tiene que ser una forma social vigente” (Marx 1981:81).

---

<sup>19</sup> Marx señala que la expresión autónoma del valor de una mercancía es el valor de cambio: “La mercancía es valor de uso u objeto para el uso y “valor”. Se presenta como ese ente dual que es cuando su valor posee una forma de manifestación propia -la de valor de cambio-, distinta de su forma natural, pero considerada aisladamente nunca posee aquella forma: únicamente lo hace en la relación de valor o de intercambio con una segunda mercancía, de diferente clase. Si se tiene esto en cuenta, ese modo de expresión no hace daño y sirve para abreviar” (Marx 1981:74)

Si la utilidad mediada por el trabajo se constituye en valor, que sólo existe en tanto expresión social (relación de intercambio o relación de valor), entonces el concepto de utilidad es una construcción social necesaria para garantizar la consumación del valor de uso y la satisfacción de necesidades. Asimismo, la forma general de valor al referirse a una “gelatina de trabajo humano indiferenciado” hace evidente que el trabajo mismo, en el sistema capitalista, es una expresión específicamente social.

Si el valor de una mercancía sólo puede reconocerse en el proceso de intercambio, como una manifestación social, entonces es importante señalar las diferencias entre las formas relativas de valor y la forma de equivalente. Señala Marx, (1981:83) que en la forma relativa simple, “el valor de una mercancía convierte a otra mercancía en un equivalente singular”; en la forma desplegada “esa expresión del valor de una mercancía en todas las demás mercancías, imprime a éstas la forma de equivalentes particulares de diferentes clases”, y cuando una clase particular de mercancías se constituye en equivalente general, el resto de las mercancías “la convierten en el material de su forma de valor general y unitaria”; es decir “*todas las demás mercancías la han separado de sí mismas, en calidad de equivalente*” (Marx 1981:85).

La forma general de equivalente es la “forma relativa social-general de valor” (Marx 1981:83), que se constituye en “una forma de valor en general” (Marx 1981:85), hasta alcanzar la “forma de dinero” (Marx 1981:86). Esta mercancía atípica, separada de las demás, no requiere de la contraposición valor-valor de uso, ya que es en sí misma la representación del valor; en ese sentido, si se entiende a la forma de valor como la utilidad mediada por el trabajo, podría decirse que, la utilidad mediada por el trabajo alcanza la forma de dinero.

“La clase específica de mercancías con cuya *forma natural se fusiona socialmente la forma de equivalente*, deviene en *mercancía dineraria* o funciona como *dinero*. Llega a ser su *función social específica*, y por lo tanto su *monopolio social*, desempeñar *dentro del mundo de las mercancías* el papel de equivalente general” (Marx 1981:85).

Si el valor es la utilidad mediada por el trabajo, es necesario revisar cómo entiende Marx el concepto de trabajo. Para Marx (1981) el trabajo humano, desde su carácter concreto, es el que da a la mercancía su propiedad de satisfacer necesidades en su calidad de valor de uso, y cuando asume su forma social, le otorga a la mercancía su carácter “suprasensible” al ser portadora de valor.

“Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existentes al margen de los productores” (Marx 1981:88).

El conjunto de trabajos privados independientes que producen valores de uso, constituyen lo que Marx denomina “trabajo social global” que produce mercancías que sólo se manifiestan mediante el proceso de intercambio, “los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores” (Marx 1981:89).

El “trabajo social global” sólo se reconoce cuando la producción está destinada a intercambio en el mercado, donde las mercancías objetivan su valor haciendo abstracción de sus características físicas.

“Es sólo en su intercambio donde los productos del trabajo adquieren una objetividad de valor, socialmente uniforme, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa. Tal escisión del producto laboral en cosa útil y cosa de valor sólo se efectiviza, en la práctica, cuando el intercambio ya ha alcanzado la extensión y relevancia suficiente como para que se produzcan cosas útiles destinadas al intercambio, con lo cual, pues, ya en su producción misma se tiene en cuenta el carácter de valor de las cosas” (Marx 1981:90).

Hasta este punto, puede decirse que Marx identifica los dos componentes de la mercancía valor de uso y valor, como manifestación de los conceptos de necesidad y utilidad mediada por el “trabajo social global” respectivamente, y al intercambio como el proceso en donde se a la transformación de valor (utilidad mediada) a valor de uso (necesidad).

En ese sentido, el valor, entendido como utilidad mediada por el trabajo, permite el intercambio de productos generados por trabajos concretos diferentes. En primera instancia, para que el proceso de intercambio ocurra se debe manifestar la heterogeneidad del trabajo y de sus productos, pero sólo cuando se considera el valor

(magnitud de valor<sup>20</sup>) de las mercancías se les puede reconocer como iguales. “Al equiparar entre sí en el cambio como valores sus productos heterogéneos, equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano” (Marx 1981:90).

Para Marx, el análisis de la mercancía y del proceso de intercambio es esencial para la crítica a la economía política clásica, ya que le permite distinguir las formas de: valor de uso -propiedades naturales del bien que satisfacen necesidades-; valor –utilidad mediada por el trabajo global social-; magnitud de valor -como expresión efectiva del valor en la práctica-, y las relaciones de valor entre mercancías. Marx reconoce que los economistas clásicos analizaron la forma de valor y su manifestación como magnitud de valor pero que nunca hicieron las preguntas fundamentales.

“...la economía política ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud de valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Sólo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma; de por qué, pues el trabajo se representa *en el valor*, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la *magnitud del valor* alcanzada por el producto del trabajo” (Marx 1981:98).

Señala Marx (1981) que para los economistas clásicos hay una escisión entre valor, como atributo exclusivo de las cosas y el valor de uso como riqueza y preocupación exclusiva del hombre. Dicha escisión encubre la composición real de la mercancía y deja el análisis de los clásicos sólo en el plano de las apariencias de las cosas por encima de las relaciones sociales.

“Oigamos ahora cómo el economista habla desde el alma de la mercancía: “El *valor*” (valor de cambio) “es un atributo de las cosas; las riquezas” (valor de uso), “un atributo del hombre. “El valor, en ese sentido, implica necesariamente el intercambio; la riqueza no” (Marx 1981:101).

La falta de claridad de la esencia de la mercancía en cuanto valor de uso, satisfactor de necesidades, y valor, utilidad mediada por el trabajo social global, llevan a que el concepto de necesidad asuma un carácter extraeconómico, propio del individuo natural y en

---

<sup>20</sup> “...fue sólo el análisis de los precios de las mercancías lo que llevó a la determinación de las magnitudes de valor; sólo la expresión colectiva de las mercancías en dinero, lo que indujo a fijar su carácter de valor. Pero es precisamente esa forma acabada del mundo de las mercancías -la forma de dinero- la que vela de hecho, en vez de revelar, el carácter social de los trabajos privados, y por tanto las relaciones sociales entre los trabajadores individuales” (Marx 1981:92).

consecuencia ajeno al intercambio, y que sólo la utilidad, manifestada como valor, pueda ser considerada como elemento propio de análisis de la ciencia económica en tanto manifestación social.

“Lo que los reafirma en esta concepción es la curiosa circunstancia de que el valor de uso se realiza para el hombre *sin intercambio*, o sea en la relación directa entre la cosa y el hombre, mientras que su valor, por el contrario, sólo en *el intercambio*, o sea en el proceso *social*” (Marx 1981:102).

En el proceso de intercambio, las mercancías tienen que realizarse primero como valor, utilidad mediada por el trabajo, para poder ser valores de uso, debiendo acreditar su llegada al mercado por su capacidad de ser útiles e intercambiables.

“Las mercancías, pues, tienen primero que *realizarse como valores* antes que *puedan realizarse como valores de uso*. Por otra parte, tienen que *acreditarse como valores de uso antes de poder realizarse como valores*” (Marx 1981:105).

Al mismo tiempo, en el proceso de intercambio, el poseedor de mercancías no reconoce en su posesión un bien con valor de uso para su satisfacción; sólo posee los bienes en tanto es valor de uso para otros. En el modo de producción capitalista, la producción de mercancías en tanto valor, marca la diferencia entre la cosa útil para satisfacer las necesidades individuales del productor y la utilidad pensada para el intercambio.

“Para él (el portador de mercancías), sólo tiene directamente el valor de uso de ser *portadora de valor de cambio* y, de tal modo, *medio de cambio*. De ahí que quiera enajenarla por una mercancía cuyo valor de uso lo satisfaga. Todas las mercancías son *no-valores de uso para sus poseedores, valores de uso para sus no-poseedores*” (Marx 1981:105).

Es en el intercambio cuando la mercancía se realiza como valor y se convierte en otras mercancías equivalentes, sin importar el valor de uso en si mismo y, en el mundo de las mercancías. El intercambio se vuelve un “proceso social general” por encima del intercambio individual. Señala Marx (1981) que el proceso de intercambio se transforma a lo largo del tiempo, profundizando la antítesis entre el valor de uso y el valor hasta llegar a la manifestación de “una forma autónoma del valor mercantil”, como “expresión exterior de esa antítesis” en el cuerpo del dinero o “mercancía dineraria” (Marx 1981:106).

Gracias a la crítica a la economía política clásica que realiza Karl Marx, podemos identificar que los conceptos de necesidad y utilidad corresponden a las formas de valor de uso y valor de la mercancías; que el trabajo concreto se transforma en la categoría de trabajo social global, y el intercambio se asume como un proceso social general, sin los cuales el

productor en la sociedad burguesa no puede satisfacer sus necesidades individuales y la sociedad de productores privados independientes no garantiza la necesidades construidas socialmente.

## **2.2. Los conceptos de necesidad y utilidad en Philip Mirowski, David. K. Levine y Franz Hinkelammert**

En la segunda parte de este capítulo se analiza la construcción y re-significación de los conceptos de necesidad y utilidad; la reformulación del sujeto económico hacia la figura agente económico o *cyborg*; la reformulación moderna del concepto de mercado como institución generadora de conocimiento en la sociedad moderna y la alternativa teórica para formular una economía para la vida.

### **2.2.1 Philip Mirowski**

Para el análisis de los conceptos de necesidad y utilidad que ordenan esta tesis, el planteamiento de Philip Mirowski aporta al hacer evidente que la economía contemporánea ha sustituido al sujeto concreto y con necesidades por agentes o autómatas, y ha alterado la finalidad de la disciplina económica trasladándola de la economía real a la economía entendida como experimentos digitales.

Mirowski (1999) destaca que las pretensiones de los economistas clásicos por convertir a la economía en una ciencia natural fueron la base para que la economía contemporánea entienda a la economía como un sistema mecánico e ideal, en donde los agentes económicos carecen de subjetividad y se asumen como autómatas o *cyborg*.

Para Mirowski (1999), los economistas buscan hacer ciencia reproduciendo los esquemas de estudio de los fenómeno naturales, y en ese sentido, los pensadores clásicos de finales del siglo XIX, entendieron a la economía como una física social ordenada por los protocolos de la física decimonónica, igualando los procesos económicos con los procesos naturales<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Si en los procesos naturales la sustancia de la materia en movimiento es la energía, en los procesos económicos esa sustancia es el valor de la mercancía. *“From the mercantilists to the mid-nineteenth century, from Maylnes to Marx, Western economic thought was dominated by an effort to reduce economic value to a conserved substance in motion, and thus consequently to elevate moral philosophy and political economy to the status of a natural science”* [Desde los mercantilistas hasta mediados del siglo XIX, desde Maylnes hasta Marx, el pensamiento económico occidental estuvo dominado por un esfuerzo por reducir el valor económico a una sustancia conservada en movimiento y, en consecuencia, por elevar la filosofía moral y la

Para los economistas clásicos, señala Mirowski (1999), era necesario formalizar el modelo económico en los términos de un sistema que integrara las fases de producción-intercambio-consumo, y para ello el hilo conductor e integrador fue el valor entendido como energía que se mantiene a lo largo del proceso y sólo desaparece en el acto del consumo.

*“This “classical” conception roughly divided the social world up into three exhaustive categories: production, circulation, and consumption. Production became associated with any activity or locus where the purported value substance was created or augmented according to fixed natural principles. Circulation identified the function of trade, which was to shift the location of the value substance between sectors, classes, or other functional categories subject to the condition that the trade of equivalents would guarantee the conservation of the value substance in that process. Consumption was associated with any activity or locus where the value substance was destroyed or diminished”* [Esta concepción "clásica" dividió aproximadamente el mundo social en tres categorías exhaustivas: producción, circulación y consumo. La producción se asoció con cualquier actividad o lugar en el que la sustancia de valor pretendido se creaba o aumentaba de acuerdo con principios naturales fijos. La circulación identificó la función del comercio, que consistía en cambiar la ubicación de la sustancia de valor entre sectores, clases u otras categorías funcionales sujeto a la condición de que el comercio de equivalentes garantizaría la conservación de la sustancia de valor en ese proceso. El consumo se asoció con cualquier actividad o lugar donde la sustancia de valor se destruyó o disminuyó] (Mirowski 1999, capítulo 4, sección 2, párrafo 7).

Señala Mirowski (1999), que la preocupación por convertir a la economía en una ciencia transitó de los afanes “estéticos” y ordenadores de Smith, a las preocupaciones “pro-lógicas y matemáticas” de Ricardo, al interés de Stuart Mill por aplicar el mismo método que la astronomía a la economía, y a la inclinación de Marx por reconocer a la ciencia como el motor de avance de la sociedad y el instrumento para correr el velo de la ideología.

---

economía política al estatus de ciencia natural] (Mirowski 1999, capítulo 4, sección 9, párrafo 1).

De esta manera, señala Mirowski (1999), la escuela económica clásica igualó el concepto de energía al de valor, para empatar el método de la disciplina económica con el de la física. La metáfora de que la mercancía poseía un valor intrínseco, una especie de “sustancia espectral”, un stock que mantiene a lo largo del proceso económico implica igualar la forma de valor al concepto de energía.

*“For Smith, the essence of science was the evocation of order, wonder, and intellectual delight; it was primarily an esthetic response. For Ricardo, it was an assertion of rigid adherence to the canons of a proto-mathematical logic, the dictates of which overruled any casual empiricism or sentimentality. For Marx, science was the main motor of economic advance as well as the only instrument capable of piercing the veil of ideology”* [Para Smith, la esencia de la ciencia era la evocación del orden, el asombro y el deleite intelectual; fue principalmente una respuesta estética. Para Ricardo fue una afirmación de adhesión rígida a los cánones de una lógica proto-matemática, cuyos dictados anulaban cualquier empirismo o sentimentalismo casual. Para Marx, la ciencia era el principal motor del avance económico y el único instrumento capaz de traspasar el velo de la ideología] (Mirowski 1999, capítulo 5, sección 2, párrafo 2).

Mirowski (2002) refiere que los economistas han tenido la fascinación por el estudio de la economía como si fuera un sistema natural con sus representaciones mecánicas<sup>22</sup>. Esta visión que permeó los argumentos de los pensadores clásicos (incluida la escuela marxista) y neoclásicos, sentó las bases para el estudio de la economía como un sistema de flujo mecánico<sup>23</sup>, y desde una lógica mecanicista, el proceso económico de producción-intercambio-consumo es un sistema donde lo relevante es cómo garantizar el flujo y la continuidad, sin pensar en el contexto, los agentes y los fines.

En el proceso de convertir a la economía en una ciencia natural o una física social, el concepto de necesidad fue marginado de la discusión, excluyendo el concepto clásico de valor de uso por considerarlo no relevante para el estudio económico y otorgando al concepto de utilidad y su representación en la forma de valor, el símil de sustancia o energía potencial.

---

<sup>22</sup> Retomando las ideas de Norbert Wiener, Mirowski indica que si los siglos XVII y principios del XVIII pueden ser considerados como la era de los relojes; el final del XVIII y XIX como la era de las máquinas de vapor; el siglo XX debería reconocerse como la era de la comunicación y el control (Mirowski 2002:9).

<sup>23</sup> Ejemplo de ello es la teoría de la circulación de Francois Quesnay que se materializó en el *Tableau économique*.

Señala Mirowski<sup>24</sup> que la visión de la economía como física social, tuvo un punto de quiebre en el año 1870 con el surgimiento del pensamiento neoclásico, que identificó al concepto de energía potencial con el de utilidad, desplazando al concepto de valor.

“...en Europa en la década de 1870, una falange de ingenieros imaginaron que había una especie de energía potencial en la cabeza llamada “utilidad”, y emplearon la imagen para importar gran parte de las matemáticas sobre las restricciones extremas de la mecánica clásica” (Mallorquin 2002:207).

Para Mirowski (2002), la economía neoclásica se concentra en la aplicación del cálculo aplicado a los principios de maximización sujeta a restricciones, igualando -por razones matemáticas y metafóricas-, las funciones de potencia con la utilidad y el espacio físico con el mercado<sup>25</sup>. En el modelo teórico neoclásico, indica Mirowski, la conducta de los agentes económicos está determinada por la búsqueda de la mayor utilidad, pero en el sentido de una figura retórica (*sinécdoque*) de los atributos psicológicos de los individuos, en un proceso de maximización que sólo estaría restringido por la dotación de recursos, que -de no existir- abriría el camino para procurar una creciente utilidad, asimilada a la idea del crecimiento y progreso continuo (Pilkington 2013).

La escuela neoclásica refuerza la idea que la economía tiene un carácter natural, por lo que pueden aplicarse las mismas técnicas de análisis que se usan en la ciencia física; de ahí el interés de los pensadores neoclásicos por manejar como similares a las funciones de potencia de la energía, con las funciones de utilidad y reconocer al espacio de los fenómenos físicos como similar al mercado y su manifestación mediante el sistema de precios.

*“...in the 19<sup>th</sup> century marginalism was articulated in and through energy physics metaphors. Not only did these metaphors allow the marginalist doctrines to be articulated, but they also limited what could be said about the object of the discourse; thus, for example, economies hat to be thought to be tending toward a sort of*

---

<sup>24</sup> Mallorquin Carlos (2002); “Presentando a Philip Mirowski”. Entrevista realizada el 5 de Septiembre de 2001.

<sup>25</sup> A diferencia del pensamiento clásico, donde se da una simbiosis entre la física y la economía y la teoría del valor implica la existencia de una sustancia medible que es transmitida desde el trabajo al producto; en la escuela neoclásica y particularmente en su vertiente marginalista, lo relevante no es la sustancia del valor y su origen, sino las tendencias psicológicas de los seres humanos a maximizar su utilidad bajo condiciones de restricción (Mirowski 1999).

*teleological equilibrium position for the discourse of marginalism to be coherent” [... en el siglo XIX el marginalismo se articulaba en y a través de metáforas de la física energética. Estas metáforas no solo permitieron articular las doctrinas marginalistas, sino que también limitaron lo que se podía decir sobre el objeto del discurso; así, por ejemplo, las economías que se cree que tienden hacia una especie de posición de equilibrio teleológico para que el discurso del marginalismo sea coherente] (Pilkington 2013:337).*

Para Mirowski (2017), el pensamiento económico naciente en 1870 se concentró en las conductas del mercado, pasando a un segundo plano otros elementos del sistema económico clásico, tales como el la producción de la riqueza física.

*“Once upon a time—say, around the era of David Ricardo and Karl Marx—political economy was primarily concerned with the production of national physical wealth. This “classical” notion tended to hang on long into the twentieth century, well after the invention of neoclassical economics in the 1870s. Nevertheless, there was no denying that within neoclassical economics, notions of exchange had displaced those of tangible production as the primary topic of interest; this informed the definition of economics articulated by Lionel Robbins that its proper subject was the “allocation of scarce means among given ends” [Érase una vez, digamos, alrededor de la era de David Ricardo y Karl Marx -la economía política se preocupaba principalmente por la producción de riqueza física nacional. Esta noción "clásica" perduraría hasta bien entrado el siglo XX, mucho después de la invención de la economía neoclásica en la década de 1870. Sin embargo, no se podía negar que dentro de la economía neoclásica, las nociones de intercambio habían desplazado a las de producción tangible como tema principal de interés; esto sustentó la definición de economía articulada por Lionel Robbins de que su tema apropiado era la “asignación de medios escasos entre fines dados] (Mirowski 2017:35).*

Bajo esta lógica, la teoría económica contemporánea pasa del estudio de las finalidades de la disciplina a la descripción de un sistema y sus condiciones de operación. En ese sistema, los agentes no tiene por que ser humanos ya que sólo se requieren autómatas

racionales, perfectamente sustituibles por artefactos autónomos o *cyborg* que pueden liberarse de las determinaciones históricas o del contexto<sup>26</sup>.

Mirowski (2002) propone que la disciplina económica de la segunda posguerra mundial del siglo XX, se ajusta al nuevo paradigma de las ciencias *cyborg*<sup>27</sup>, que buscan sintetizar los protocolos de investigación de las ciencias naturales y de las ciencias sociales<sup>28</sup>. La economía entendida como ciencia *cyborg*, cuestiona la visión del economista neoclásico que entiende que la finalidad de la economía es la óptima asignación de recursos escasos para el logro de fines determinados, e incorpora la idea de que la economía se refiere al procesamiento de la información por parte del agente económico (Mirowski 2002:7), y de esta forma abre paso al estudio de nuevos programas de investigación vinculados a los principios de “racionalidad limitada, “economía computacional”, “economía artificial”, “agentes autónomos” y experimentos económicos.

Uno de los impactos de las ciencias *cyborg* en la economía, fue el abandono de la “experiencia corporal de la escasez” hacia la aceptación de “la experiencia mercantil de la información” (Mirowski 1996:124), y el reconocer al agente económico como un agente autómatas o *cyborg*, que reduce lo social y lo natural; lo animado y vivo y lo inanimado, haciendo más vaga la diferencia entre los fenómenos naturales y sociales y por lo tanto más difusa la diferencia entre la realidad y la simulación de fenómenos mediante experimentos (Mirowski 2002:13).

En este apartado se ha realizado la relatoría de como Mirowski concibe la transición del pensamiento económico clásico del siglo XIX que equiparaba la energía al valor, al pensamiento neoclásico de principios del siglo XX que identifica a la energía con la utilidad, hasta el nuevo discurso neoliberal que se centra en el concepto de información; en tanto

---

<sup>26</sup> Mirowski define el concepto de *cyborg*: “... a concept of persons who can free themselves from the constraints of the environment to the extent that they wished” [... un concepto de personas que pueden liberarse de las limitaciones del entorno en la medida en que lo deseen] (Mirowski 2002:11).

<sup>27</sup> Para Mirowski las ciencias *cyborg* no surgen de la serendipia, sino de procesos conscientes de construcción de la ciencia moderna, a partir de la experiencia de la cibernética en la segunda posguerra mundial del siglo XX (Mirowski 2002)

<sup>28</sup> Las ciencias *cyborg* que emergen después de la Segunda Guerra Mundial son, en buena medida, el resultado de la investigación interdisciplinaria que es patrocinado por la industria militar y más vinculada a la necesidad de garantizar la sobrevivencia en el mundo actual, e incorpora las preocupaciones de una nueva generación de científicos que impulsan un nuevo discurso intelectual enfocados en la “ciencia cognitiva” (Mirowski 2002).

un proceso de alineación a los epistemes dominantes en las distintas épocas<sup>29</sup>. El efecto inmediato de esta transición se manifiesta en la formulación de las preguntas esenciales que la teoría económica contemporánea debe resolver, cada vez más alejadas del mundo de la producción, la distribución de la riqueza y el sujeto con necesidades, y más cercano al mercado, en tanto espacio virtual, que ordena las preferencias, regula el sistema de precios, administra la información y genera nuevo conocimiento.

Centrémonos ahora en la forma en que el pensamiento neoliberal, asumiendo el enfoque de una ciencia cyborg y reconociendo a la información como un fenómeno cultural, excluye las manifestaciones concretas de la necesidad humana del discurso teórico (Mirowski 2017). Para la escuela neoliberal los consumidores, que después se traducen en agentes autómatas, sólo deben conocer sobre sus preferencias y los precios asociados a los bienes; gozando de una relativa autonomía en un mundo de mercado donde hay una descentralización de la información, que sólo es entendible a través de un sistema de precios funcional para el intercambio.

En la concepción neoliberal, señala Mirowski (2017), la naturaleza cognitiva del agente económico incluso entra en cuestión, al grado de relativizar su propia racionalidad. Para la teoría neoliberal lo importante no es preguntarse sobre el agente que toma decisiones desde una postura racional, sino sobre la construcción de un sistema que garantice que las decisiones sean racionales; por lo tanto, el objeto de estudio de la economía ya no es el agente o sujeto sino la conducta de elegir.

*“The core of my argument is that social scientific discourse about choice from the 1920s to the mid-1970s was part of a discourse about reason and the prospects of*

---

<sup>29</sup> Señala Mirowski que para la construcción de la teoría, los marcos conceptuales que se adopten no sólo sirven para articular el nuevo discurso sino también acotan lo que se puede decir del objeto de discurso. *“I advocate intellectual history and science studies precisely because one needs to look carefully at what various programs do with the cultural epistemes with which they are saddled in a particular historical era, ranging from taking internal criticism seriously to weighing the consequences for empiricism, scope, research stratification, behavior towards rival programs, ontological resonance with the other sciences, and so forth”* [Abogo por los estudios de ciencia e historia intelectual precisamente porque es necesario observar detenidamente lo que hacen los diversos programas con los epistemes culturales con las que están cargados en una época histórica particular, desde tomar en serio la crítica interna hasta sopesar las consecuencias para el empirismo, el alcance, la investigación estratificada, comportamiento hacia programas rivales, resonancia ontológica con las otras ciencias, etc.] (Pilkington 2013:347).

*democracy.... [It] was a novel blend of pessimism about the scope and quality of human reason and optimism about the power of social and technical mechanisms for producing rational choices.... Instead of asking whether people were rational creatures, the question should be, what is the best system for producing rational choices? The object of study needed to be the choice, not the chooser”* [El núcleo de mi argumento es que el discurso científico social sobre la elección desde la década de 1920 hasta mediados de la de 1970 fue parte de un discurso sobre la razón y las perspectivas de la democracia.... Fue una mezcla novedosa de pesimismo sobre el alcance y la calidad de la razón humana y optimismo sobre el poder de los mecanismos sociales y técnicos para producir elecciones racionales.... En lugar de preguntar si las personas eran criaturas racionales, la pregunta debería ser: ¿cuál es el mejor sistema para producir elecciones racionales? El objeto de estudio tenía que ser la elección, no el que elige] (Mirowski 2017:27).

En la economía capitalista de finales del siglo XX, de lo que se trata es de encontrar el mecanismo adecuado para optimizar los deseos sociales a partir de criterios de eficiencia bajo las restricciones de información, comportamiento y preferencias de los consumidores. En esta visión teórica, los agentes que participan en el mercado no requieren de “conocer” o incluso ser actores concretos, sólo quieren elegir de manera óptima; esta transformación implica en los términos de Mirowski sacrificar el conocimiento por la información, como premisa de la economía del nuevo siglo.

El proceso económico se podría reducir a la interacción de “agentes de inteligencia cero” o algoritmos matemáticos que simulen el comportamiento de los consumidores, en escenarios virtuales para realizar experimentos de “subasta doble”, a través de los cuales se puede alcanzar el equilibrio entre oferta y demanda, independientemente de la capacidad cognitiva de los participantes (Mirowski 2017:120).

Otro efecto de la ciencia *cyborg*, la revolución de la información y la cibernética fue el cambio en el concepto de mercado. El mercado dejó de ser el espacio de las mercancías para convertirse en un mecanismo activo, procesador de información y generador de conocimiento.

*“The short version would be they slowly relinquished the earlier fundamental image of a market as allocation scarce things between people with given needs, restoring “equilibrium”, and replaced it with an image of The Market as the greatest information processor known to mankind -in other word, the heart of market operation was*

*posited as the fact it always knows more than you could ever hope to divine: we could only prostrate ourselves before its awesome wisdom*” [La versión corta sería que lentamente renunciaron a la imagen fundamental anterior de un mercado como asignación de cosas escasas entre personas con necesidades dadas, restaurando el "equilibrio", y lo reemplazaron con una imagen de The Market como el mayor procesador de información conocido por la humanidad. En otras palabras, se postuló que el corazón de las operación del siempre sabe más de lo que tú podrías esperar adivinar; ante lo cual solo podríamos postrarnos ante su asombrosa sabiduría] (Pilkington 203:352).

El mercado dejó de ser el espacio dónde los consumidores obtienen lo que quieren o necesitan, para convertirse en un espacio donde los participantes no saben lo que quieren, por lo que es necesario que los economistas se enfoquen a diseñar mercados, para dar a la gente lo que se supone deben querer y necesitar.

*“The mid-century Walrasian orthodoxy came clad with all sorts of “welfare theorems” that insisted markets always and everywhere gave the people what they wanted; but as the “information” revolution began to suggest that market participants didn’t really know very well what they wanted, then for the first time in history, economists began to assert their competence to “design” markets, with the objective of giving people what economists believed they should want”* [La ortodoxia walrasiana de mediados de siglo vino revestida de todo tipo de “teoremas del bienestar” que insistían en que los mercados siempre y en todas partes le daban a la gente lo que querían; pero a medida que la revolución de la "información" comenzó a sugerir que los participantes del mercado realmente no sabían muy bien lo que querían, entonces, por primera vez en la historia, los economistas comenzaron a afirmar su competencia para "diseñar" mercados, con el objetivo de brindar a las personas lo que los economistas creían que deberían querer] (Mirowski 2017:4).

De esta forma, el mercado es un autómatas que garantizará la máxima utilidad, teniendo en cuenta el comportamiento de los individuos y sus limitaciones cognitivas, *“Only The Market knew for sure. And what it knew was “information”*” [Solo El Mercado lo sabía con seguridad. Y lo que sabía era "información"] (Mirowski 2017:14); el mercado se ha convertido en el gran procesador de información, generador de conocimiento y, en consecuencia, de la verdad.

*“For orthodox economists today, truth is not a matter of morality, nor of individual standards of veracity, nor even coherence with some simplistic notion of the scientific method. For the orthodox economist, core doctrine dictates that truth is the output of the greatest information processor known to humankind—namely, The Market”* [Para los economistas ortodoxos de hoy, la verdad no es una cuestión de moralidad, ni de estándares individuales de veracidad, ni siquiera de coherencia con alguna noción simplista del método científico. Para el economista ortodoxo, la doctrina central dicta que la verdad es el resultado del mayor procesador de información conocido por la humanidad, denominado: El Mercado] (Mirowski 2017:7).

La transformación en la economía en una ciencia cyborg tiene que pagar el precio de hacerse extraña a la realidad concreta y al sujeto con necesidades y capacidad de conocer, para enfocarse en la economía como un ejercicio experimental e inmaterial, propio de las ciencias de los computadores, donde los agentes son autómatas o *cyborgs* de inteligencia cero que intercambian información en un espacio virtual denominado mercado (Pilkington 2013:352).

Frente a la economía entendida como ciencia *cyborg*, Mirowski abre la posibilidad de pensar a la disciplina no desde la lógica de conservación de la energía y su transformación en utilidad como en la escuela neoclásica, o desde la construcción de agentes ahistóricos como los autómatas o *cyborgs*, sino desde el carácter contingente de las relaciones sociales, para reconocer lo que no se ve y está oculto y atrás del mercado<sup>30</sup>.

### **2.2.2. David K. Levine**

David K. Levine nos permite identificar cómo la exclusión del concepto de necesidad y utilidad del diseño del sistema económico afecta tanto la intencionalidad de la disciplina como la definición del propio agente económico.

David K. Levine (1986) apunta a que en la construcción de los nuevos discursos teóricos y ante el imperativo de que el ciclo económico se reconociera como un sistema con bases

---

<sup>30</sup> Mallorquín (2003), señala que “Mirowski no cree posible, ni pertinente, crear un sistema de contabilidad social sobre la base de cualquier noción de energía. Como se señaló, su propuesta de noción "social" del valor implicaría una serie de estrategias conceptuales y prácticas que no estableciera un principio de conservación o de invariancia, sino uno sustentado en el orden contingente de las relaciones sociales, cuyos parámetros (o "métrica" para ser exacto) sean otorgados por éstas, siempre cambiantes” (Mallorquín 2003:178).

científica, fue necesario excluir el concepto de necesidad, debido a que su carácter contingente no garantiza la continuidad y auto-reproducción del sistema. Al estudiar a la economía como un sistema se debía garantizar los principios de coherencia, concurrencia y continuidad del proceso en sí mismo, sin depender de factores extraeconómicos.

A decir de Levine (1986), la economía clásica partía del concepto de un sistema que se reproduce a través del tiempo en la medida en que está plenamente determinado y es duradero en función de las relaciones materiales y sociales que generan una estructura objetiva.

*“Briefly, we can summarize the two aspects of the classical theory as follows: 1. The classical theory conceives of the economy as a system of relations between independent property owners pursuing their private interests. This is the conception of civil o civilized society and it emphasizes property ownership and self-seeking. Its focus is therefore on the market and what it terms market price rather than on the process of production and reproduction of those things that exchange in the market. 2. Simultaneously, the classical theory conceives of the economy as a system of the reproduction and expanded reproductions of a set of material relations having to do with the subsistence of persons. Here, it focuses on production price, the subsistence wage, and the growth of a producing apparatus”* [Brevemente, podemos resumir los dos aspectos de la teoría clásica como sigue: 1. La teoría clásica concibe la economía como un sistema de relaciones entre propietarios independientes que persiguen sus intereses privados. Esta es la concepción de sociedad civil o civilizada y enfatiza la propiedad y el egoísmo. Por tanto, se centra en el mercado y en lo que denomina precio de mercado, más que en el proceso de producción y reproducción de las cosas que se intercambian en el mercado. 2. Simultáneamente, la teoría clásica concibe la economía como un sistema de reproducción y reproducciones ampliadas de un conjunto de relaciones materiales que tienen que ver con la subsistencia de las personas. Aquí, se centra en el precio de producción, el salario de subsistencia y el crecimiento de un aparato de producción] (Levine 1986:14).

La economía clásica descansa en la paradoja de que por la vía de procurar los intereses de los propietarios privados independientes se logra tanto su subsistencia como la “reproducción del orden material y técnico” (Levine 1986:14), garantizando la coherencia del sistema; sin embargo esta argumentación presenta una insuficiencia, ya que las necesidades y deseos contingentes del agente económico afectan la propia esencia del mercado, que se vuelve tan efímero como las preferencias de los consumidores.

*“The difficulty arises insofar as agents acting as persons (i.e., in their private or self-interest) cannot be relied upon to act in a way that leads to systemic coherence. The market exists at the whim of its participants and is as ephemeral as their preferences”*  
[La dificultad surge en la medida en que no se puede confiar en que los agentes que actúan como personas (es decir, en su interés privado o propio) actúen de una manera que conduzca a la coherencia sistémica. El mercado existe al capricho de sus participantes y es tan efímero como sus preferencias] (Levine 1986:14).

Para la escuela clásica, señala Levine (1986), el mercado es un espacio contingente y un mecanismo pasivo, donde ocurre el intercambio de mercancías entre productores privados, que responden a determinaciones previas, generadas en el proceso de la producción y asociadas a los determinantes sociales del consumo (Levine 1986:16). La recurrencia de las mercancías al mercado es un fenómeno contingente cuando se habla del individuo con necesidades concretas, y al mercado sólo le corresponde la atención de los deseos de los consumidores y nada tiene que ver con los determinantes u origen de los mismos. *“The market concerns itself only with the amounts and distributions of wants and endowments, not with their origin”* [El mercado se preocupa solo por las cantidades y distribuciones de deseos y dotaciones, no por su origen] (Levine 1986:17).

Si los individuos van al mercado a adquirir bienes que satisfagan una necesidad o conjunto de necesidades particulares, la única forma de garantizar la recurrencia del sistema es mediante la renovación permanente de las necesidades que lleven al consumidor al mercado a intercambiar, pero los determinantes del consumo no descansan en el mercado dependen de una esfera distinta que no puede ser controlada de manera directa para garantizar la recurrencia.

*“When the particular property owner enters the market with the purpose of acquiring some particular commodity which satisfies a particular well-defined need, the exchange orients itself to consumption outside of the market. Once completed, the act of consumption finishes the process and brings an end to the economic cycle. The orientation toward consumption does not lead directly to the recurrence of the market but requires a renewal of the need if the agent is to return to the market and renew the exchange. This makes recurrence of the market contingent on the recurrence of a particular need, or set of particular needs”* [Cuando el propietario particular ingresa al mercado con el propósito de adquirir algún bien particular que satisfaga una necesidad particular bien definida, el intercambio orienta al consumo fuera del mercado. Una vez completado, el acto de consumo finaliza el proceso y

pone fin al ciclo económico. La orientación hacia el consumo no conduce directamente a la recurrencia del mercado, ya que se requiere de una renovación de las necesidades si el agente quiere volver al mercado y renovar el intercambio. Esto hace que la recurrencia del mercado dependa de la recurrencia de una necesidad particular o un conjunto de necesidades particulares] (Levine 1986:22).

La escuela neoclásica elabora la imagen de un consumidor individual que recurre al mercado a satisfacer sus preferencias para maximizar su utilidad; las preferencias individuales están asociadas a los deseos y motivaciones psicológicas de los individuos que no tendrían un límite natural. Señala Levine, que la concurrencia al mercado sólo dejaría de ser contingente si se habla de un agente económico distinto al consumidor con preferencias psicológicas y necesidades concretas y materiales y se dispusiera de un agente no material: “la firma”, definido como elemento endógeno del sistema, cuya existencia dependiera de la continuidad del sistema económico en si mismo.

La figura de “la firma”, en sustitución del sujeto con necesidades o individuo con preferencias determinadas por sus motivaciones psicológicas, garantiza la continuidad del sistema: la estabilidad, la duración en el largo plazo y la recurrencia *“Thus coherence of a market economy requires that it exhibit three interconnected attributes: stability, the long-run, and recurrence”* [Por lo tanto, la coherencia de una economía de mercado requiere de tres atributos interconectados: estabilidad, largo plazo y recurrencia] (Levine 1986:20).

En la escuela clásica, el sujeto económico es entendido como el individuo que persigue su interés personal, conducta que es condición insuficiente para garantizar la continuidad y recurrencia en el sistema; en ese sentido la economía contemporánea debía pensar en un agente que respondiera a intereses no personalizados, *“One way of phrasing this paradox is to say that the classical theory requires that its agents act both as persons and as mere elements of an impersonal structure”* [Una forma de formular esta paradoja es decir que la teoría clásica requiere que sus agentes actúen como personas y como meros elementos de una estructura impersonal] (Levine 1986:14).

Señala Levine (1986) que en el sistema capitalista es necesario contener y regular la inestabilidad motivada por la competencia por la máxima ganancia y el movimiento de capitales y la variación de precios; procurar la recurrencia al mercado mediante una demanda que sea más funcional al sistema y menos dependiente de la contingencia de las necesidades de los consumidores, y promover la continuidad del sistema frente al impulso de obtener el máximo beneficio inmediato que termina minando las condiciones para mantener el sistema a largo plazo.

El agente económico que puede ayudar a resolver la inestabilidad del sistema es “la firma” en oposición al sujeto concreto. Señala Levine (1986) que la escuela clásica propone que para garantizar la continuidad del proceso económico es necesaria la competencia de capitales en la búsqueda de las mayores tasas de ganancia, y para ello, se debe disponer de la absoluta movilidad de capitales, lo que sólo puede ocurrir a partir de la flexibilidad de ofrece “la firma” para convertirse en una aglomeración de capital para atender objetivos específicos que responda a las señales del mercado. Esta función sólo puede cubrirla un agente económico inmaterial, abstracto y atemporal.

*“This same mobility of capital makes the firm nothing more than a temporary agglomeration of capital for a specific purpose connected to a particular conjuncture of prices”* [Esta misma movilidad de capital hace que la empresa no sea más que una aglomeración temporal de capital para un propósito específico conectado a una coyuntura particular de precios] (Levine 1986:18).

En el mismo sentido, “la firma” no está condicionada por criterios extraeconómicos para definir su demanda, por lo que reduce el carácter contingente de su demanda en el mercado, y no responde a la pulsión de la ganancia en el corto plazo. Esta reformulación afecta tanto a la forma de entender al sujeto económico como al mercado mismo, que pasó de ser un espacio pasivo de intercambio, a convertirse en un espacio activo de reproducción del sistema que se auto-regula, mediante el sistema de precios, como si fuera una determinación natural.

El cambio en la manera de entender a los agentes en el sistema económico tiene implicaciones en su definición como agentes racionales. Señala Levine (2012) que la teoría económica dominante considera sólo al actor que busca la maximización de su utilidad, dejando -aparentemente- de lado la irracionalidad de la conducta humana, las emociones de los individuos y las imperfecciones del mundo real; se piensa en un agente económico que no responde a conductas aprendidas “unbehavioral economic agent” pero que responde a tres criterios: racionalidad ilimitada; fuerza de voluntad ilimitada, y egoísmo ilimitado Levine (2012), es decir se trata de un agente económico que ya no es humano.

Sin embargo, esta interpretación del agente económico es limitada, ya que en realidad el sujeto económico con conductas no racionales no puede ser eliminado del sistema, y debe ser reconsiderado en la teoría económica contemporánea como un agente paradigmático que debe tomar decisiones en ambientes de incertidumbre y que será valorado en función del éxito que alcance en esas condiciones.

*“The paradigmatic man (or more often these days woman) in modern economics is that of a decision-maker beset on all sides by uncertainty. Most important, the central focus of economics is on how successful we are in coming to grips with that uncertainty”* [El hombre paradigmático (o más a menudo en estos días la mujer) en la economía moderna es un tomador de decisiones acosado por todos lados por la incertidumbre. Lo más importante es que el enfoque central de la economía es el éxito que tenemos para enfrentarnos a esa incertidumbre] (Levine 2012:2).

Ante el planteamiento de la economía contemporánea, que Levine (2012) considera como poco realista, este autor propone no pensar en el agente no humano, sino en el agente con expectativas formadas por sus historias, a partir de sus creencias, experiencias y conocimientos (Levine 2012:6). De esta forma, recupera al sujeto, que a partir de la interacción económica valida sus creencias pero cuya conducta en lo individual es insuficiente para garantizar el bienestar social, por lo que es necesario, ante un ambiente incierto, recurrir a los experimentos y los juegos para hacer modelos de la conducta individual y su impacto social.

*“The bottom line is that what is good for the individual is not always good for society, and we need to use game-theoretic and related models in order to understand the consequences of individual behavior for the entire group”* [La conclusión es que lo que es bueno para el individuo no siempre es bueno para la sociedad, y necesitamos utilizar la teoría de juegos y modelos relacionados con el fin de comprender las consecuencias del comportamiento individual para todo el grupo] (Levine 2012:127).

Mientras que la economía política clásica habla del sujeto económico que recurre al mercado para intercambiar y satisfacer sus necesidades y de esta forma dar continuidad al proceso económico; los pensadores neoclásicos abren la posibilidad a pensar en “la firma” capitalista ajena a la necesidad humana y enfocada en la máxima ganancia, como agente racional que garantiza la continuidad del proceso económico. Frente a ello Levine (2012) llama la atención a la alternativa de pensar al sujeto económico que opera a partir de sus creencias, necesidades y deseos, en un ambiente de incertidumbre y recuperar el carácter extraordinario de la conducta humana en comparación a el carácter ordinario de la dinámica de “la firma”.

### **2.2.3. Franz Hinkelammert**

Para Franz Hinkelammert (1984) la satisfacción de necesidades humanas está en la base de la dinámica histórica, "(...) toda dinámica de la historia humana nace de la satisfacción de las necesidades, pensada en referencia a la imaginación trascendental de su plena satisfacción" (Hinkelammert 1984:265), y este proceso sólo es viable a partir de la interacción entre sujetos que se reconocen mutuamente a partir de su experiencia subjetiva.

Para Hinkelammert (1984), las necesidades humanas contribuyen a establecer el marco de factibilidad de los fines últimos del actuar económico y constituyen la condición para que el hombre decida posteriormente como satisfacerlas a partir de sus preferencias y su proyecto de vida. Hinkelammert apunta que el sujeto vivo y con necesidades trasciende al sujeto práctico enfocado en los fines y preferencias, y asocia al concepto de necesidad con el sujeto vivo y actuante que transforma la naturaleza en el marco de un proyecto de vida (Hinkelammert 1984:240).

Para Hinkelammert el concepto de necesidad se vincula a la posibilidad de vida que va por encima de las preferencias o gustos. El concepto de necesidad se vuelve una exigencia para legitimar la conducta social. "La satisfacción de las necesidades, hace posible la vida; la satisfacción de las preferencias, la hace agradable. Pero, para poder ser agradable, antes tiene que ser posible" (Hinkelammert 1984:241).

Dice Hinkelammert que no hay un individuo con necesidades sino "sujetos en sociedad con necesidades", que a partir de la división de trabajo explotan y dominan a otros y cuando el concepto de necesidad es sustituido por el de preferencia, se encubre el carácter de dominación y se empobrece la relación social al perder de foco su esencia vital.

"(...) si alguien no ve más que preferencias, las diferencias de ingresos simplemente suponen el problema de una vida más o menos agradable, de mayores o menores gustos. Frente a simples preferencias no existen dominación ni explotación, ni puede haber plusvalía como resultado de la explotación; todo es un simple más o menos. Por el contrario, donde hay necesidades está en juego una relación de vida y muerte al decidir sobre la división social del trabajo y la distribución del ingreso" (Hinkelammert 1984:242).

En el discurso de Hinkelammert, ante la existencia de necesidades del sujeto corpóreo, las preferencias y los gustos no pueden ser el criterio de última instancia para alcanzar los fines; incluso si el concepto de necesidad es reemplazado por el de preferencias el problema económico de la reproducción de la vida se desplaza o se elimina.

”La satisfacción de las necesidades hace posible la vida, la satisfacción de las preferencias puede hacerla más o menos agradable. Pero para poder ser agradable, la vida “antes” tiene que ser posible” (Hinkelammert 2016:28).

Dice Hinkelammert (2016) que el encubrir la satisfacción de las necesidades por la satisfacción de las preferencias, fue resultado del proceso de abstracción de la realidad que responde a una racionalidad mercantil, propio de la construcción de la teoría económica neoclásica del siglo XIX. A diferencia de las escuelas neoclásica y neoliberal que excluyen de su marco analítico los conceptos de necesidad y utilidad vinculados a los valores de uso de las mercancías, para Hinkelammert esos conceptos son fundamentales para hacer la crítica a la racionalidad del sistema capitalista.

Para Hinkelammert (1984), el concepto de racionalidad reproductiva se realiza a partir de la concepción del mercado capitalista como un mecanismo automático de interconexión entre venta y rentabilidad que orienta las inversiones. El automatismo de mercado, señala Hinkelammert (1984), está subordinado a la contingencia de las preferencias de los consumidores y a la máxima rentabilidad de la inversión, dejando de lado la prioridad de sostener la vida, lo que equivale a que el mercado asuma un carácter de mecanismo destructor de la vida.

“... el automatismo del mercado desemboca en una completa arbitrariedad de distribución y empleo, arbitrariedad que implica ya de por sí la existencia de una tendencia constante hacia distribuciones de ingreso y estructuras del empleo desequilibradas y económicamente irracionales. Consecuentemente, el automatismo del mercado se transforma en un mecanismo destructor, en cuanto imposibilita cualquier seguridad de integración del sujeto económico en la división social del trabajo a través del empleo y la satisfacción de sus necesidades” (Hinkelammert 1984:243).

Para la teoría económica dominante, dice Hinkelammert, el mercado capitalista es el representante de la racionalidad como proceso interpersonal por encima de la racionalidad individual (Hinkelammert 1984:77). Ante esta visión, Hinkelammert cuestiona que el mercado sea un mecanismo que controla, corrige y coordina, superando las capacidades limitadas de cada individuo participante, eliminando los riesgos que la interacción humana implica, para volverse el generador del conocimiento perfecto (Hinkelammert 1984:260). La concepción de la teoría económica dominante reduce al sujeto con necesidades concretas a un objeto, limitando sus manifestaciones intersubjetiva cuando entra en contacto con otros hombres para la atención de sus necesidades.

“... toda la relación intersubjetiva no se puede dar sino a través de la actividad transformadora de la naturaleza, que como trabajo es el medio a través del cual el sujeto puede expresarse corporalmente” (Hinkelammert 1984:261).

Señala Hinkelammert (1984) que la teoría económica neoclásica encierra, al menos, una inconsistencia. Los economistas neoclásicos preocupados por construir un sistema cerrado y en equilibrio, donde cada incógnita pudiera ser resuelta por una ecuación, no tienen en cuenta que el trabajo y su contratación mediante un salario, está determinado de manera exógena por los niveles mínimos de subsistencia que no pueden ser resueltos por el mercado<sup>31</sup>. Si se reconocen los mínimos de subsistencia en el modelo de determinación de los precios, se estarían reconociendo tácitamente las necesidades de los sujetos que intervienen en la producción, y no son sólo los gustos o las preferencias del consumidor.

“... esta teoría general del equilibrio tiene que suponer la completa variabilidad del salario entre cero y alguna cantidad positiva. Es este supuesto de la variabilidad completa de los salarios el que permite reducir el problema económico a un problema de determinación de precios relativos y, por lo tanto, reducir la selección económica a un problema de preferencias subjetivas (...) este supuesto de variabilidad de los salarios supone, a la vez, que el hombre no tiene necesidades, sino únicamente gustos” (Hinkelammert 1984:68).

Si el equilibrio que propone la escuela de pensamiento neoclásica entre oferta y demanda descansa en la libre variación de los precios, al existir una restricción a la variación a la baja del salario el propio conocimiento perfecto no es una condición suficiente para alcanzar un sistema de precios que garanticen el equilibrio de mercado.

El planteamiento de Hinkelammert (1984) apunta a que los modelos usados por las escuelas dominantes en economía durante el siglo XX no representan la realidad<sup>32</sup> y parten de principios imposibles de cumplir en el plano empírico. Hinkelammert acuña el concepto

---

<sup>31</sup> Hinkelammert señala que en la teoría del valor de la economía clásica, descansaba en el valor de uso. En primera instancia para ordenar la producción, división del trabajo e intercambio que permitiera la reproducción de la vida, y en segunda instancia a través de la teoría clásica del salario vinculado al concepto de subsistencia (Hinkelammert 1990)

<sup>32</sup> Como lo señala Arellano (2009) el planteamiento del conocimiento perfecto en la escuela neoclásica y posteriormente en la neoliberal responde a una idealización de las instituciones del capitalismo que implica una falsa utopía que termina sacrificando a los seres humanos..

de Principios Empíricos Generales de Imposibilidad<sup>33</sup>, que destaca que la imposibilidad empírica está por delante de la imposibilidad lógica; la vida se convierte en consecuencia en el límite de la acción humana<sup>34</sup>. En el discurso de Hinkelammert, la cuestión es recuperar a la reproducción de la vida humana concreta y no sólo de forma imaginada, como el problema esencial de la economía política; dice Hinkelammert:

“Las finalidades últimas son, de hecho, una sustitución del ámbito de las necesidad como origen de la especificación de los fines, por conceptos completamente vacíos. Las proyecciones límites nacen precisamente del ámbito de necesidad como soluciones definitivas imaginadas de la satisfacción de las necesidades” (Hinkelammert 1990:19).

En ese sentido, la teoría de las finalidades humanas debería ser la base para el diseño de los fines y de las instituciones que ayuden en su logro, tanto técnica como socialmente.

“Las finalidades tienen que ser transformadas en fines, para que la acción humana las pueda perseguir. Como fines concretos, entran en el ámbito de la acción, y por lo tanto, en el ámbito de los medios a través de los cuales se cumple con los fines (...) La relación entre medios y fines es una relación técnica, y la relación entre fines concretos y finalidades es de supeditación” (Hinkelammert 1990:14).

En el capitalismo del siglo XX, señala Hinkelammert (1990), al perderse de vista las finalidades y pretender sólo enfocarse en lo instrumental, se renuncia a la elaboración de un horizonte hacia donde orientar la conducta económica y la elaboración racional de una teoría de los valores (Hinkelammert 1990:17); cuando Hinkelammert habla de la teoría de los valores, lo hace desde la perspectiva de la ética, en tanto relación intersubjetiva (Hinkelammert 1990:92). En el marco de la teoría de los valores, la actuación humana debe

---

<sup>33</sup> “Los PEGI son juicios empíricos, categóricos, apodípticos, no falsables, de validez científica, lógicamente posibles, fácticamente imposibles, contrastables y evaluables” (Arellano 2009:116).

<sup>34</sup> Señala Arellano (2009) que: “Para Hinkelammert este descubrimiento de los Principios de Imposibilidad es fundamental. Señalan los límites de toda acción humana posible y permite destruir la ilusión trascendental. Pero a diferencia de Popper, para Franz estos PI no son de imposibilidad lógica, sino de imposibilidad empírica, por ello los PI que Popper llamaría Principios Generales Lógicos de Imposibilidad, Franz Hinkelammert los llama Principios Generales Empíricos de Imposibilidad o Principios Empíricos Generales de Imposibilidad (PEGI-PI)” (Arellano 2009:115).

recuperar al trabajo como una relación intersubjetiva para la persecución de un fin concreto, esencialmente para la producción de valores de uso.

“El proceso de trabajo es la relación entre un sujeto determinado del trabajo, que se encamina hacia el logro de un fin, que es un valor de uso, y que cuenta con los medios técnicos para alcanzarlo. Es el trabajo humano concretizado en un proceso de trabajo determinado” (Hinkelammert 1990:20).

Para Hinkelammert (1990:17), el trabajo es el resultado del proceso en el que el sujeto se ve enfrentado a un ámbito de necesidades como fenómeno natural. El trabajo se entiende como acción transformadora de la naturaleza para satisfacer las necesidades materiales humanas que garantizan su vida. En ese sentido, Hinkelammert señala que la relación entre el trabajo y la satisfacción de necesidades puede ser entendida como un metabolismo natural, en el que la naturaleza es humanizada por el trabajo<sup>35</sup>.

La relevancia de satisfacer las necesidades concretas de los productores marca la factibilidad de la división social del trabajo, ya que sólo la posibilidad de generar un producto suficiente para la subsistencia de largo plazo justifica la división del trabajo.

“Como última instancia la factibilidad, se trata exclusiva y únicamente de la subsistencia material, o de la posibilidad de reproducción material de la vida humana. Si ella no se cumple, la complementariedad pierde todo su sentido. Es un elemento subordinado a esta exigencia material básica (...) así la condición de posibilidad del sistema total es la reproducción material de la vida de sus productores. Si no es capaz de asegurar, por lo menos, este mínimo, el sistema de división del trabajo mismo desaparece por muerte natural y, con él la propia sociedad humana” (Hinkelammert 1990:29).

Retomando a Marx, Hinkelammert (2016) habla del concepto de necesidad como una construcción histórica inseparable del proceso de producción (Hinkelammert 2016:24). De ahí el planteamiento de una economía para la vida que reconoce a un sujeto natural, corporal y de necesidades, entendiendo al hombre como “cuerpo social, cultural y espiritual” (Hinkelammert 2016:27).

---

<sup>35</sup> Para Hinkelammert, señala Arellano (2009:118), el ser humano tiene una tendencia a transformar la naturaleza y la sociedad en la búsqueda de satisfacer sus necesidades. El hombre mediante su acción trasciende su entorno no porque tenga un fin en si mismo, sino porque es un ser con necesidades y a través de la intervención en la naturaleza las satisface; pero su actuación está restringida al marco de lo posible según su realidad.

La economía para la vida, dice Hinkelammert, estaría enfocada a la producción y reproducción de las condiciones de vida del individuo en sociedad, y las relaciones institucionales serían los mecanismos que garantizarían la supervivencia. Para Hinkelammert el diseño y desarrollo de las instituciones responde a la praxis del sujeto libre, que crea valores y se objetiva en sus relaciones sociales, en tanto sujeto libre que interpreta y transforma la realidad de manera sistemática en función de la vida humana (Hinkelammert 2016:26).

Hinkelammert (2012) señala que para que el hombre garantice su sobrevivencia, es necesario que se libere de la “compulsión del cálculo de la utilidad”, y relacionar la utilidad con el significado de útil y bien común. De esta forma, reconoce el desdoblamiento del concepto de utilidad; la utilidad como cálculo individual, como cálculo de mercado y la utilidad para la autorrealización del hombre como humanidad.

“Lo que se expresa es la vida, que enfrenta al cálculo de utilidad para subordinarlo. Se trata del bien común, que es el bien de todos y por eso el bien de cada uno, pero que no se puede expresar por medio del cálculo de utilidad de cada individuo, con el cual está constantemente en conflicto” (Hinkelammert 2012).

La visión del hombre como ser natural asociado a necesidades que debe satisfacer en función de su utilidad concreta, se contraponen a la visión de la escuela económica dominante que habla de un agente con preferencias cuyo nivel de satisfacción sirve para ordenar sus decisiones a partir de la utilidad abstracta. La finalidad de la utilidad abstracta es el intercambio mercantil para el intercambio de bienes, sin tener en cuenta el valor de uso y la utilidad concreta de los mismos.

Señala Hinkelammert (2016) que en el mercado capitalista se hace la abstracción del valor de uso como utilidad concreta, y se reemplaza por la utilidad abstracta; Hinkelammert apunta que esta contradicción entre utilidad concreta vs. utilidad abstracta es la base de la crítica marxista a la economía política del capitalismo, y avanza en una segunda crítica al proponer que en la utilidad concreta se reconozca el carácter ontológico del valor de uso, además de hacer explícita la doble función del trabajo humano en tanto generador de valor de uso y de valor (Hinkelammert 2016:244).

Hinkelammert trasciende el concepto de necesidad concreta y específica, y pone en el centro de atención al principio de la vida humana, como el núcleo de una nueva economía política. Para ello identifica que el contenido del concepto de necesidad responde al ciclo natural de la vida y a la integración del ser humano en sociedad, y lo supera como concepto a priori a la vida misma.

“Para “elegir”, antes que nada hay que poder vivir, y para ello hay que aplicar un criterio de satisfacción de las necesidades a la elección de los fines. Estrictamente hablando, el ser humano (en cuanto sujeto corporal) no es libre para elegir (preferencias), sino libre para satisfacer sus necesidades” (Hinkelammert 2016:28).

De igual manera, en su planteamiento alternativo, Hinkelammert (2016) propone una teoría de la acción racional, que supere la visión de la racionalidad medio-fin, y se enfoque a la racionalidad reproductiva de la vida. La racionalidad instrumental (medio-fin) en la teoría capitalista subordina al trabajo humano para garantizar la vida, al trabajo productivo para generar ganancias; por lo que sólo en la medida en que el proceso de trabajo sea entendido como generador de valores de uso por encima de valores de cambio, se podría hablar de una racionalidad productiva donde predomine el sentido de la vida humana.

Hinkelammert (2016) distingue entre la racionalidad formal y la racionalidad real; lo que marca la diferencia entre una y otra responde a cómo se entienden los conceptos de utilidad y necesidad en la teoría. La racionalidad formal que critica Hinkelammert (2016), se relaciona con una racionalidad instrumental (medio-fin), donde el agente económico se guía por gustos y preferencias; los fenómenos son homogéneos, cuantitativos, abstractos, simples, y se manifiestan en el intercambio de mercancías. En la racionalidad formal<sup>36</sup> lo relevante es el valor de cambio de las mercancías y el sistema de precios es el mecanismo de mercado para la regulación; los procesos de trabajo se conciben en abstracto, y el trabajo es sólo una mercancía más, un factor de la producción retribuido por un salario determinado por el criterio de escasez.

La racionalidad concreta que propone Hinkelammert (2016), corresponde a una racionalidad con arreglo a valores vitales (fines y finalidades); donde el sujeto económico es un sujeto necesitado, un hombre de necesidades -dice Hinkelammert-, que enfrenta

---

<sup>36</sup> La *racionalidad formal*, a que hace referencia Hinkelammert está asociada al concepto de *racionalidad de la acción económica* de Weber. “Desde este punto de vista (Weber) distingue dos tipos de racionalidades. La primera es la formal. Se trata de la racionalidad medio-fin en su forma puramente instrumental. Su expresión más alta es el cálculo monetario del mercado(...) A esta racionalidad él contraponen la racionalidad material, esto es la racionalidad según contenidos (...) toda acción humana se guía por alguna racionalidad material en el grado en el cual no está determinada por la racionalidad formal. Todos los juicios de valor son, según Weber, juicios orientados por alguna racionalidad material” (Hinkelammert 2012:104)

fenómenos heterogéneos, cualitativos, concretos, complejos, y que se manifiestan en procesos organizativos para la reproducción humana. En la racionalidad concreta lo relevante es el valor de uso de las mercancías; la regulación de la división social del trabajo se da a partir de reconocer que se trata de trabajos concretos y diversos, y que el ser humano es en esencia un productor que busca satisfacer sus necesidades determinadas socialmente (Hinkelammert 2016).

Señala Hinkelammert (2016) si se especifica la necesidad, el proceso de trabajo en abstracto puede alcanzar su fin y se logrará transitar de una utilidad abstracta a una utilidad concreta. Poner al sujeto necesitado, al sujeto de necesidades, por encima del *homo economicus* implicaría asumir que las necesidades se refieren a la condición de vida del sujeto (productor-consumidor), por encima de la visión de un consumidor con inclinaciones psicológicas y preferencias de consumo, como ocurre en la escuela económica dominante.

“Si se hace abstracción del hecho de que el valor de uso decide sobre la vida o la muerte, lo que resulta en un producto de consumo (un bien) que establece con el consumidor una simple “relación de preferencia” (Hinkelammert 2016:34).

En consecuencia, para Hinkelammert se debe recuperar la forma de valor de uso como el elemento central de la teoría del valor, en tanto que el “El concepto del valor de uso se refiere al producto del proceso económico, en cuanto es visto como parte del proceso de vida del ser humano” (Hinkelammert 1990:93).

La preocupación por el ser humano como sujeto con necesidades, dice Arellano (2009), lleva a que Hinkelammert señale que todo proyecto de vida debe descansar en la satisfacción de las necesidades, en tanto principio de factibilidad de la actuación humana, y criterio superior que contrapone al sujeto vivo con el sujeto práctico.

“En efecto, para *vivir* hay que *poder vivir*, y para ello hay que aplicar un criterio de satisfacción de necesidades a la elección de los fines. Y siendo el sujeto un ser natural, esta satisfacción de necesidades tiene una raíz insustituible basada en la propia naturaleza humana. Sea cual sea el proyecto de vida, éste no puede ser realizado si no asegura los alimentos para vivir, vestido, casa, etc. (...) En tanto y en cuanto el sujeto vivo trasciende al sujeto práctico, las necesidades trascienden a la elección de los fines. Así pues, la retroalimentación por las necesidades del marco de factibilidad de los fines” (Hinkelammert 1984:240).

Hinkelammert (1984), apunta que si las instituciones -pensando en el mercado- se orientaran a atender las necesidades básicas de la vida, reconociendo las relaciones

intersubjetivas, se volverían en instituciones mediadoras y subsidiarias de la subjetividad de las relaciones humanas.

“... la dinámica de este proceso proviene de la imaginación trascendental como idealización de la satisfacción subjetiva de las necesidades, que plantea, por la mediatización institucional, el cambio de las mismas instituciones” (Hinkelammert 1984:264).

Finalmente, si no se logra recuperar el principio de satisfacer las necesidades humanas como condición para construir proyectos sociales y económicos, se corre el riesgo de perder el sentido de la vida y convertir y mantener al ser humano en una abstracción.

### **2.3. Conclusiones preliminares**

En este capítulo se destacó la crítica a la economía política hecha por Marx, respecto a la concepción de los pensadores clásicos sobre el carácter natural de las relaciones económicas y el papel que se le otorgó al individuo despojado de sus determinantes históricas y sociales, lo que Marx denominó las “robinsonadas dieciochescas”; se realizó el seguimiento desde los “Grundrisse” hasta “El Capital”, de los conceptos de necesidad y utilidad, la construcción del concepto de valor en tanto utilidad mediada por el trabajo, y la representación de las necesidades en la forma de valor de uso de la mercancía.

De la lectura de Karl Marx se reconoce que las necesidades son esencialmente sociales, como manifestación de las relaciones intersubjetivas, dejando de lado la interpretación de que las necesidades humanas sin la manifestación de individuos aislados movidos por sus instintos naturales; para Karl Marx sin necesidad no hay producción, pero sin producción no hay necesidades.

En la “Contribución a la Crítica de la Economía Política”, Marx señala que el consumo está asociado a la producción al asumir que es el objetivo último de la actividad económica y motor del proceso productivo (Marx 1982:14). La identidad entre consumo y producción se puede manifestar de tres formas: como identidad inmediata, es decir como producción consumidora o consumo productivo; como dependencia recíproca, cuando la producción crea un objeto exterior a ser consumido y el consumo crea una necesidad interior que debe ser satisfecha en la producción, y como identidad única cuando la realización de uno implica la realización del otro.

La actividad productiva desde la perspectiva de Marx es una actividad normal de la vida, un proceso social de vida. El trabajo aplicado por el sujeto genera valor y valores de uso; el primero cuenta en términos cuantitativos, medido por el tiempo de trabajo humano abstracto, y el segundo en términos cualitativos como satisfactor de necesidades.

Apunta Marx que la producción motivada por la necesidad no sólo produce bienes, sino que genera también al propio consumidor mediante el desarrollo de nuevas capacidades y habilidades; de ahí que el hombre con sus necesidades sea también un producto de la historia, por encima de las condicionantes naturales. Para Marx la producción produce el objeto de consumo, el modo de consumo y al sujeto que consume (Marx 1982:13).

En el pensamiento de Karl Marx el proceso económico es una totalidad integrada, cuyos elementos: producción–intercambio–consumo, manifiestan de manera diferenciada las necesidades humanas. En la producción el hombre transforma la naturaleza para responder a sus necesidades; en el intercambio atiende a sus necesidades en función de las reglas sociales de distribución de la riqueza, y finalmente, en el consumo se realiza la apropiación del valor de uso producido, momento en el que el sujeto ejerce su subjetividad en el consumo.

El intercambio es el momento mediador del proceso económico, desde la “objetivación” del sujeto en la producción a la “subjetivación” en el consumo y para lograr el intercambio, las mercancías deben ser reconocidas como útiles; si un bien no es considerado útil socialmente no es producido. Los bienes, señala Marx, sólo son útiles desde la perspectiva social; la utilidad es una construcción social y la manera de reconocer un bien como útil depende tanto de sus características físicas como de los condicionamientos sociales y las formas y modos de consumo en boga. Si las necesidades cambian como parte de los procesos históricos, entonces también el concepto de utilidad se modifica con el devenir del tiempo, no es estático, ni natural sino una construcción social.

Apunta Marx en los “Grundrisse”, que en el sistema capitalista el hombre no produce valores de uso para su disfrute sino mercancías para el intercambio, donde la mercancía debe manifestarse como valor para poder realizarse como valor de uso; es decir, en el sistema capitalista, la realización del valor de uso de la mercancía requiere poner a la utilidad por delante de la necesidad. En el proceso de intercambio para que el valor de uso de la mercancía alcance su finalidad en la satisfacción de necesidades, debe renunciar a su carácter de bien concreto y asumirse sólo como valor.

Para Marx, el valor es la utilidad mediada por el trabajo, que no responde a las propiedades físicas de los bienes, sino a determinaciones sociales e históricas. La esencia de las mercancías es el valor, utilidad mediada por el trabajo, que hace abstracción del valor de uso de los bienes, y es producto del trabajo humano abstracto, indiferenciado, ajeno a su capacidad de producir bienes concretos.

El proceso de intercambio implica, en consecuencia, establecer una relación de valor entre las mercancías que Marx denomina en “El Capital” (Marx 1981) como “el lenguaje de las mercancías”. Asimismo, en el proceso de intercambio se identifica una mercancía especial, el dinero, denominada “forma de equivalente social-general de valor” que no contiene la dualidad valor y valor de uso, ya que en si mismo es valor, es decir utilidad mediada por el trabajo.

Aún cuando los economistas clásicos, particularmente David Ricardo, distinguieron entre las formas de valor de uso y valor de las mercancías, asimilaron que el valor es un atributo exclusivo de las cosas, mientras que el valor de uso es una preocupación propia de los hombres. Esta concepción implicó el encubrimiento de las relaciones sociales que subyacen en el proceso económico, presentándolas como relaciones entre cosas, que sienta las bases para un proceso de enajenación del productor-consumidor de las condiciones reales y concretas de la economía. Ante esa condición, la emancipación humana tendría que pasar por reconocer la necesidad práctica, humanizándola y superando el sesgo negativo del concepto de necesidad (Marx 1982a).

En el planteamiento de Marx, el sujeto económico actúa a partir de lo “viviente”, lo concreto y necesario para la vida y, a partir de ello avanza en la elaboración de categorías abstractas relativas al diseño y formalización de los sistemas económicos. Si las necesidades son los elementos simples del sistema económico, es a partir de ellas y mediante el método científico, como se llega a categorías más complejas como el valor. Marx (1982) apunta a que el proceso de pensamiento se genera a partir del sujeto concreto, real y con necesidades, dando como resultado nuevo conocimiento.

De la crítica de Philip Mirowski a la economía entendida como ciencia *cyborg*, se destaca la pérdida del enfoque de la economía real y el sujeto con necesidades en favor de la economía digital y reducida a experimentos en los que participan autómatas o *cyborgs* de inteligencia cero.

Mirowski critica a la economía neoliberal dominante que se piensa a si misma como una ciencia que combina y sintetiza los protocolos de las ciencias de estudio de la naturaleza y de las relaciones sociales. La principal crítica radica en la pérdida del sujeto concreto y subjetivo, generador de conocimiento para convertirse en autómatas diseñados a partir de los principios de la cibernética y la transformación del mercado de un espacio para realizar el intercambio de mercancías y satisfacer necesidades, a un generador propio de necesidades.

Se recuperó el planteamiento de Mirowski de que en la construcción de las teorías, los discursos no sólo apuntalan a lo que parece sustancial en la teoría misma, sino que también relegan y descartan aquellos elementos que no les son funcionales. En ese sentido, se puede decir que la teoría neoclásica y neoliberal excluyeron el concepto de necesidad y re-significaron el de utilidad para responder de manera adecuada al episteme dominante de la cibernética, en la primera mitad del siglo XX.

Del acercamiento a los planteamientos de Mirowski (1999), se desprende que la economía al transformarse en una física social, eliminó los fundamentos históricos y sociales, omitiendo todo vínculo con los aspectos subjetivos de la actuación humana. En la escuela clásica, la forma de valor de la mercancía se igualó al concepto de energía; en la neoclásica la energía se asimiló al de utilidad y en la visión neoliberal hasta ahora dominante, se equiparó al de información.

La escuela neoliberal iguala el concepto de energía al de información, que garantice la operación del mercado mediante la gestión de información, manifestado en preferencias de consumo y sistemas de precios. En el modelo neoliberal, el mercado es un espacio de información descentralizada, que no requiere de un sujeto que conozca para tomar decisiones, sino de un autómatas o *cyborg* que incluso disponga de inteligencia cero.

La teoría económica dominante omite las preguntas claves de la economía real, la producción, la distribución de la riqueza y la satisfacción de necesidades; para ubicarse en el plano de lo virtual y de lo intangible. De igual forma, el sujeto con sus determinaciones históricas y sociales es excluido del proceso económico y sustituido por un *cyborg* o autómatas que sintetiza, en términos de Mirowski (2002), lo humano y lo inhumano, lo animado e inanimado; la finalidad de la disciplina económica se desdibuja.

Para la economía contemporánea, señala Mirowski, el mercado es la institución más importante, pero se ha convertido en un mecanismo procesador de información, generador de conocimiento en sí mismo, y ha dejado de ser el espacio donde el consumidor obtiene lo que quiere, para convertirse en la institución que le da a la gente lo que se supone debe querer (Mirowski 2017). En el capitalismo del siglo XXI la teoría económica descansa en la pérdida de conocimiento del sujeto a favor de la información en el mercado.

Por su parte Levine (1986) hace notar que el sistema capitalista, bajo su enfoque científico y mecánico, debe garantizar la coherencia, concurrencia y continuidad del proceso sin depender de elementos extraeconómicos. En ese sentido, el carácter concreto y extra-económico de las necesidades humanas genera una inconsistencia del modelo, ya que no

existe algún mecanismo que garantice la reproducción de las necesidades, en sí mismas contingentes, para dar continuidad al sistema.

Desde la perspectiva de Levine, cuando los procesos económicos se igualan a sistemas mecánicos se agudiza el alejamiento del sujeto concreto y con necesidades de la actividad económica. La preocupación ahora no es el sujeto sino la continuidad del sistema y para ello el sujeto es sustituido por “la firma”, figura que garantiza con su sobrevivencia la continuidad del sistema a diferencia del sujeto que busca satisfacer necesidades naturales, determinadas fuera del sistema.

Levine señala que en las visiones de las escuelas económicas clásica y neoclásica se reconoce a la economía como un sistema, donde el agente económico es el capitalista que opera en un mercado competitivo a partir de un sistema de precios; sin embargo, el capitalista no tiene interiorizado el concepto de reproducción o recurrencia de las mercancías como uno de sus objetivos centrales, sino sólo la búsqueda de la ganancia, lo que pone en cuestión la continuidad del sistema en términos teóricos.

Apunta Levine, que aún cuando la teoría económica neoliberal dominante prescindiera del sujeto económico y lo sustituya por un autómata completamente racional en el marco del sistema, la realidad se impone y no puede suprimirse al sujeto irracional que sigue operando a partir de sus creencias, necesidades y deseos, por lo que el sistema no es completamente coherente, concurrente y continuo, sino que está cargado de altos niveles de incertidumbre.

Otro de los conceptos que se trastoca en este proceso de construcción de la teoría económica como ciencia, es el mercado, que abandona su significado de espacio pasivo de intercambio de las mercancías, a un elemento activo del sistema, capaz de generar información en detrimento del conocimiento de los individuos.

Por su parte, el planteamiento teórico de Franz Hinkelammert vuelve a poner en el centro de la discusión a la economía como una disciplina en donde lo relevante es la intersubjetividad humana y el fin último garantizar la vida. Hinkelammert al igual que los economistas clásicos recupera el concepto de valor de uso pero como condición de factibilidad para el funcionamiento del proceso económico.

Hinkelammert (1984) argumenta que la búsqueda de la satisfacción de las necesidades humanas ha sido la base de la dinámica histórica que no puede entenderse sin el sujeto vivo y con necesidades, por encima del sujeto práctico que procura preferencias. El concepto de necesidad funciona en economía como criterio de última instancia para la actividad humana, ya que sin vida se agotan todas las posibilidades.

Para Hinkelammert el concepto de necesidad responde, al igual que en Marx, a una construcción histórica, producto del binomio producción-consumo, donde el sujeto que produce es el actor determinante para definir los fines últimos de la actividad económica.

En el discurso teórico de Hinkelammert, el concepto de necesidad es la base de la dinámica histórica, y está asociado al sujeto vivo trascendiendo al sujeto práctico, y las necesidades están asociadas a la posibilidad de la vida, por lo que se vuelven un eje rector de la conducta social.

Señala Hinkelammert que en el capitalismo se hace abstracción del ser humano como agente económico enfocado en resolver sus necesidades concretas, y se le convierte en un factor más de la producción, despojándolo de su capacidad, aislándolo socialmente para convertirlo sólo en un consumidor.

Hinkelammert crítica a la racionalidad económica neoclásica y neoliberal que asumen que el mercado capitalista es un mecanismo automático que hace confluir las preferencias de los consumidores y el máximo beneficio de los inversionistas, y subraya que ese automatismo deja de lado el fin último de la actividad económica que es la sostenibilidad de la vida, por lo que se vuelve un mecanismo destructor.

En el planteamiento de Hinkelammert aparece un principio esencial: volver los ojos hacia una economía real, una economía para la vida, que no omita las necesidades del hombre como ser social y su interacción con la naturaleza. Hinkelammert recupera la preocupación por resolver el problema económico básico, entendido como la satisfacción de necesidades, en tanto construcciones sociales, a partir de los procesos de interacción humana, donde la incertidumbre y la ausencia de conocimiento perfecto son las condiciones para el intercambio en todos los sentidos, no sólo económico, sino cultural y social.

Hinkelammert habla del sujeto real, construido a partir de la praxis; habla del sujeto en comunidad y lo asume como el sujeto necesitado que debe generar riqueza para satisfacer sus necesidades determinadas históricamente. Al tomar este camino, el análisis no va de la necesidad y la mercancía a la ley de valor; sino desde la necesidad, el valor de uso y la satisfacción y recreación de las necesidades humanas (Hinkelammert 2016).

Franz Hinkelammert recupera los conceptos de necesidad y utilidad en la construcción de las categorías analíticas del capitalismo, y a partir de la distinción entre utilidad concreta y utilidad abstracta y los conceptos de racionalidad formal y concreta hace evidente las inconsistencias lógicas de la teoría capitalista, particularmente la neoliberal, y su imposibilidad empírica.

En el discurso de Hinkelammert (1990), la necesidad rige sobre el trabajo. Las necesidades humanas definen los fines específicos y concretos, y dan pie al binomio necesidades-producción, donde la voluntad del productor está supeditada a la satisfacción de las necesidades. El trabajo enfocado a un fin determina al sujeto, en términos de sus capacidades técnicas, pero sobre todo en el marco de sus valores y comportamiento.

Hinkelammert recupera la propuesta teórica de Marx, poniendo en el centro de sus reflexiones al ser humano y sus necesidades. Las manifestaciones del sujeto están supeditadas a la satisfacción de las necesidades, y la propia transformación de la naturaleza es producto de esa intención, sólo limitada por la realidad. Recuperando la tradición marxista, dice Arellano (2009), Hinkelammert asume que las necesidades del hombre son aquellas que sólo pueden ser resueltas socialmente ya que deben ser mediadas por las instituciones que se han creado para su ideal satisfacción.

Hinkelammert propone recuperar el carácter intersubjetivo de la actividad económica para procurar la utilidad concreta, vinculada a la satisfacción de las necesidades vitales del ser humano, por encima de la utilidad abstracta pensada para el intercambio mercantil. El cambio de visión hacia una economía para la vida implica reconocer una racionalidad material, en oposición a una racionalidad formal y destacar el principio de que sólo la vida y su reproducción es la condición de factibilidad del proceso económico.

Señala Hinkelammert que cuando las instituciones se orienten a satisfacer las necesidades de la vida, como un ejercicio intersubjetivo; el mercado sea subsidiario de las relaciones humanas, y se sustituya la racionalidad formal por la racionalidad concreta, será posible recuperar a la vida como finalidad última de la conducta económica.

### **CAPÍTULO 3. CONCLUSIONES GENERALES**

Esta tesis partió de la hipótesis de que la sustitución del concepto de necesidad por el de utilidad en la teoría económica fue motivada por la intención de que la economía fuera reconocida como una ciencia objetiva y neutral, ajena a criterios valorativos, lo que implicó expulsar de su marco teórico el concepto de necesidad y resignificar el de utilidad.

Se identificaron tres objetivos específicos: realizar un acercamiento a la historia de la teoría económica capitalista a partir de la forma en que se entendían los conceptos de utilidad y necesidad en los marcos teóricos de las escuelas de pensamiento clásica, neoclásica, neoliberal y marxista; estudiar la contradicción y enfrentamiento entre el valor de uso y valor de las mercancías en los términos planteados por Marx en su crítica a la economía política; reconocer que la teoría económica del capitalismo al desconocer al sujeto y sustituirlo por el individuo, renuncia a la idea de que la generación del conocimiento es una manifestación humana y la cede a favor del mercado como la institución más lograda del capitalismo, subordinando la gestión económica a la administración de información.

Como resultado de ese trabajo se desprende la pertinencia del método de análisis de Karl Marx para distinguir entre valor de uso y valor de la mercancía como la contradicción que separa -y esconde – a los conceptos de necesidad y de utilidad; se recupera el carácter histórico del sujeto en sustitución de las “robinsoneadas” de pensar al individuo sin historia; se destaca el carácter histórico de la construcción de las necesidades concretas de los hombres y se recupera la visión de Hinkelammert de una economía para la vida.

De manera específica, con este trabajo se pudo confirmar que la sustitución de los conceptos de necesidad humana por el de utilidad acompañó la transformación de la economía de una disciplina de corte moral a una ciencia según los parámetros de los epistemes dominantes a partir del siglo XIX. La sustitución del concepto de necesidad humana por el de utilidad, despojó a la economía de la intersubjetividad de las relaciones sociales, para convertirla en un sistema que se auto-reproduce independientemente de la realidad y de los hombres.

Como producto de la investigación se puede concluir que la diferenciación entre los conceptos de necesidades y utilidad no sólo responden al interés de los economistas por construir una ciencia social, sino al principio de que la economía estudia la interacción de individuos naturales, aislados, egoístas y sin historia. Al dejar de lado al hombre con sus necesidades, para pensar en el individuo determinado por el mercado a través de la satisfacción de sus preferencias, se supone que las necesidades humanas responden a una pulsión que motiva la actuación del individuo, situación que ocurre en el plano íntimo

y privado, por lo que no debe ser de interés para la ciencia económica que se asume como objetiva y neutral.

Aún cuando los teóricos de la escuela clásica del siglo XIX parten del individuo para estudiar a la sociedad capitalista, elaboran los conceptos de necesidad y utilidad desde una perspectiva analítica atractiva, que contrasta con la visión austera de los representantes de la escuela neoclásica. Destaco la forma en que Adam Smith elabora sobre la intencionalidad de la conducta humana, que va más allá de procurar un bien útil en lo material, para concentrarse en las formas y modos en que los individuos se asocian y organizan, a partir del principio moral de “simpatía” para lograr la “belleza” de las formas de organización de los individuos. La interpretación de Smith del concepto de utilidad era esencialmente moral, vinculada al valor de la conducta humana, sin ser omiso de la materialidad de la economía, al reconocer que el valor de uso de los bienes es el límite del valor de cambio de las mercancías en el mercado.

Por otra parte, para David Ricardo el concepto de necesidad en sí no requería de mayor análisis, al estar determinado de manera externa al sistema económico como una manifestación natural de los individuos. David Ricardo reconoce que el productor-consumidor recurre al mercado por su deseo de satisfacer necesidades y para ello requiere de una unidad de medida que no fuera contingente, para facilitar el intercambio entre bienes equivalentes; es decir que las mercancías contaran con valor (homogéneo y comparable entre mercancías) que pudiera ser manifestada como valor de cambio en el mercado. A diferencia de Adam Smith, que asignaba una connotación moral al concepto de utilidad y su manifestación como valor; David Ricardo concibe a la utilidad en tanto valor de las mercancías como una manifestación natural, resultado del trabajo aplicado a la producción de los bienes.

Las escuelas neoclásica y neoliberal trascienden la idea clásica de que el proceso económico se asimila a un sistema natural, regulado por la conducta racional de los individuos, y proponen que la producción capitalista y la sociedad burguesa que la representa son producto de un proceso evolutivo y esencialmente cultural. En tanto proceso evolutivo, las conductas humanas se asumen como reguladas por principios naturales, que se reflejan en sus necesidades y preferencias, así como en otros principios que ordenan a la sociedad capitalista, tales como libertad individual, propiedad privada, competencia de mercado, industriosisidad de los productores.

Mientras que para los clásicos la determinación de útil y utilidad de las mercancías ocurría desde el proceso de producción, en las escuelas neoclásica y neoliberal se desplaza al

espacio del mercado; de esta forma, el mercado y su sistema de precios terminan siendo los determinantes de las necesidades de los individuos. La escuela neoclásica reconoce al individuo como un *homo economicus* que se conduce de manera racional; para Léon Walras la conducta de los individuos es capaz de influir en el mercado presionando al sistema de precios a partir de la intensidad de sus deseos por adquirir bienes, mientras que para Gustav Cassel el individuo se alinea a las señales que recibe del mercado (los precios) y de esta forma jerarquizar la atención de sus necesidades.

La escuela neoliberal subraya la visión del mercado como la institución más avanzada del capitalismo, presentándolo como la expresión última del proceso evolutivo de la sociedad, capaz de auto-regularse y auto-reproducirse y de generar “su propia oferta y demanda” (Dussel Peters 1997), independientemente del individuo y sus necesidades o las condiciones materiales y sociales que acarree la producción capitalista.

En la escuela neoliberal el comerciante es el agente capaz de ver más allá de la necesidad concreta del individuo en las comunidades tribales cercanas, y que puede especular sobre las necesidades y deseos potenciales de consumidores desconocidos y lejanos e incluso futuros. En esta lógica, el motor de la evolución de las sociedades es el comerciante que se arriesga, y que a partir de la actividad mercantil es capaz de interpretar la utilidad abstracta determinada por el mercado por encima de la utilidad concreta del individuo, o como diría Bolívar Echeverría (1998), el empresario que se asume como “un aventurero, como un hombre que arriesga su vida en la consecución de un fin altruista; como un héroe romántico que, por encima de la meta del enriquecimiento, persigue, incomprendido, el perfeccionamiento del conjunto de los valores de uso de la comunidad a la que pertenece y en consecuencia la felicidad de la misma (Echeverría 1998:70)

El mercado es ajeno no sólo al individuo de la escuela clásica, sino al hombre con sus necesidades concretas. El mercado y su sistema de precios sustituyen a las necesidades humanas y proponen nuevas reglas de operación del sistema, con el argumento de que su finalidad va más allá de satisfacer las necesidades concretas e inmediatas de los individuos en favor de las utilidades abstractas del mercado de una sociedad evolucionada; esta concepción subordina al hombre al mercado ya que no es libre de producir lo que necesita y requiere, sino aquello que el mercado garantiza que se puede vender, influyendo en el hombre para generarle nuevas necesidades y apetencias.

Para la economía neoliberal dominante, el mercado se vuelve entonces en “la única y exclusiva realidad” que determina las conductas de los individuos, producto de un orden espontáneo natural que no requiere de la conciencia del individuo para su operación. La

pérdida de materialidad de la actividad económica que supone la escuela neoliberal, influye en la forma de entender cómo se genera el conocimiento y se hace ciencia. La ciencia neoliberal aplicada a la sociedad se refiere a “fenómenos complejos”, enfocados en el desarrollo de modelos hipotéticos de mundos posibles ajenos al hombre concreto (Dussel Peters 1997).

La influencia de las ciencias *cyborg* en la economía, para convertirla en una síntesis de lo natural y lo social, de lo animado e inanimado, de lo concreto y material con lo inmaterial ha implicado, como lo señala Philip Mirowski, que la economía pierda su enfoque humano para convertirse en un juego de autómatas o *cyborgs* que responden a las características de los mercados que se diseñen de manera específica. Las ciencias *cyborg* responden al enfoque neoclásico de la sociedad y la economía, y la complejidad a que hacen referencia los neoliberales puede ser reconocida en la visión de la economía *cyborg* donde la experiencia mercantil corresponde esencialmente a la gestión de información.

En la economía *cyborg* se ha llegado al punto de, por un lado “naturalizar<sup>37</sup>” las relaciones económicas, y por otro hacer que lo artificial se vuelva natural; ahora el agente económico puede ser un autómata, diseñado científicamente, desplazando al ser humano con su subjetividad e historia del papel central en las relaciones de la nueva economía. En este contexto la nueva economía no tiene nada que ver con lo complejo de las relaciones histórico-sociales y lo propiamente humano.

Aunque la economía es algo más que el diseño de modelos o experimentos, se ha caído en la tentación de construir modelos como si de pequeños mundos se tratara, “*mundos virtuales* que emergen como sistemas *subrogados* que pueden ser usados como *representativos* de algunos de los sistemas que componen el mundo” (García 2015:VII), y en tanto sistemas subrogados de la realidad se pueden constituir en representantes de la verdad. Sin embargo, esos “realismos locales” existen sólo en tanto son validados por los epistemes dominantes.

La visión de la economía *cyborg* implica la pérdida del sujeto concreto de la economía real, asume que los agentes disponen de racionalidad limitada y reconoce al mercado como el gran gestor de información. De esta forma, la economía contemporánea se caracteriza por

---

<sup>37</sup> Entiendo como naturalización “el tratamiento simplificado de fenómenos económicos representados en cantidades homogéneas generalmente expresadas en unidades monetarias” (García 2015:57).

la pérdida del conocimiento generada por el sujeto en favor de la información administrada por el mercado.

El proceso de construcción de una nueva economía que naturaliza lo artificial, omite reconocer la construcción histórica de las manifestaciones concretas y materiales del hombre<sup>38</sup>. De nueva cuenta, se manifiesta la pertinencia del discurso de Karl Marx, al señalar que las necesidades concretas son construcciones sociales y en consecuencia históricas. En ese sentido, las necesidades humanas y la utilidad no son estáticas ni naturales, son diversas, específicas, concretas y cambiantes a lo largo del tiempo.

La distinción entre el concepto de necesidad y utilidad, manifestados en las formas de valor de uso y valor, es producto de la separación en el tiempo y el espacio de los momentos de producción y consumo en el capitalismo mercantil; son reflejo de la contradicción propia del sistema capitalista que tiene que prescindir de las necesidades concretas de los hombres como motor de la producción para procurar sus deseos y a partir de ahí garantizar el proceso económico. En el capitalismo mercantil se trata de producir mercancías y no bienes; por eso Hayek plantea que el cambio histórico en el capitalismo hay que rastrearlo en la figura del comerciante que ve más allá de la sociedad tribal y es capaz de intuir o imaginar los deseos de consumo de individuos en latitudes distantes.

En esta tesis, al identificar los conceptos de necesidad y utilidad en las distintas escuelas de la teoría económica capitalista, se recupera la idea de que la significación de los conceptos y la producción y reproducción del lenguaje responden a las ideas dominantes y, como señala García (2015) es un proceso de adaptación de los conceptos y las categorías para que se acomoden de manera conveniente al proceso de acumulación de capital como si de un proceso natural se tratara.

El discurso de la teoría económica capitalista excluyó a la necesidad y al sujeto que la experimenta, en tanto responde a un proceso teórico y de conocimiento que se encuadra en una visión histórica, ideológica e institucional (García 2015). Asimismo, tal como lo

---

<sup>38</sup> Este proceso de “naturización” tiene un momento histórico; como señala Bolívar Echeverría (1998), “el problema la “naturalidad” de las formas sociales y de las definiciones del “valor de uso” sólo aparecen de manera enfática en la vida real cuando el desarrollo capitalista hace estallar en todas partes los milenarios equilibrios locales entre el sistema de las necesidades de consumo y el de las capacidades de producción; cuando, en la empresa imperialista, el Hombre europeo hace la experiencia de lo relativo de su humanidad. Aparece como problema teórico, tratado explícita o implícitamente en positivo, junto con las “ciencias sociales”, que en los tiempos de Marx estaban apenas en sus comienzos” (Echeverría 1998:156)

señala Mirowski (1999) la construcción del discurso teórico se alineó a los epistemes dominantes, estableciendo las pautas de un discurso que se ha desembarazado del hombre con su carga natural e histórica y, tal como lo señala Levine (1986), optando por diseñar sistemas ordinarios y normalizados, donde “la firma” o el *cyborg* sólo existe en la medida que responde a los criterios del experimento de mercado.

De esta forma, al entender a la economía como un sistema coherente, continuo y reproducible enfocado en la máxima ganancia, se excluye el concepto de sujeto con necesidades contingentes para reemplazarlo por la figura de “la firma” orientada a procurar la máxima ganancia para garantizar la continuidad del proceso económico. La economía moderna ha renunciado a lo extraordinario de la subjetividad humana, desde su contingencia y diversidad, para elaborar sobre lo ordinario en los experimentos realizados en entornos controlados.

Sin embargo, aún cuando la teoría económica dominante omite al sujeto concreto y recurra al agente autómatas cuya racionalidad está determinada por el sistema, no puede prescindir del hombre con su irracionalidad, determinado por sus creencias, necesidades y deseos, lo que se traduce -en los términos de Levine- en altos niveles de incertidumbre que permean las actuaciones económicas.

Las necesidades humanas, asociadas al valor de uso de las mercancías, se construyen socialmente ya que el hombre es un ser social por excelencia y al momento de producir genera sus propias necesidades; en ese sentido se recupera el planteamiento de Karl Marx de que los conceptos de necesidad y utilidad, manifestados como las formas de valor de uso y valor de la mercancía, son construcciones sociales e históricas<sup>39</sup>. La crítica reside en que en el capitalismo se omite el carácter histórico social y a la vez concreto de la manifestación de las necesidades y se concentra en el valor de las mercancías en tanto unidad de medida que permite el intercambio entre equivalentes. En ese sentido, lo concreto y específico del bien se desdibuja y sólo se mantiene el valor como esencia común

---

<sup>39</sup> Tal como lo señala Bolívar Echeverría (1998), interpretando a Marx, “ Producir y consumir objetos resulta ser, para el sujeto social, un constante reproducir -instaurar, ratificar o modificar- la forma de las relaciones de producción y consumo. Siempre en proceso de re-sintetizarse - aunque sólo sea para reafirmarse en lo que es-, la identidad del sujeto social está permanentemente en juego, lo mismo como identidad global de la comunidad (*politiké koinonía*) que como identidad diferencial de cada uno de sus individuos sociales” (Echeverría 1998:173)

a todas las mercancías, como utilidad mediada por el trabajo que facilita el ejercicio práctico del intercambio.

Al ser las necesidades y la utilidad manifestaciones de las relaciones subjetivas de los hombres no pueden considerarse excluyentes. El valor de uso de la mercancía debe primero reconocerse como valor para llegar al acto del consumo, y a su vez el valor requiere de la imagen del valor de uso para poder garantizar el intercambio de la mercancía. En la teoría económica capitalista la separación del valor de uso del valor y la subordinación del primero al segundo implica reducir la complejidad de las manifestaciones humanas, subjetivas e históricas, al plano de meros mecanismos de intercambio cuantitativos reflejados como precios en el mercado, ocultando la riqueza y diversidad de las interacciones sociales.

El discurso de Karl Marx no contribuye a la construcción progresiva de nuevos argumentos para fortalecer el carácter científico de la economía; sino al análisis y crítica de la economía política desde una “cientificidad deconstructiva”, que hace evidente que el proceso “social-natural” de reproducción de la vida humana se subordina a un proceso “social-artificial” que, en los términos de Bolívar Echeverría (1998), corresponde a la “reproducción del valor mercantil de las cosas en su modalidad de “valorización del valor”.

Como resultado de este trabajo de búsqueda de los conceptos de necesidad y utilidad en la construcción de la teoría económica, asumo el planteamiento de Bolívar Echeverría, de que en la vida moderna se subordina la “lógica del valor de uso”, el sentido espontáneo de la vida concreta, el trabajo y el disfrute humanos, de la producción y el consumo de los “bienes terrenales”, a la “lógica” abstracta del “valor” como sustancia ciega e indiferente a toda concreción, y sólo necesitada de validarse con un margen de ganancia en calidad de “valor de cambio” (Echeverría 1998:63)

En este sentido, la crítica de Karl Marx a la economía política sigue siendo pertinente, en tanto que la economía contemporánea sigue negando la relevancia del valor de uso en el discurso económico y omite el carácter inter-subjetivo e histórico que lo determina. De igual forma, la teoría económica dominante mantiene un discurso centrado en el proceso de “naturalización” de la economía, donde el hombre abstracto productor de “valor que se

valoriza”<sup>40</sup>, es un individuo sin historia, un agente homogéneo, susceptible de ser tratado como agente típico y analizado desde una supuesta “objetividad” científica. (García 2015). La omisión del sujeto vivo y con necesidades del discurso teórico dominante en la economía, pone en cuestión la racionalidad reproductiva del sistema, y se encamina a la destrucción de la vida misma; por tal motivo, retomo el planteamiento de Karl Marx de la reproducción histórica del sistema social, poniendo en el centro al sujeto económico como entidad “viviente” que transforma la naturaleza para la procuración de la vida y que, mediante este proceso genera nuevo conocimiento.

La economía neoliberal dominante, al concebir al mercado como una institución idealizada que controla, corrige y coordina por encima de las capacidades individuales reduce al sujeto con necesidades a un objeto; frente a esta posición teórica y política, es necesario hacer el planteamiento explícito de que la economía política solo es viable si parte del principio de la vida y el sujeto en sus manifestaciones concretas.

De Franz Hinkelammert recupero la propuesta de orientar la actuación económica a partir del criterio de procurar la utilidad concreta en oposición a la utilidad abstracta; es decir centrar al valor de uso en el discurso económico para construir una nueva economía política cuyo principio sea la vida humana, abandonando la “compulsión del cálculo de la utilidad” en la lógica de la economía neoliberal.

Hinkelammert abre una posibilidad de planteamiento alternativo cuando habla de una economía para la vida, que pone en el centro al ser humano necesitado y concreto. Desde el planteamiento de Hinkelammert la economía para la vida implica una ética para la vida que reconoce al sujeto en su subjetividad como “sujeto humano plural” (Arellano 2009); superando la ley del valor tal como se ha estudiado en la teoría económica capitalista clásica, para reformularla desde el principio del valor de la vida, independientemente de que no pueda ser medible, calculable, comprensible y negociable.

Si la alternativa teórica es pensar desde el valor de uso, se vuelve imprescindible hacerlo desde el planteamiento de Bolívar Echeverría, de pensar la economía de la vida pero la “de todos los días” y no sólo la de los días “especialmente cargados de historia”. Si pensamos una economía para la vida, se haría desde los días “comunes y corrientes, días

---

<sup>40</sup> El “valor que se valoriza”, señala Bolívar Echeverría (1998), corresponde a lo señalado por Marx. “Para Marx, el modo de reproducción capitalista determina de manera dual la concreción de la vida social: como donación de forma primaria, de orden “socio-natural”, y como donación de forma secundaria, carente de necesidad “socio-natural”, en torno a lo que él llama el “proceso autonomizado de formación y valorización del valor” (Echeverría, 1998:158)

opacos ordinarios, interminablemente repetidos”, donde la sociedad civil reproduce calladamente su cuerpo y espíritu desde la colectividad, en torno al trabajo y al disfrute de los bienes producidos (1998:50).

Este pensar a la economía para la vida desde su cotidianeidad, es -como dice Bolívar Echeverría- enfrentar al mundo moderno “el mundo de las mercancías”, que ha limitado el acceso del hombre a la riqueza creada por el trabajo y al disfrute del consumo, acallando el valor de uso de las mercancías. (Echeverría 1998:60)

Considero que el tema es de la mayor relevancia cuando nos enfrentamos al surgimiento de nuevas corrientes de pensamiento que apuntalan una cultura del consumo para la diferenciación social del individuo (Hellmann 2011). Frente a la teoría económica dominante y a los discursos en moda que apuesta por una idea de la “plasticidad” de las necesidades humanas, producto de las inclinaciones psicológicas de los consumidores y determinadas por la posibilidad de que sean satisfechas en el mercado; es necesario replantear el sentido del discurso, para poner en el centro de la argumentación el concepto de valor de uso, como condición de reproducción de las relaciones sociales y principio de posibilidad de la vida misma, de no hacerlo estaríamos condenados a una sociedad de consumo donde se siga desdibujando la imagen del sujeto concreto y necesitado en beneficio de un agente insaciable, ubicado en la fantasía de la procuración de un consumo ilimitado, propio de la economía vulgar. En los términos que plantea Bolívar Echeverría (1998), es importante reconocer y entender la contradicción existente entre el sistema de capacidades creadas en el capitalismo y el sistema de necesidades de disfrute del sujeto concreto<sup>41</sup>, ya que sólo de esa forma se puede incidir en una política de distribución y acceso efectivo a los bienes para su consumo.

El reconocimiento de estos dos sistemas: de capacidades y de necesidades, señala Bolívar Echeverría (1998), permitiría reconocer a los individuos como parte de un “sujeto social” en tanto individuos necesitados e individuos capaces, vinculados socialmente para el

---

<sup>41</sup> Bolívar (1998) señala que el “sujeto social” se determina por su capacidad de definir la forma de reproducción de sus necesidades en tanto “organismo animal gregario”, y esas capacidades se manifiestan como su “socialidad”. “Dar forma a la socialidad quiere decir ubicar a los distintos miembros que lo componen dentro de un sistema de relaciones de convivencia o, lo que es lo mismo, de *co-laboración* y *co-disfrute* (...) Dar forma a la socialidad implica, por tanto, instaurar – más allá del acoplamiento puramente natural- un compromiso, un equilibrio siempre inestable entre un sistema definido de necesidades de disfrute y un sistema definido de capacidades de trabajo” (Echeverría 1998:171-172)

consumo y la producción, proceso que “le confiere a cada uno su identidad individual”, en el marco de la “socialidad” y la intersubjetividad de la convivencia (Echeverría 1998:173)

De esta forma, se propone reintroducir el concepto de valor de uso y su manifestación en el consumo entendido en un sentido amplio, tanto en el plano de la satisfacción de las necesidades concretas del individuo, como de las necesidades culturales producto de la inter-subjetividad humana (Hellmann 2007). Si el consumo y el valor de uso se asocian de manera explícita a las necesidades, se recupera el concepto de sujeto por encima del agente individual e insaciable, y se pone de relieve el carácter vital de la actividad económica. En consecuencia, se trata de pensar en el papel que jugaría el sujeto necesitado y el valor de uso en la construcción de una economía para la vida.

Si la sociedad moderna se auto-describe como una sociedad de consumo, es necesario - en los términos de Bolívar Echeverría (1998)-, superar el consumismo, entendido como “una furia contra las cosas” debida a la imposibilidad de disfrutar de su valor de uso, que deja tras de sí sólo un cúmulo de desechos, y revalorar al consumo en tanto posibilidad de disfrute “gozoso, práctico y productivo” de los bienes y no como un “parásito” de la economía (Hellmann 2011), y en tanto condición de realización de la capacidad transformadora de los hombres al momento de satisfacer sus necesidades.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arellano, J. M. (2009); "El Principio Empírico de Imposibilidad y la Satisfacción de las Necesidades en Franz Hinkelammert"; *Latinoamérica* no.48, *Revista de Estudios Latinoamericanos*; México ene 2009; pp. 111-136.

[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-85742009000100006](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-85742009000100006)

Cassel, G. (1960); "Economía Social Teórica"; Editorial Aguilar, quinta edición, revisada España 1960.

Dussel Peters, E. (1997); "En el nombre de la libertad. El sistema teórico del neoliberalismo"; en *Economía Informa* 255, marzo 1997; pp. 20-25.

<https://dusselpeters.com/183.pdf>

Echeverría, B. (1998); "Valor de uso y Utopía"; Editorial Siglo XXI; México 1998.

Ferrater Mora, J. (1980); "Diccionario de Filosofía 2"; Alianza Editorial, segunda edición; España 1980.

García Núñez, J. C. (2015); "En torno a los límites de la "naturalización" de la metodología y el discurso en el pensamiento económico"; tesis para optar por el Grado de Doctor en Economía, México 2015; consultado el 24 de agosto de 2020 en

<http://132.248.9.195/ptd2015/mayo/0729871/index.html>

Hayek, F.A. (1990); "La Fatal Arrogancia. Los errores del socialismo"; Unión Editorial, S. A.; Madrid 1990.

Heilbroner, R. L. (1986); "The Essential Adam Smith"; Editorial Oxford University Press York, Pennsylvania 1986.

Hellmann, K. (2007); "El consumo como cultura. Una perspectiva teórica sistémica"; en *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre 2007; El Colegio de México. A. C., pp. 709-729; México 2007.

Hellmann, K. (2011); "Capital, trabajo y el parásito del "consumo" Ensayo sobre la semántica de la sociedad de consumo"; en Niklas Luhmann. *La Sociedad como Pasión. Aportes a la teoría de la sociedad de Niklas Luhmann*; Torres N. Javier y Rodríguez M. Darío (editores); primera edición; Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco García Clavijero; México 2011.

Hinkelammert, F. (1984); "Crítica de la razón utópica"; Colección Economía-Teología, Departamento Ecuménico de Investigación (DEI); Costa Rica 1984.

Hinkelammert, F. (1990); "Democracia y Totalitarismo"; Colección Economía-Teología, Departamento Ecueménico de Investigaciones; Costa Rica, 1990.

Hinkelammert, F. (2012); "El cálculo de utilidad y la creación del infierno en la Tierra"; en *El Post-Antillano*; martes 16 de Octubre de 2012; consultado el 12 de julio de 2020 en <http://www.elpostantillano.net/espiritualidades/3231-franz-hinkelammert.html>

Hinkelammert, F. y Mora Jiménez, H. (2016); "Hacia una economía para la vida"; Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Dirección General de Fortalecimiento Ciudadano; Quinta edición, Bolivia, 2016.

Hicks, J.R. (1976); "Valor y Capital"; Editorial Fondo de Cultura Económica; Colombia 1976.

Hollander, S. (1988); "La economía de David Ricardo"; Eitorial Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.; primera edición en español, México (1988).

Levine, D. (1986); "Reconceptualizing classical economics"; en *The Reconstruction of Economic Theory*; edited by Philip Mirowski and Tufts University (1986). Kluwer-NijhoffPublishing, a member of the Kluwer Academic Publishers Group Boston/Dordrecht/Lancaste; 1986.

Levine, D. (2012); "Is Behavioral Economics Doomed. The Ordinary versus the Extraordinary"; Open Book Publisher, United Kingdom (2012) <https://www.openbookpublishers.com/reader/77#page/6/mode/2up>

Mallorquin C. (2002); "Presentando a Philip Mirowski"; entrevista realizada el 5 de Septiembre de 2001, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 45 No. 184 (2002); DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2002.184.48336>

Marx K. (1980); "Contribución a la Crítica de la Economía Política"; Editorial Siglo Veintiuno editores; México 1980.

Marx K. (1981); "El Capital. El proceso de producción del capital"; Tomo I/Vol. 1. Libro Primero; Editorial Siglo Veintiuno editores; México1981.

Marx, K. (1982); "Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857 – 1958", Tomo 1, Biblioteca del Pensamiento Socialista. Editorial Siglo Veintiuno Editores; México 1982.

Marx K. (1982a); "Sobre la Cuestión Judía"; en *Carlos Marx Federico Engels. Obras fundamentales 1. Marx Escritos de Juventud*; Editorial Fondo de Cultura Económica; México1982.

Mirowski, P. (1996); "¿Sueñan las máquinas?: de los agentes económicos como cyborgs"; en *Política y Sociedad* No. 21 ( ISSN 1130-8001); pp. 113-131.

Mirowski, P. (1999); "More Heat Than Light: Economics as Social Physics"; Cambridge University Press; Edición Kindle; Nueva York 1999.

Mirowski, P. (2002); "Machine Dreams. Economics Becomes a Cyborg Science"; Cambridge University Press; United States of America, New York 2002.

Mirowski, P. y Nik-Khah, E. (2017); "The Knowledge We Have Lost in Information: The History of Information in Modern Economics"; Oxford University Press, Edición Kindle; United States of America, New York 2017.

Pilkington P. (2013); "From Episteme to Institution: An Interview with Philip Mirowski"; en *Filosofía de la Economía* Vol. 1, Nro. 2, Diciembre 2013; pp. 335 -359; consultado el 25 de junio de 2020 en [www.ciece.com.ar](http://www.ciece.com.ar)

Ricardo, D. (1973); "Principios de Economía Política y Tributación"; Editorial Fondo de Cultura Económica; México 1973.

Rosen, F. (2000); "The idea of utility in Adam Smith's The Theory of Moral Sentiments", en *History of European Ideas* 26:2 pp. 79-103; DOI: [10.1016/S0191-6599\(01\)00002-X](https://doi.org/10.1016/S0191-6599(01)00002-X)

Smith, A. (1767); "The theory of moral sentiments. To which is added A dissertation on the origin of languages"; London 1767; consultado el 5 de julio de 2020 en: *The Making of The Modern World Web*. <https://go-gale-com.pbidi.unam.mx:2443/ps/i.do?p=MOME&u=unam&id=GALE%7CU0101325867&v=2.1&it=r&sid=ebsco>

Smith, A. (1869); "Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms"; consultado el 5 de agosto de 2020 en: [https://oll.libertyfund.org/titles/2621#Smith\\_1647\\_474](https://oll.libertyfund.org/titles/2621#Smith_1647_474)

Smith, A. (1981); "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones"; Editorial Fondo de Cultura Económica; México 1981.

Smith, A. (2010); "Teoría de los Sentimientos Morales"; Editorial Fondo de Cultura Económica, edición de Kindle; México 2010.

Stuart Mill, J. (1985). "Principios de Economía Política"; Editorial Fondo de Cultura Económica; México 1985.

Walras, L. (1987); "Elementos de economía política pura". Editorial Alianza Universidad, edición de Julio Segura; Madrid 1987.

## BIBLIOGRAFÍA

Augusto, A. G. (2016); "Marx e as "robinsonadas" da Economia Política Marx and Crusoe stories of Political Economy"; en *Nova Economia*. vol.26 no.1 Belo Horizonte jan./abr. 2016 <https://doi.org/10.1590/0103-6351/2095>

Dussel Peters, E. (1997a); "El discurso teórico del pensamiento neoliberal; evolución cultural, libertad individual y mercado"; en *Pasos*, 71 (Costa Rica), mayo-junio, pp. 11-15; <https://dusselpeters.com/185.pdf>

Dussel Peters, E. (1998); "El neoliberalismo en la década de los noventa y la teoría neoclásica: ¿la crisis de la ciencia económica?"; en *Economía Informa* 263, diciembre-enero, pp. 68-72; <https://dusselpeters.com/184.pdf>

Gandarilla, J. G. (2016); "La crítica en el margen. Hacia una cartografía conceptual para redescubrir la modernidad"; Edicionesakal, S. A. de C. V. para lengua española, edición de Kindle; México 2016.

Hicks, J. (1984); "Una teoría de la Historia Económica"; Ediciones Orbis, S. A.; Barcelona 1984.

Mallorquín, C. (2003); "Philip E. Mirowski o la vida secreta de la economía"; en *ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS XXI*: 61, pp. 167 – 181.

Marx. K. (1981a); "Miseria de la filosofía"; Eitorial Siglo Veintiuno Editores; México 1981.

O'Brien, J. (1991); "Adam Smith by Gustav von Schmoller"; en *Review of Social Economy*, Vol. 49 No. 2 (SUMMER 1991) pp. 130 -140.; Taylor & Francis, Ltd. Stable; consultado: 25 de febrero 2018; URL: <http://www.jsror.org/stable/29769546>

Smith, A. (1941); "Teoría de los Sentimientos Morales"; El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica; México 1941.